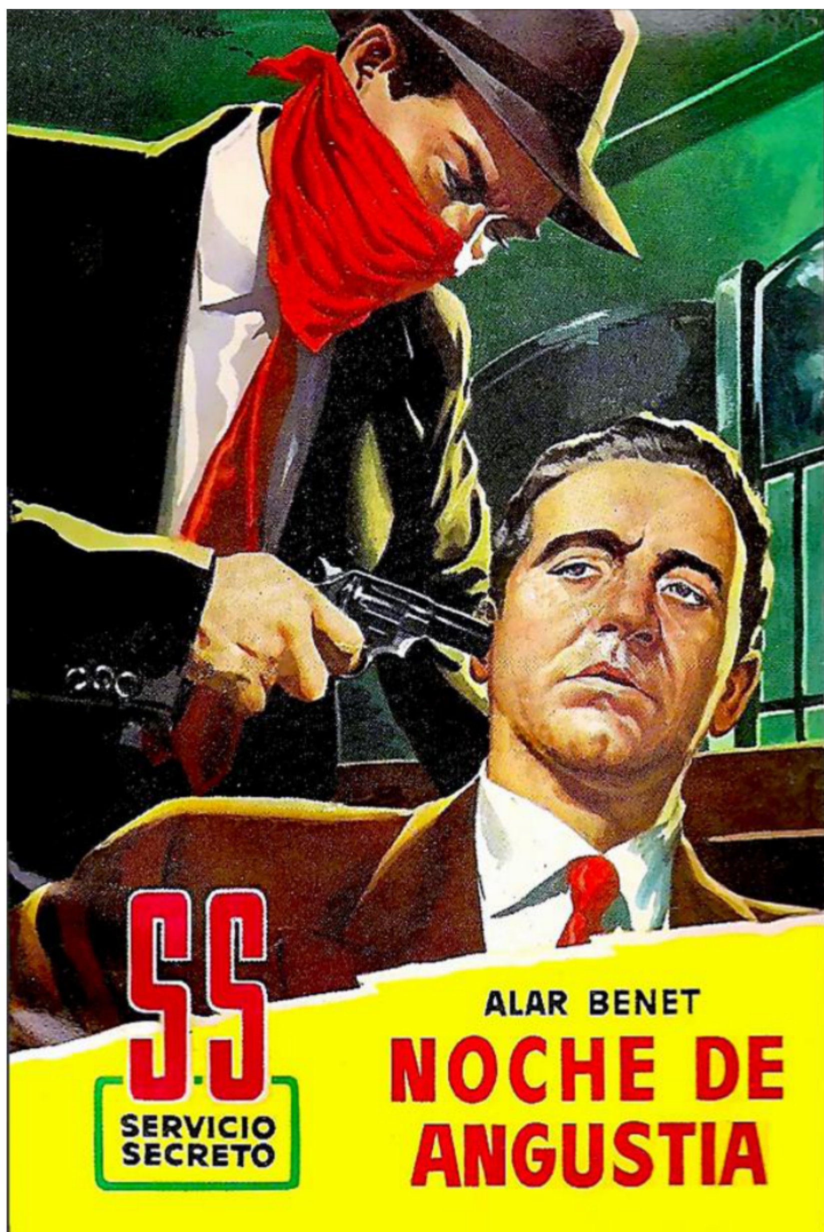

SS
SERVICIO SECRETO
ALAR BENET
NOCHE DE ANGUSTIA

ALAR BENET

Noche de angustia

1.ª EDICIÓN
MARZO - 1956



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
288. — Cazadores de apaches. 349. — La ley del «Winchester». 369. — Tambores indios.

En Colección BUFALO:
41. — El hijo del *gun-man*. 51. — Tirando a matar. 92. — La resaca de la guerra. 106. — El tejano.

En Colección SERVICIO SECRETO:
261. — Cuatro zonas en Berlín. 268. — Pánico en la ciudad 280. — Asesinato sin asesino.

En Colección PANTERA:
10. — Infierno en Oklahoma. 16. — Legión de héroes. 23. — La barrera helada.

En Colección CONGO:
11. — Continente Negro. 15. — Tráfico de esclavos. 18. — La diosa blanca.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

NOCHE de ANGUSTIA

POR ALAR BENET

CAPÍTULO I

Todas las fuerzas de seguridad de Filadelfia fueron movilizadas. Numerosos coches oficiales circulaban por las amplias calles, casi desiertas pese a no haber anochecido aún. Las zonas próximas a los ríos Delaware y Schuylkill, entre los que se alza la ciudad, estaban siendo evacuadas ante la certeza del desbordamiento de ambos cursos de agua. Un clima de angustia, habíase creado con las advertencias lanzadas por prensa, radio y televisión. El cielo, gris plomizo, oscurecíase más y más y un viento fuerte anunciaba a los vecinos de la gran población, denominada popularmente «Ciudad de las Viviendas», que las predicciones meteorológicas eran ciertas, que no se trataba de una falsa alarma.

Las salas de espectáculos habían cerrado sus puertas, así como los *cabarets*, bares y demás lugares de recreo. Filadelfia estaba convirtiéndose en una ciudad muerta. Sus moradores preguntábanse con inquietud si los techos que les cobijaban podrían resistir los embates del temporal, que, desde las islas Bahamas, iba destruyéndolo todo a su paso. Las autoridades de la costa de Florida, de Carolina del Sur y del Norte, de Virginia y de Maryland habían informado con exactitud de los estragos qué en sus territorios hizo el huracán «Connie». Los pilotos del Servicio Meteorológico, con grave riesgo de sus vidas, volaban alrededor de la zona tormentosa, de más de treinta kilómetros de diámetro, rodeada, a su vez, por una faja de doble extensión de nubes, e iban informando por radio de la velocidad y el curso del «Connie».

El ferrocarril subterráneo de cuatro vías que, atravesando Filadelfia, une los distritos de los ríos Delaware y Schuylkill, interrumpió el servicio, en evitación de que las riadas de ambos cursos de agua alcanzaran los ventiladores y los accesos.

Dentro de los hogares, el silencio era roto sólo por los altavoces de los aparatos de radio que transmitían música moderna. De vez en

vez se dejaban oír las palabras tranquilizadoras de un locutor anunciando que si todos obedecían las órdenes dadas era imposible que se produjese víctimas. Pese a tal seguridad, las familias permanecían agrupadas, con rostros inquietos y nerviosos movimientos mientras escuchaban el vibrar de las cristaleras. Nadie ignoraba la incontenible fuerza de los huracanes que, periódicamente, asolan grandes fajas de terreno de los Estados Unidos.

—«Ultimo Boletín de Noticias de Radio Filadelfia. Los ríos de Pennsylvania, Connecticut, Rhode Island, Nueva Jersey y Massachusetts se han desbordado. Hasta ahora el Delaware y el Schuylkill van dentro de sus cauces aunque la crecida es muy grande. Los servicios técnicos se esforzarán en impedir que las comunicaciones telefónicas queden interrumpidas, así como el suministro de energía eléctrica. En el supuesto de que tales hechos se produzcan, ningún ciudadano debe moverse de sus refugios ni salir a la calle. La velocidad del viento será pronto superior a los cien kilómetros por hora. Están tomadas todas las medidas. Por radio se comunicará el cese de peligro».

Sarah de Murray suspiró mientras su mirada posábase con inquietud en su esposo, el anciano Daniel Murray, cuya respiración era fatigosa. ¿Llegaría el médico a tiempo de cortar el ataque cardíaco, que acababa de iniciarse en el hombre, de sesenta y dos años de edad y cuyo aspecto era el de una persona diez quince años mayor? El enfermo padecía una dolencia crónica de las vías respiratorias, complicada con alta tensión arterial que le provocaba peligrosas obstrucciones de los vasos linfáticos.

La mujer, cuyos cabellos habíanse tornado blancos por el dolor de la incurable enfermedad de su esposo, se dirigió una vez más al teléfono para marcar un número y ponerse en comunicación con el IV distrito de policía.

—Soy Sarah de Murray. ¿Está mi hijo James?

Una voz viril, bien timbrada, repuso desde el otro lado del hilo:

—No ha llegado todavía, señora. Permanezca tranquila. El inspector sabe cuidarse. Ha ido en un coche al barrio extranjero, a Lombard, donde se activan las evacuaciones, en particular de las calles 21 a 26. Apenas me sea posible le diré que se ponga en contacto con usted. ¿Se ha agravado su esposo?

—No mucho; pero me temo que, como en otras ocasiones, le sobrevenga un… —Sarah contempló a su marido, que escuchaba el diálogo y, para no asustarle, agregó—: Bueno, espero que no ocurra nada.

—El médico no tardará en llegar. Ha salido de aquí hace escasamente diez minutos.

Sarah depositó el auricular sobre la horquilla, acomodándose en el sillón inmediato al de su esposo. La disnea de Daniel Murray aumentaba por segundos, así como su palidez.

—El doctor está en camino. ¿Quieres una pastilla?

—¡Para qué! Tomé ya cuatro y me encuentro peor. La mujer le miró con ternura.

—Sucederá como otras veces. Estoy segura.

En su voz faltaba convicción. El enfermo movió la cabeza con pesimismo.

—Cualquier día ocurrirá lo irremediable, Sarah. Vete preparando para ello.

Hubo un largo silencio. La emisora local lanzaba a través de las ondas un programa de música variada.

—¿Te molesta la radio, Daniel?

—Baja un poco el tono, pero no cierres el interruptor. Quiero seguir escuchando los Boletines de Noticias. Por fortuna, puedo mirar tranquilo a la muerte. James velará por ti ¡Nuestro hijo es todo un hombre, como yo soñé siempre que fuera! ¿Sabes que van a ascenderle pronto a comisario?

Centelleaban de orgullo y de júbilo los ojos del padre. Sarah asintió con el gesto y fue a decir algo, pero no llegó a pronunciar palabra. El zumbador de la puerta sonó con insistencia.

—¡Ahí está el médico! —dijo ella con tono feliz, mientras abandonaba el *living*-room, amueblado con sencillez y buen gusto —. Procura no moverte.

Daniel Murray, al saberse solo, dejó caer la cabeza contra el respaldo del sillón, agotado. Hasta entonces, para no asustar a su esposa, se esforzó en ocultar la gravedad. En lo sucesivo no iba a serle posible el engaño. Notaba que el latido de sus pulsos iba espaciándose y que un sudor frío, quizá el de la muerte, le empapaba el cuerpo. Se reanimó al escuchar la noticia que Sarah le daba:

—¡Es James!

Un hombre joven, muy alto, de mirada vivaz y rostro de varonil audacia, entró en la habitación, y acercándose al que parecía un anciano, puso su diestra en los cabellos del enfermo, preguntando con inquietud:

—¿Qué te sucede, papá?

—Lo de otras veces —contestó el interrogado con un tono animoso que no engañó al que acababa de llegar—. Supongo que pasará. Tu madre se empeñó en llamarte y no pude convencerla de lo contrario. Es muy testaruda. Ya la conoces. Creo que haces más falta en la calle que aquí. ¿No opinas lo mismo?

James Murray, cuya altura y esbeltez era acentuada por un traje obscuro de impecable corte, repuso con jovialidad:

—Como siempre, estás en lo cierto; pero supongo que nada irreparable ocurrirá porque permanezca unos minutos junto a vosotros. Hay cientos de oficiales de policía en Filadelfia. Abajo, en mi coche, me esperan tres hombres. Ellos agradecen, permanecer en el interior del vehículo fumando un cigarrillo. Dentro de poco será de noche y no nos espera una tarea muy agradable. El «Connie» aún no ha llegado a la ciudad. Sin embargo, las nubes que rodean el huracán no dejan de soltar agua y el viento es muy fuerte. ¿Llamasteis al médico?

Sarah se anticipó a su marido en la réplica.

—Sí. Te confundimos con él. Tu padre tiene razón. Aquí nada puedes hacer por nosotros. Desgraciadamente, tengo ya práctica para casos como éste. ¡Cuídate mucho y, cuando el «Connie» adquiera toda su intensidad, permanece en cualquier refugio! ¿Lo harás, hijo?

—Te lo prometo. Me gustaría esperar a que viniera el médico, pero…

El inspector James Murray miró nervioso su reloj de pulsera. Su padre, con una sonrisa, deseando que el muchacho se alejara de él con un buen sabor de boca, sin preocupaciones familiares que pudieran entorpecer sus actividades oficiales, preguntó a su esposa:

—¿No has pensado nunca en la razón por la que el Servicio Meteorológico bautiza siempre a estos tornados con nombres de mujeres? Yo te lo diré. Escucha, James. Te conviene. Hay damitas, de sonrisas ingenuas y cinturas quebradizas, que son peores que

todos los huracanes.

El joven, al escuchar la agudeza de Daniel, suspiró con alivio. Si su padre tenía ganas de bromear, ello significaba que el ataque no era grave. Se despidió apresuradamente de los suyos y, por la escalera, no atreviéndose a descender en el ascensor por miedo a un corte del fluido eléctrico que le dejara entre dos pisos dentro de la cabina metálica, llegó al portal del edificio. Al atravesar la acera para subir al vehículo en el que le aguardaban sus camaradas, pudo comprobar que la violencia del viento era mayor y que en el suelo había algunas ramas de árboles.

—¿Cómo están los viejos, James? —inquirió Bertrand Dermontt, agente al que unía una gran amistad con su jefe inmediato y que actuaba conductor aquella noche.

—No muy mal. Les supongo enzarzados en una disputa sobre la bondad femenina. Papá asegura que las mujeres son más peligrosas que los huracanes.

Varias carcajadas acogieron la frase del inspector, carcajadas interrumpidas por una orden transmitida por radio desde la Jefatura de Policía.

—«Atención, a los coches de los distritos III, IV, VI, y VII,. Deben dirigirse a toda marcha a Christians, al Arsenal, para cooperar en el salvamento de varios hombres aislados por las aguas. El río Schuylkill se ha desbordado ya y la situación es angustiosa para no pocas familias de aquella zona. Empléense a fondo y nadie olvide que dentro de media hora todos los vehículos con sus dotaciones han de estar en lugar seguro para no ser víctimas del "Connie". Repito: Atención a todos los coches de…»

—Ya lo oíste, Dermontt. No te preocupen las leyes de circulación.

El automóvil policial, a toda marcha, diestramente Conducido, se dirigió al barrio extranjero…

Los cuatro hombres, vestidos de idéntica forma —zapato, pantalón y sombrero negro, con el ala echada sobre los ojos, y gabardina obscura—, se apearon del «Studebaker» en la esquina de las calles Octava y Chestnut, en el centro financiero y bancario de la ciudad. Un quinto individuo quedó de cara al volante, con el motor del vehículo en marcha.

Los cuatro tipos, sin vacilaciones, caminaron hasta llegar a una

estrecha y entornada puerta metálica, que abrieron; pasaron a un largo y angosto pasillo, y cerraron a sus espaldas.

Sin que mediara palabra alguna, los desconocidos cubriéronse los rostros con negros pañuelos, dejando al descubierto los ojos. Luego, de los bolsillos laterales de las americanas, extrajeron pistolas automáticas a cuyos cañones se ajustaban silenciadores. Apenas terminaron de empuñar las armas, dos individuos aparecieron al otro extremo del corredor, deteniéndose con asombro y espanto al ver al grupo de intrusos. Uno de éstos oprimió el gatillo de su pistola, con mortífero acierto. Los empleados del Banco Nacional de Filadelfia cayeron al suelo sin vida mientras se escuchaban dos leves sonidos, inferiores en potencia al de una botella de champaña al ser descorchada.

—Adelante. No perdamos tiempo.

El que había hablado era un hombre de gran corpulencia que, por sus ademanes y su gesto imperativo, se denunciaba como el jefe del siniestro grupo. Los fuera de la Ley avanzaron erguidos, con la tranquilidad propia de quienes se han visto en numerosas ocasiones al filo de la muerte y a quienes, no les importa enfrentarse a cualquier clase de peligro. Segundos más tarde, entraban en una amplia oficina en la que había varios hombres trabajando. Cuando éstos quisieron darse cuenta del riesgo que para ellos representaba la presencia de los *gangsters* se hallaron encañonados por las armas.

—¡Nadie se mueva! *Mr*. Simpson, aparte su mano del timbre que tiene a la derecha o no podrá contar la aventura de que va a ser protagonista.

El aludido, segundo cajero del Banco Nacional, adivinó las intenciones, de los asaltantes, y deseoso de ganar tiempo en espera de que él o alguno de los empleados pudiera hacer sonar el timbre de alarma conectado directamente con el próximo precinto de policía, preguntó:

—¿Sabe mi nombre?

—Sé muchas cosas. Por ejemplo, que hoy se ha quedado todo el personal a sus órdenes a hacer horas extraordinarias, a despecho del huracán, para cerrar el ejercicio del primer semestre del año en curso y remitirlo con urgencia a Washington, de donde lo han pedido ayer por cable. También sé que los dos agentes qué vigilan el Banco mientras la puerta de entrada y salida de empleados está

abierta, fueron autorizados por usted para incorporarse a sus unidades policiales y prestar servicios de ayuda a las víctimas de las inundaciones. No ignoro, tampoco, que en la caja de caudales que hay al fondo tiene trescientos mil dólares. Ese dinero es lo único que nos interesa, y si sale al pasillo podrá comprobar que venimos dispuestos a todo para conseguirlo. Levántese, *Mr*. Simpson.

Como el segundo cajero vacilara, el jefe del grupo de enmascarados se acercó a él, apoyando el cañón de la automática en su nuca.

—¿Es necesario que se lo repita de otro modo?

Simpson no era cobarde. Durante la guerra mundial sirvió como oficial en las fuerzas de paracaidistas del ejército británico, distinguiéndose por su bravura y obteniendo varias condecoraciones al valor y a la lealtad. Sin embargo, obedeció. Tenía la certeza de que aquellos hombres eran criminales natos, algo de lo que siempre oyó hablar en los Estados Unidos sin concebirlo. Él, inglés de nacimiento, no comprendía aquel género de delincuencia. En su patria, los miembros de Scotland Yard prestaban sus servicios sin armas de fuego, cuyo uso les estaba prohibido[1].

Interiormente maldijo el día en que solicitó el traslado a Filadelfia desde la agencia del National Bank en Londres para asuntos extranjeros.

—¿Qué quiere que vea?

—A los dos hombres que tuvieron la desgracia de encontrarse con nosotros.

Simpson se incorporó. Era absurdo oponerse a sus enemigos sin posibilidades de, al menos, sembrar la alarma para que el despojo no se perpetrara. Al ver los cadáveres de sus empleados, murmuró, ronca la voz por la emoción y la ira que el doble crimen le producía:

—Eran casados y me pidieron permiso para retirarse. Uno esperaba el nacimiento de un bebé; el otro tenía un hijo enfermo.

El jefe de los *gangsters* y el segundo cajero del Banco Nacional regresaron a la gran sala de trabajo. Simpson dijo para que todos los empleados se enteraran:

—Giles y Carroll han muerto.

El silencio era tan absoluto, tan denso, que podían escucharse con claridad las respiraciones de los hombres. El pistolero que se

encontraba cerca del inglés, único que había hablado hasta entonces, ordenó:

—Necesito ver abierta esa caja de caudales antes de que transcurran cinco minutos. Una advertencia: si alguien pulsa un timbre de alarma mataremos a todos, sin excepciones, aunque sepamos cuál ha sido el autor del hecho.

El cajero se sentó de nuevo en el sillón de trabajo y sus ojos se posaron en el reloj de pulsera que llevaba en su muñeca izquierda. ¡Cinco minutos para abrir el arca acorazada! ¡Cinco minutos le quedaban de vida!

—Los números de los billetes son correlativos y nadie podrá usarlos sin ser detenido. ¡Márchense!

Una sonrisa de crueldad apareció en los labios del gangster que encañonaba directamente al cajero.

Un sudor frío comenzó a deslizarse por las sienes de Simpson. ¡No abriría la caja!

El minutero de su cronómetro avanzaba inexorable, con un tic tac lento, pero implacable. ¡El pulso de la muerte!

Los asaltantes se habían distribuido hábilmente. Uno de ellos vigilaba el pasillo que enlazaba las oficinas del segundo cajero con la calle. Otros dos se hallaban en el centro de la estancia, mirando a los empleados que, muy pálidos, no se atrevían a mover ni un solo músculo. El jefe continuaba cerca de Simpson, mirándole con ojos en los que brillaba la maldad.

¡Qué rápidamente avanzaba el segundero!

Simpson era un hombre íntegro, uno de esos hombres que lo posponen todo al deber. Ultimo hijo de un matrimonio de arruinados aristócratas ingleses, ingresó como empleado del Banco Nacional en la sucursal de Londres. La guerra marcó una pausa en sus actividades civiles y al finalizar el conflicto bélico se reintegró de nuevo a su antiguo puesto. Su tesón para el trabajo y su honradez le hicieron ascender.

Inglaterra le ahogaba. Él, con un apellido ilustre, sentíase desplazado por su estrechez económica de los círculos sociales londinenses y rehuía el trato con viejos amigos de la familia. Por ello, al saber que en Filadelfia estaba vacante el puesto de segundo cajero, lo solicitó. Al obtener el traslado se sintió feliz. Representaba un nuevo ascenso en su carrera bancaria y, a la vez, la liberación

moral al ausentarse de Inglaterra. En los Estados Unidos se crearía nuevas amistades, sin sentirse humillado por el lujo de sus conocidos. Quizá en Filadelfia, pensó entonces, encontrara una mujer con la que compartir su vida.

—Faltan dos minutos, Simpson. ¿En qué piensa?

La voz del gangster sacó al cajero de su abstracción.

—En que soy el único responsable de los fondos de que usted pretende apoderarse. Yo envié a los dos agentes de custodia a sus cuartelillos creyendo que ningún peligro nos amenazaba. Las oficinas del Banco se cierran a las siete de la tarde. ¿Quién iba a imaginar que en una noche como ésta hubiera quien se: lanzara a un asalto a mano armada?

—Se equivocó. Han transcurrido treinta segundos. Sólo le queda minuto y medio de vida. No sea estúpido, el Banco Nacional anulará esos billetes y dispone de grandes sumas de dinero, de millones de dólares. Nosotros sólo pretendemos apoderarnos de los trescientos mil que hay ahora en la caja fuerte. No se suicide por tan poca cosa.

Simpson no respondió. En realidad no había escuchado las palabras de su enemigo. En su mente se agigantaba una frase:

«¡Soy el único responsable de los fondos; el único culpable de que el Banco haya quedado sin protección policíaca!».

El cajero movió la cabeza en sentido negativo. Decididamente, Filadelfia no era Londres. Ningún malhechor inglés se atrevería a lo que aquellos hombres realizaban.

—Le quedan sesenta segundos.

La voz metálica del pistolero, sin, inflexiones emotivas, sobrecogió a *Mr*. Simpson, quien continuó inmóvil como si no hubiera escuchado tales palabras.

La oficina del segundo cajero, muy amplia, carecía de ventanas al exterior, recibiendo la luz de un gran patio, a través de unas amplias cristaleras continuamente cerradas por disponer el local durante todo el año de aire acondicionado.

Tic… tac… tic… tac…

La aguja del segundero avanzaba con rapidez. El indeseable, que tenía su pistola muy cerca de la nuca del cajero, miró a los siete empleados que le contemplaban mudos de terror, sintiendo en sus pulsos el implacable martillear del espanto.

—¿Conocéis alguno la combinación de la caja? El que la sepa debe decirlo y salvar así la vida de este insensato.

Un sepulcral silencio fue la réplica a tales palabras. El bandido, mirando su reloj de pulsera, anunció, mientras apoyaba la culata de la automática en la cabeza de Simpson y su dedo índice curvábase en el gatillo:

—Acabó el plazo. ¿Qué decide?

La reacción del cajero, por lo desesperada, sorprendió al forajido. Simpson llevó su diestra con rapidez al timbre de alarma, situado sobre la mesa, a su derecha, oprimiéndolo. Un sonido leve indicó que el gangster no amenazaba en vano. De la nuca del cajero, destrozada por el proyectil, brotó un chorro de sangre, empapando el arma y la mano homicida. El torso del inglés cayó hacia adelante, sobre la mesa.

El jefe del grupo de facinerosos, encolerizado, fuera de sí al ver que sus planes fracasaban por el heroísmo de un hombre, ordenó con voz tensa:

—¡Matadles a todos! ¡Son una cuadrilla de suicidas!

Las automáticas de los asaltantes tronaron varias veces y segundos más tarde sólo había cadáveres detrás de las mesas, unos de bruces sobre las carpetas, otros en las sillas de trabajo, en grotescas posturas; los menos, tendidos en el suelo.

—¡Registrad los cajones y apoderaos del dinero que encontréis en ellos!

Sólo el jefe de los criminales encontró, en un cestillo de mimbre, varios fajos de billetes, cuyo total no ascendía a más de tres mil dólares, que guardó en los bolsillos laterales de su americana, entre maldiciones y juramentos. Luego, se acercó a la caja fuerte, examinándola.

—Necesitaríamos trilita para abrirla —dijo—. ¡Salgamos de aquí! Ya estarán en camino los coches de la Metropolitana.

Los forajidos no se hicieron repetir la orden y, con rapidez, abandonaron el Banco Nacional para introducirse en el vehículo, aún con las pistolas empuñadas y los pañuelos cubriéndoles los rostros.

—¡A toda marcha! —Mandó el jefe al que estaba al volante.

El automóvil atrancó y, a gran velocidad, azotado por el fuerte vendaval, pasó de la calle Chestnut a la de Market, en un rápido

viraje. El gangster que conducía vio que otro coche avanzaba en dirección contraria y, aunque para evitar la colisión intentó subirse a la acera, no lo consiguió. Los dos automóviles chocaron con violencia. El de los forajidos volcó de forma aparatosa.

Transcurrieron varios minutos. Del vehículo de los pistoleros salió, herido en las mejillas, desgarrado el pañuelo que le tapaba el rostro, el jefe del grupo. Otros dos hombres le siguieron, no sin dificultad.

Los tres individuos se disponían a sacar a sus compañeros, pero no llegaron a hacerlo. El sonido de la sirena de un coche policíaco les obligó a huir para no ser apresados por las fuerzas de la Ley.

De nuevo, la quietud, rota sólo por el huracán, imperó en torno, a los coches, en los que ninguno de los viajeros daba señales de vida. Un vehículo de la Patrulla Móvil de la Metropolitana frenó a pocos metros del lugar del accidente, y cuatro policías uniformados saltaron de él dirigiéndose a las portezuelas de los automóviles, que abrieron para auxiliar a las víctimas. El sargento que mandaba la fuerza lanzó una exclamación de asombro al ver los negros pañuelos que ocultaban las facciones de los dos malhechores.

—¡Diantre! ¡Estos individuos van armados!

Uno de los agentes extrajo, con el pecho ensangrentado, al único hombre que ocupaba el otro vehículo, depositándolo sobre la acera.

—¡Es el doctor Stearns!

El sargento se aproximó a su subordinado, comprobando la veracidad de sus palabras. El doctor Stearns era médico oficial de la Metropolitana, muy conocido por todos los miembros del Departamento de Investigación Criminal, de una de cuyas secciones formaba parte.

—¡Ha muerto!

—Sí. El volante le aplastó el pecho. Los otros dos hombres también han perecido. No hay tiempo para llamar a una ambulancia. Tampoco para cumplir los trámites legales avisando al juez y al forense. Metemos a todos en nuestro coche y llevémosles al hospital más próximo.

Las órdenes del sargento fueron obedecidas con prontitud y, minutos más tarde, el coche de la Patrulla Móvil se deslizaba veloz por las desiertas calles de Filadelfia…

CAPÍTULO II

La respiración de Daniel Murray convirtióse en un jadeo entrecortado, en ronquidos agónicos. Su esposa, que le había puesto dos inyecciones, se daba cuenta, de que la vida del enfermo tocaba a su fin.

—Si viniera el doctor Stearns quizá recetara algún tónico más enérgico que los que tenemos en casa —dijo la mujer, mirando al enfermo—. Hace más de un cuarto de hora que debía estar aquí.

Daniel no respondió, pese a haber oído las palabras de Sarah. Se ahogaba.

Las luces se apagaron de pronto, en un corte del suministro de energía eléctrica. Sarah, que tenía preparadas dos velas en previsión de tal contingencia, se apresuró a encenderlas. Nunca lo hubiera hecho. A la luz oscilante de las bujías de cera pudo ver el rostro inmóvil, pétreo, de su esposo y sus ojos, agrandados por la muerte, contemplando el camino de la eternidad.

La mujer, con la palmatoria de dos brazos en la diestra, quedó atónita, sin dar crédito a lo que contemplaba. Tantas veces estuvo Daniel al borde de la muerte que le parecía mentira que ésta se hubiera producido. Con pulso temblón depositó la luz sobre la radio y abrazóse al cadáver, sollozando histéricamente.

Vibraban los cristales de la ventana, amenazando romperse, y un rumor de ramas de árboles azotadas por el viento, salpicado de crujidos, rasgó el silencio de muerte que imperaba en el domicilio de los: Murray.

—¡Daniel!… ¡Daniel!…

Sarah acariciaba la frente y los cabellos de su marido. Al fin, dominándose, le cerró los ojos. Después, de rodillas sobre la alfombra, la buena mujer buscó consuelo en la oración…

Los tres *gangsters*, tambaleándose como beodos, magullados,

corrían por la acera de la calle Market. Uno de ellos se detuvo, mientras gritaba:

—¡Ayudadme! ¡No puedo más!

El hombre se desplomó al pronunciar tales palabras y sus compañeros, deteniéndose, se consultaron con la mirada. La sirena del coche policíaco sonaba más cerca por aproximarse al lugar de la catástrofe. El jefe de los forajidos empuñó la automática, disparando a sangre fría sobre su camarada.

—No podemos entretenernos ni, tampoco, dejarle vivo exponiéndonos a que le capturen los de la Metropolitana. ¡Sigamos!

Reanudaron la huida, alejándose más del sitio, en el que se produjo el choque. Por fortuna para ellos, las calles se hallaban desiertas y pudieron llegar a la de Walnut donde se pararon, incapaces de continuar la fuga. Al doblar una esquina y recibir de frente una ráfaga de aire, estuvieron a punto de caer.

—¡Hemos de refugiarnos en algún sitio o el huracán acabará con nosotros! ¡Faltan escasamente diez minutos para que el «Connie» caiga sobre la ciudad!

El forajido que acompañaba al jefe asintió con el gesto, incapaz de pronunciar palabra. La fatiga le ahogaba y sentía agudos dolores en el brazo derecho.

Los dos indeseables miraron en derredor. Se encontraban en una zona de la ciudad donde abundaban los chalets rodeados de jardín, de una o dos plantas, residencias de familias adineradas.

—Hemos de entrar en una de esas casas.

Sin esperar la conformidad de su cómplice, el jefe, poniendo a contribución todas sus fuerzas, se encaramó en una verja metálica saltando a un parque bien cuidado, con altos setos y macizos de flores. Su compañero, con más dificultad, le imitó y ambos hombres, luego de permanecer tendidos en tierra unos minutos para recuperar el aliento, con paso torpe, se dirigieron a la entrada de un hotel de dos plantas, no sin quitarse previamente los pañuelos de los rostros. El jefe pulsó el timbre de la puerta que no tardó en abrirse, apareciendo en el umbral una joven en zapatillas y bata de casa, quien miró con extrañeza a los dos hombres.

—¿Qué desean?

—Ahora lo sabrás, preciosa —repuso uno de los interrogados, esgrimiendo la pistola y apoyándola en el vientre de la mujer—.

Cierra, Luiggi.

Grande fue la extrañeza del jefe del grupo de criminales que había fracasado en su asalto al Banco Nacional al darse cuenta de que la muchacha no temblaba al sentir en su cuerpo el duro contacto del cañón del arma, limitándose a mirar con fijeza a sus enemigos.

—¿No te damos miedo?

En los labios de la joven apareció una sonrisa de superioridad moral.

—Me dais lástima. Eso me sucede siempre con todos los malhechores a quienes he tratado.

El desconcierto de los criminales fue en aumento al escuchar tales palabras. Luiggi cerró la puerta, preocupándose de correr el cerrojo interior, mientras su compañero y jefe, respondía:

—¿Estás muy relacionada con el mundo del hampa?

—Sí; y te conozco aunque hasta ahora no había tropezado contigo. Ayer estudié tu expediente criminal. Fuiste desterrado de Italia como indeseable. La policía de tu país no pudo probarte nada y, por ello, te expulsó del territorio. Entraste en los Estados Unidos con un pasaporte falso y, desde entonces, constituyes una preocupación para el F.B.I., la Metropolitana y el Servicio Secreto. Se te supone autor de varios asesinatos y de la mayor parte de los robos cometidos en el barrio de extranjeros de Filadelfia; pero eres muy astuto, muy cruel y nunca hay testigos de cargo contra ti porque donde tú operas nunca quedan supervivientes. Los de la Oficina, Federal de Investigación pudieron apresarte hace seis meses, pero conseguiste escapar antes de que se dictara una condena contra ti por entrada ilegal en los Estados Unidos al fin de la cual serías expulsado de Norteamérica. ¿Necesitas que pronuncie tu nombre?

El gangster tardó unos minutos en reaccionar; tanto era el estupor que le producía el diálogo con la mujer.

—Sí. Me será agradable oírlo en tus labios.

—Eres Salvatore Camerini, de veintiocho años, nacido en Nápoles y huérfano de padre y madre. Antes de alcanzar la mayoría de edad ingresaste en el reformatorio de Milán acusado de robar los objetos que los turistas dejaban en el interior de los automóviles. Estuviste recluido una larga temporada sin que se obrara en ti el

milagro de regenerarte. Sé además que…

Luiggi, que, nervioso, no dejaba de mirar en todas direcciones, interrumpió a la muchacha para sugerir a su jefe:

—¿No nos estará dando «cuerda» en espera de que venga alguien en su ayuda?

—No hay nadie en casa. Di permiso a mis dos únicos sirvientes para que pasaran la noche con sus familiares. Mi hermano. John, diplomático, se encuentra en el Marruecos francés. Guarda la pistola, Camerini. Creo que te habrás dado cuenta de que no soy una mujer asustadiza.

Con voz bronca, sin obedecer la indicación de su interlocutora, el gangster inquirió:

—¿Quién eres que tanto sabes?

—Me llamo Dorothy Fielding, soy doctora en Medicina y me he especializado en psiquiatría. Llevo varios meses revolviendo los archivos policíacos para redactar mi tesis doctoral en la que pretendo demostrar, y demuestro, que el noventa por ciento de los fuera de la Ley sufren taras mentales. Si lo quieres más claro, Salvatore, te diré que considero a casi todos los forajidos unos enfermos, unos perturbados, unos locos en suma. ¿Queréis pasar? Tengo una casa bastante confortable.

Camerini, con una sonrisa cínica, repuso:

—Estábamos esperando a que nos invitaras. ¿No es así, Luiggi? Somos unos locos muy correctos con las damas.

El forajido guardó el arma en el bolsillo derecho de la americana, manteniéndola empuñada y, seguido de su cómplice, siempre detrás de Dorothy, llegó a un amplio despacho estilo Renacimiento. Salvatore, al ver la gran mesa de trabajo, las amplias librerías con artísticas tallas y los numerosos adornos de mármol, bronce y porcelana que había en repisas o sobre los muebles, lanzó un silbido de asombro y, volviéndose a Luiggi, dijo:

—Tal vez en la caja fuerte encontremos unos miles de dólares.

Dorothy Fielding, con desenvoltura y naturalidad, cual si no le inquietara la presencia de aquellos hombres ni la posibilidad de ser robada, se acomodó en uno de los sillones del tresillo tapizado en raso granate y, extendiendo su diestra hacia la caja de tabaco situada sobre la pequeña mesa de centro, extrajo un cigarrillo y lo encendió:

—Sentaos, si queréis. ¿Os persigue la policía?

Camerini, más dueño de los nervios que su compañero, fue el primero en aceptar la invitación de la muchacha.

—Tuvimos un accidente de automóvil. ¿No piensas, Dorothy, en que no vive nadie a quien consideré peligroso para mi libertad?

La mujer, expeliendo una bocanada de humo, repuso con un interrogante:

—¿Me amenazas?

—Me limito a sugerirte la posibilidad de que esta noche sea la última de tu vida. Luiggi, registra la casa. Me sobresalta un poco la tranquilidad de Dorothy, haciéndome pensar que ella cree poder vencernos en el momento que lo desee.

El gangster, obediente a la orden de su jefe, abandonó la gran habitación, mitad biblioteca, mitad despacho, iluminada por una lámpara de bronce de diez brazos.

La muchacha y Salvatore quedaron solos. El italiano, que admiraba el valor, incluso el de sus enemigos, miró con fijeza a Dorothy diciéndose íntimamente que jamás había tropezado en su vida con una mujer tan dueña de sí y tan hermosa. Los cabellos de la joven, muy negros, sujetos en la nuca por una cinta de raso blanca —contraste de luna y noche—, se abrían en abanico para acariciar los femeninos hombros. La viveza de los ojos, muy obscuro el iris y la pupila, la tersura de los labios y la piel, y la nariz recta, evidenciaban una extraordinaria vitalidad. El cuerpo, envuelto en una bata larga que dejaba al descubierto los tobillos, era grácil, armonioso de formas.

—¿No tienes miedo a la muerte, Dorothy?

—Estoy más familiarizada con ella que tú. Desde que comencé la carrera de Medicina he visto centenares de cadáveres sin sobresaltarme, como algo natural, como el lógico tributo que la muerte exige a la vida. He hecho la autopsia a seres consumidos por enfermedades incurables, a hombres y mujeres que hasta que enloquecieron para llegar al suicidio estaban plenos de vigor. Recuerdo que en una ocasión, mientras presenciaba cómo vaciaban el cerebro de un ahorcado, el profesor, un hombre áspero, enemigo de la intromisión de las mujeres en la Medicina, dióse cuenta de que yo no llevaba, por olvido, los guantes de goma que se utilizan en tales casos. Me ordenó que cogiera la masa encefálica completa y la

depositara en una batea próxima. Le mostré los dedos desnudos y al verle sonreír con burla hice lo que me indicaba, sin un estremecimiento.

La muchacha sonreía. Un gesto de asco se reflejó en el rostro de Camerini.

Ambos guardaron silencio, silencio que fue roto por la entrada de Luiggi.

—No hay nadie en la casa, boss. Ella no ha mentido.

Un suspiro de alivio brotó del pecho del indeseable, quien sentía grandes punzadas en el brazo izquierdo, en el codo. La idea de verse obligado a luchar y a huir cuando el huracán rugía por las calles de la ciudad le desasosegaba.

—¿Puedo consideraros mis huéspedes? —inquirió, burlona, la muchacha.

—Desde luego —repuso Salvatore, en el mismo tono.

Dorothy se incorporó, dirigiéndose a la salida del despacho. En la diestra de Camerini apareció, como por encanto, tanta era la rapidez con que empuñó el arma, la pistola automática de gran calibre.

—Yo que tú no me movería.

Por vez primera, la dueña de la casa demostró enojo, desprecio.

—¡No seas estúpido, Salvatore! No pienso denunciarte ni a ti ni a tu compañero. Voy a la clínica por el botiquín de urgencia para curarte. He observado que mueves el brazo izquierdo con dificultad y que el que te acompaña apenas si ha separado el derecho de su cuerpo. Además, tenéis heridas en la cara.

—Acompáñala, Luiggi. No podemos fiarnos.

Al quedar solo, Camerini cerró los ojos. Por aquella noche se encontraba a salvo de la policía y del «Connie», más terrible en aquellos momentos que las fuerzas de la Ley. Apenas amaneciera se trasladaría a su cuartel general cuyo emplazamiento sólo era conocido por hombres de toda su confianza para esperar oculto a que se olvidara el asalto al Banco Nacional y el asesinato de sus empleados.

Sonrió al recordar a Dorothy Fielding. Le gustaba el abierto carácter de la muchacha, su valor ante el peligro, el dominio de sus reacciones.

Camerini no pudo substraerse al recuerdo de su pasado, que con

tanto acierto refirió la joven. En el reformatorio de Milán, donde hubo de soportar malos tratos, hizo el firme propósito de, en un futuro, gozar de bienestar económico aunque fuese vulnerando la Ley. La secreta insatisfacción que tantas veces le dominara desde el comienzo de su carrera criminal, volvió a asaltarle de nuevo con inusitada violencia. ¿Había conseguido la felicidad? La respuesta fue un no rotundo, un no desesperanzado, amargo. Pese a su vida depravada, en el fondo del alma del gangster latía la suprema ambición de los seres humanos: conquistar la dicha. ¡Cuántas veces envidió a las parejas de novios que hacían cuentas sobre los mármoles de los cafés calculando ingresos y gastos para fijar la fecha de la boda! A él le estaba vedado el amor. Sólo podía gozar de la pasión de unos minutos, de unas horas o, a lo sumo, de unas semanas con las aventureras que se acercaban a él estimuladas por la codicia. Evocó a sus padres, muertos, quién sabe si de vergüenza, a los pocos meses de su ingreso en el reformatorio. Ellos, lo recordaba perfectamente, formaron un matrimonio dichoso. Jamás hubo otros disgustos en la casa que, los que él produjo con sus travesuras primero y con sus actos de pillaje después.

Unos pasos le sacaron de su ensimismamiento. Dorothy Fielding regresaba portando un maletín de cuero, seguida de Luiggi, Las palabras de la muchacha sonaron agradablemente en los oídos del boss.

—Te curaré primero, Salvatore. Hasta en el delito existen jerarquías y por algo eres el jefe. Desnúdate de cintura para arriba.

Camerini, con no poco trabajo, en su rostro un gesto de dolor, consiguió quitarse la americana. Al ver una pequeña automática, que pendía debajo del brazo izquierdo, sujeta por unas correas, ella bromeó:

—¿No te basta el pistolón con el que me has encañonado antes? Llevas encima un verdadero arsenal. Te ayudaré a desvestirte. Ese hombro no me gusta nada. Lo tienes inflamado.

Salvatore, molesto, herido su amor propio al darse cuenta de que su presencia no inspiraba temor a la joven, se apartó unos metros con el pretexto de tomar un cigarrillo de la caja de tabaco que había sobre la mesa de centro. Una vez que le hubo encendido, advirtió:

—Quiero que sepas que voy a matarte para evitar que me

denuncies. Quizá ahora no te sientas inclinada a ayudarme.

La sonrisa de Dorothy fue amplia.

—La Medicina es una vocación y mi deber me obliga a atenderte. Ahora te considero dos veces enfermo: en el cuerpo y en el alma. Además, deseo hacerte una confesión. Para mi tesis doctoral será de gran valor mi contacto contigo, el más hábil criminal de Filadelfia según mi prometido.

—¿Quién es tu prometido?

Ella, encogióse de hombros. Luego, exclamó:

—¡Qué importa!

—No podrás contar a nadie tu experiencia, Dorothy. Tus compañeros de profesión estudiarán sobre tu cadáver. Te prometo no disparar a la cabeza para que la bala no destroce tus hermosas facciones.

Las frías palabras del pistolero no impresionaron en apariencia a la muchacha, cuyo pulso no tembló al desinfectar las heridas. Y ellos ignoraron que en el corazón de la mujer agigantábase un deseo: ¡Vivir!

Dorothy iba a casarse en breve con el hombre al que amaba. Había conseguido acabar la carrera de Medicina, deseo largamente acariciado. El miedo de la joven era grande, quizá superior al de otras mujeres en parecidas, circunstancias. Su inteligencia le hacía comprender lo delicado de su situación. Sin embargo, la voluntad de la doctora era mayor que sus debilidades. La sala de autopsias, de estudiante, y el quirófano, de profesional, endurecieron sus nervios. Ningún cirujano manifiesta sus inquietudes ante la muerte. Y lo que ella pretendía defender era su propia vida.

—No has conseguido asustarme, Salvatore. Ahora empieza lo más molesto para ti. Tendrás que demostrarme que tu valor no acaba en la pistola.

Terminada la cura del rostro, ella examinó el hombro lesionado y, tras varias presiones con sus dedos, diagnosticó:

—Padeces una dislocación. Procuraré hacerte el menor daño posible.

Las manos de Dorothy maniobraron con fuerza en el hombro y en el brazo izquierdo de Salvatore quien, con los dientes crispados y un gesto de supremo orgullo en su rostro, aguantaba el dolor sin una queja mientras por sus sienes deslizábanse gotas de sudor. La

muchacha invirtió pocos minutos en colocar dos huesos en su sitio, pero al pistolero le parecieron siglos.

—Ya está, Camerini. Te has portado como un hombre.

—¿Crees que los *gangsters* no lo somos?

—No. Los malhechores son doblemente cobardes. No son capaces de luchar contra la vida, de conseguir situarse en lo económico y lo moral, con las mismas armas que empleamos los demás. Eso es muy duro y trabajoso y se queda para aquéllos a quienes no asustan las adversidades. Por si ello fuera poco, jamás matan cara a cara y atacan en manadas, igual que los lobos. Si alguna vez luchan contra un hombre, también tienen ventaja sobre él porque son unos profesionales del asesinato y se han especializado en el manejo de las armas. Acércate, Luiggi. Creo que tú vas a chillar igual que una rata de alcantarilla. No hay más que ver cómo te tiemblan las manos para comprender que te falta el aplomo y la serenidad. Eres de los que, cuando son detenidos por la policía, llaman a gritos a sus abogados, se amparan en la Ley que desprecian y vulneran.

Él aludido, con el rostro congestionado por la ira, se aproximó a la doctora, levantando el brazo izquierdo para golpearla. Camerini se adelantó con rapidez, sujetando a su cómplice por la muñeca.

—¡Quieto! —ordenó el boss—. Ella tiene razón.

La voz de Salvatore sonó bronca, estremecida. Luiggi depuso su actitud ofensiva, no sin comentar:

—Nunca te vi tan condescendiente, jefe.

—Nunca tropecé con una mujer así.

Dorothy Fielding aparento no escuchar las elogiosas palabras de Camerini y entregóse a la cura de Luiggi. Al examinarle el hombro, dijo:

—Tienes más suerte que Salvatore. Sólo sufres una rotura de ligamentos, que se resolverá con unas semanas de inactividad, precisamente las que los dos necesitáis para que la policía se olvide de vosotros.

La doctora guardó en el maletín de urgencia los útiles no empleados, depositando el estuche sobre el mueble bar, que abrió.

—Creo qué a todos nos conviene un trago de *whisky*.

Sacó copas y una botella de licor. Minutos después, los dos hombres y la mujer fumaban y bebían en silencio, como tres buenos

amigos. Salvatore habíase vestido y contemplaba con fijeza a la muchacha.

—Voy a poner la radio —dijo ella—. No sois gente muy apropiada para mantener un diálogo sobre arte, ciencia o literatura.

La ironía era evidente, pero la muchacha no obtuvo respuesta. Al pulsar el interruptor del moderno aparato de radio, la voz del locutor dijo:

—«Los ríos Delaware y Schuylkill se han desbordado, inundando numerosas zonas de la ciudad, en particular las calles Carpenter, Christians, Balnbridge, Fitzwater, las comprendidas entre la 17 y 26 y Elm avenue. Van recogidos ya los cadáveres de once imprudentes que abandonaron sus refugios o domicilios. ¡Nadie salga de sus casas! El "Connie" se ha desatado en toda su intensidad. Los servicios de policía y bomberos, así como los sanitarios se ocupan del salvamento de las personas cuyas viviendas están inundadas. Hasta el próximo Boletín de Noticias continuamos transmitiendo un programa de música variada».

Luiggi, cuando a través del altavoz comenzó a escucharse un moderno *swing*, dijo:

—De buena nos hemos librado, Salvatore.

—Sí. No hay miedo de que nadie venga a visitar a Dorothy. Durante unas horas podemos permanecer tranquilos.

Apenas había pronunciado el asesino tales palabras, sonó el timbre del teléfono. La muchacha fue a apoderarse del auricular, pero Salvatore le sujetó la mano, impidiéndoselo.

—Mejor será que no contestes.

Ella le miró, serio el rostro.

—Creo que es mi novio. Si no respondo, es capaz de venir a ver si me ha ocurrido algo.

—¿Se atreverá? —inquirió Camerini con ironía.

Brillaron con dureza los ojos de Dorothy.

—¡Él se atreve a todo!

Salvatore meditó unos segundos, y decidió:

—Habla con él. ¡Cuidado con lo que le cuentas!

—Estate tranquilo. Por nada del mundo le enfrentaría a vosotros dos, aunque le considero muy capaz de vapulearos.

La joven, sin aguardar la réplica, asió el auricular. Luiggi y Salvatore escucharon atentamente.

—Sí; estoy bien, un poco asustada pensando en que puede ocurrirte algo.

—…

—Siempre me aseguras lo mismo y sólo me entero de las cosas cuando han sucedido.

—…

—He tardado en acudir porque estaba en las habitaciones interiores. Me es imposible dormir. Iré a la biblioteca a leer un rato.

—…

—¡No se te ocurra venir! Te arrastraría, el huracán. Prométemelo. Llámame por teléfono todas las veces que quieras; pero no vengas. ¡Es peligroso! El «Connie» está ocasionando víctimas. Acabo de oírlo por la radio.

—…

—Sí; espero tus noticias.

—…

—Otro muy fuerte para ti. ¡Cuídate mucho, James!

Dorothy depositó el auricular sobre la horquilla y miró a Salvatore, que sonreía burlón.

—Cariñosa despedida —ironizó el gangster—. ¿Quién es él?

Dorothy Fielding, sin responder a la pregunta, antes de sentarse de nuevo en el sillón, llenó por completo los vasos de Camerini y Luiggi, para comentar:

—Sería estupendo que os emborracharais. No os quejaréis del trato que os dispenso. Supongo que para vosotros sería muy desagradable haberos tropezado con una jovencita histérica.

—Ya no viviría —fue la réplica de Salvatore—. ¿No quieres hablarnos de tu novio?

—No.

El silencio fue largo. Dorothy, entornando los ojos pensó en…

Empapadas las ropas, James Murray trasladó al Pennsylvania Insane Asylum a un grupo de aterrorizados vecinos, cuya casa amenazaba ruina. Una vez todos en el hospital para dementes, situado entre las calles Market y las 42 y 49, el inspector de policía, al que acompañaban tres agentes, volvió al coche oficial. Bertrand Dermontt comentó:

—Empieza a ser suicida patrullar por Filadelfia.

Amparados en el interior del vehículo, los cuatro miembros de la

Sección Criminal de la Metropolitana pudieron ver cómo el huracán iba devastándolo todo a su paso. La calle estaba sembrada de ramas de árboles y de tejas, que dificultaban el avance del automóvil. Al doblar una esquina, con agua hasta los ejes de las ruedas, una ráfaga de huracán zarandeó brutalmente al coche y el chofer hubo de frenar, interrumpido el paso por un tronco de árbol. Los agentes miraron a su jefe, sin atreverse a insinuarle la conveniencia de penetrar en cualquiera de los edificios inmediatos y esperar ocultos el fin del «Connie». Murray, comprendiendo los pensamientos de sus camaradas, dijo:

—Me angustia la suerte que hayan podido correr las miles de familias que habitan en las proximidades de los ríos, en viviendas antiguas o en tosca construcción. Como siempre, todas las calamidades las padecen las clases humildes. Estoy seguro de que en los hoteles y grandes casas de la población no existe el menor peligro.

Al hablar así, Murray pensaba en sus padres, a los que sabía en zona de seguridad y, también, en Dorothy Fielding, su prometida, con la que minutos antes había sostenido una tranquilizadora conversación telefónica.

Una vez más, le remordió la conciencia haber ocultado a sus padres sus relaciones con la muchacha. Él los sabía celosos de su cariño y no deseaba que experimentaran la angustia de ignorar si Dorothy Fielding iba a ser para ellos una hija o una hijastra. En no pocas ocasiones su madre había manifestado inquietud al referirse a que, inevitablemente, James tendría que contraer matrimonio «aunque sólo fuera con un criterio egoísta para no verse solo en la vejez, convertido en un solterón». «Nadie te querrá como nosotros, James». Tales frases las sabía el joven de memoria. ¡Tantas veces le fueron repetidas durante las veladas, de cara a la radio y a una taza de café!…

El automóvil, detenido en el centro de la calle 42, vibraba peligrosamente al ser sacudido por el vendaval.

Bertrand Dermontt, el que más confianza tenía con Murray, exclamó:

—Acabaremos volcando.

James asintió en silencio y, tras una breve meditación, indicó:

—Entremos en aquella casa.

Señaló un edificio de tres plantas, de ladrillo rojo, cuyo ancho portal, por el que penetraba el agua, estaba abierto de par en par, brindándoles acogedor refugio.

—Atravesar a cuerpo limpio la calzada equivale a suicidarse. Maniobra con el coche y súbete a la acera procurando acortar en lo posible la distancia que nos separa.

Dermontt no se hizo repetir la orden de su jefe y, hábil conductor se las ingenió para cumplir las instrucciones de Murray. Sin embargo, pese a su destreza, no pudo salvar el obstáculo de varias gruesas ramas, por lo que los cuatro miembros de la Policía Metropolitana comprendieron que veríanse obligados a recorrer casi diez metros sin protección alguna.

—Yo iré el primero —decidió Murray—. Se veis que el viento me arrastra, permaneced dentro del automóvil sin intentar socorrerme. Sólo conseguiríamos morir los cuatro. Espero no ser desobedecido. ¿Alguna duda?

Todos conocían el obstinado carácter de su jefe y ninguno de los agentes respondió, pese a que en lo íntimo decidieran acudir en auxilio del inspector si éste lo necesitaba.

—¡Cuidado, Dermontt!

Una teja, desprendida, sin duda, de una techumbre inmediata, volaba hacia el cristal delantero del automóvil, peligroso proyectil cuya trayectoria adivinó Murray. Bertrand se dejó caer sobre el asiento delantero en el preciso instante que la gran luna que protegía al conductor del polvo y el aire era alcanzada por la pieza de barro cocido. Hubo un estruendo de vidrios al astillarse pero, merced al aviso de James, ninguno de los de la Metropolitana resultó herido.

—¡Voy a saltar del coche! —anunció, excitado, el inspector.

Como el aire daba de frente a la portezuela, Murray hubo de emplearse a fondo para abrirla, cosa que no hubiera conseguido sin la ayuda de dos de sus compañeros.

Una fuerte presión en el pecho hizo vacilar a James, quien se tambaleó sobre sus piernas, perdiendo el equilibrio. Al caer al suelo pudo asirse a una de las ruedas del automóvil e incorporarse en un supremo esfuerzo de voluntad, mientras se reprochaba haber tardado tanto en buscar refugio. Apoyado contra la carrocería del vehículo pensó que de no conseguir alcanzar el portal en una breve

carrera no lo lograría jamás y, tomando impulso, se dispuso a transponer la distancia que le separaba, para lo que esperó, medio cegado por la fuerza del huracán, un momento en el que el aire que, soplaba a ráfagas, fuese menos fuerte. Tardó unos segundos en conseguir su objetivo, segundos que le parecieron horas: tan grande era su angustia al ver la impotencia del hombre para luchar contra la Naturaleza.

Al encontrarse a salvo, Murray respiró con alivio e, inquieto, se dispuso a presenciar cómo sus compañeros le imitaban. Dos de ellos lo consiguieron, no sin dificultades, pero Bertrand Dermontt fue derribado a mitad del camino. Los tres miembros de la Metropolitana observaron como su camarada intentaba aferrarse a las ramas caídas en tierra, primero, y al reborde formado por la acera en su unión con la calzada después, sin lograrlo.

James, sin meditar las consecuencias de sus actos ni el grave peligro a que se exponía, abandonó su refugio y, en una rápida carrera, a favor del viento que amenazaba tirarle, llegó hasta Bertrand ofreciéndole la diestra que el agente asió con avidez desde el suelo, exclamando:

—¡Eres un loco, Murray! ¡Ahora no nos salvaremos ninguno de los dos!

El inspector, sin responder, ayudó a su compañero a incorporarse y en ese momento el «Connie» pareció adquirir mayor violencia. Los dos hombres, de nuevo en tierra, fueron arrastrados hacia el centro de la calle mientras en derredor de ellos caía una verdadera lluvia de tejas y ramas de árboles.

Sin soltarse para ofrecer más resistencia al aire, no perdieron la serenidad, y conforme eran impulsados por el huracán miraban en todas direcciones, con la ilusión de encontrar un asidero. El nivel de las aguas, procedentes del desbordado Schuylkill, iba en aumento por lo que James y Bertrand medio sumergidos, se convencieron de que la muerte les rondaba…

CAPÍTULO III

—Tengo sueño, jefe. ¿Por qué no la liquidamos para dormir tranquilos?

Dorothy Fielding, que llevaba un cigarrillo a sus labios, detuvo la mano en el aire mientras miraba a Luiggi y a Salvatore respectivamente. Estaba segura de que su vida dependía de un monosílabo, de algo tan sin importancia en otras ocasiones como un «sí» o un «no». El silencio fue largo, interminable para la muchacha.

Camerini sonreía cruel al reparar en la inmovilidad de la hasta entonces imperturbable Dorothy. Deliberadamente, deseando demorar una respuesta decisiva para el futuro de la mujer, repuso:

—A mí también me agradaría dormir.

El jefe del grupo de malhechores que intentó el asalto al Banco Nacional de Filadelfia, se puso en pie y se acercó a uno de los dos ventanales, pudiendo apreciar los destrozos producidos por el «Connie» en el jardín. Todos los arbustos habían sido arrancados de raíz y algunos árboles, los más endebles, se hallaban en tierra, tronchados por su base. Los cristales experimentaban fuertes sacudidas, sin llegar a quebrarse merced a no recibir el aire de frente.

Salvatore se volvió cara a la muchacha y, con trágica ironía, comentó:

—Es hermosa la vida, ¿verdad, Dorothy?

—Para mí, que la gozo sin sobresalto, sí.

—¿Sin sobresaltos? —ironizó Camerini—. ¿Tan a gusto estás con nosotros?

—Me refería al pasado y al futuro, si es que me es permitido pensar en él.

Él gangster movió la cabeza en signo negativo. Luego, contestó:

—No te es permitido.

Luiggi, considerando tales palabras como una aprobación a sus

proyectos, extrajo la pistola del bolsillo lateral de la americana y, con frialdad, encañonó a la doctora. Salvatore ordenó:

—Guarda ese «cacharro». Todavía no le ha llegado la hora.

El aludido obedeció, con visibles muestras de contrariedad. Luiggi era uno de esos hombres en contacto con el mal desde su niñez. Criado en los arrabales de Nueva York, con unos padres de turbia conducta, no concebía el bien ni la virtud. No muy alto, de ancho esqueleto y rostro deforme, con deformidades propias de una vida de vicio, su aspecto general inspiraba repugnancia. Las cejas, unidas sobre una nariz chata, que dejaba muy al descubierto las dos oquedades respiratorias, daban sombra, tan espesas eran, a unos ojos pequeños, redondos de mirada maligna. En contraste con las restantes facciones y con la leve obesidad de su persona sus labios eran increíblemente finos, casi sin color.

—Tú mandas, jefe.

El tintineo de unas campanas hizo mirarse con sorpresa a los dos hombres y a la mujer. Dorothy Fielding comprendió lo que motivaba tal sonido y a un mudo interrogante de Camerini, dijo:

—Cerca de aquí hay un convento católico. Supongo que el huracán habrá roto las cuerdas que sujetaban las campanas y éstas son zarandeadas a capricho por el viento.

—De pequeño —repuso él—, yo vivía muy cerca de la parroquia y me impresionaba oír tocar a muerto. ¿No te sugieren nada mis palabras?

La muchacha, ya dueña de sus nervios, dándose cuenta de que Salvatore pretendía aterrorizarla, se apresuró a replicar:

—Considero aburrido repetirte que es muy difícil impresionarme con amenazas. Podrás privarme de la existencia, pero no te daré la satisfacción de verme acobardada, por grande que sea mi miedo. Voy a pensar que siempre trataste con cobardes, con individuos como el que nos escucha, incapaz de comprender otra cosa que la violencia o el desahogo de sus bajos instintos. Estoy segura de que el menos experto psiquiatra encontraría en Luiggi grandes taras mentales. Es un completo perturbado, un…

El cómplice de Salvatore hundió la diestra en el bolsillo de la americana, exclamando:

—¡Déjame matarla! ¡Me insulta!

—Te digo la verdad. Eres un enfermo.

—¿Yo también? —inquirió el boss con sorna.

Ella, dubitativa, contestó:

—No lo sé. La lectura de los informes, oficiales que me facilitó la policía me hizo pensar en principio que podía tratarse de un caso patológico. Al conocerte, temo haberme equivocado.

—¿Cuál es tu opinión con respecto a mí?

—Eres un enemigo de la sociedad por odio, por ambición y por… ¿Quieres que te lo repita?

—No te lo aconsejo. Luiggi está en lo cierto. Es absurdo continuar una comedia que terminará trágicamente. Una vez que ya no existas, todo será más fácil para nosotros.

Salvatore empuñó su automática y, lentamente, con sadismo, la fue alzando hasta que el punto de mira quedó enfilado hacia el corazón de Dorothy Fielding quien, muy pálida, se puso en pie…

—¡No te sueltes de mí, Bertrand! —gritó Murray, desesperadamente, mientras era arrastrado.

Dermontt, sin responder, se aferró con más fuerza al brazo de su compañero, consciente de que quizá en ello le fuera la vida. El inspector de la Metropolitana temía chocar con cualquier rama de árbol medio sumergida o recibir un fuerte golpe con las tejas que continuaban volando en todas direcciones. De perder el conocimiento, nada sería, capaz de salvarle. Lejos de ofrecer resistencia al huracán esforzábase en sortear los obstáculos aumentando, quizá, la rapidez del avance en espera de que se le presentara una oportunidad favorable.

James, magullado, ensordecido, miraba en todas direcciones. Al fin creyó llegado su momento, y extendiendo ambos brazos en forma de tenazas, consiguió asirse al tronco de un árbol. Dermontt, que intuyó los propósitos de su compañero, soltándose de él en el segundo preciso, pudo aferrarse de la misma forma que Murray.

Los dos hombres, de bruces sobre el pavimento, medio cubiertos por el agua, ofrecían poca resistencia al aire lo que pudieron aguantar en tal postura hasta reponer sus maltratadas fuerzas.

—¿Te encuentras bien, Bertrand?

—Sorprendido de estar aún vivo. Frente a nosotros hay un chalet y la verja del jardín está abierta. Si conseguimos entrar en el parque, las tapias, protegiéndonos del ciclón, nos permitirán ir a cobijarnos en el porche de entrada. Sólo entonces me consideraré a

salvo.

—¿Nos decidimos?

—Cuando quieras.

De nuevo de la mano, los dos miembros de la Metropolitana corrieron, cayendo de bruces, al tropezar con un tronco derribado.

—¡Levántate Bertrand!

Al no obtener respuesta, el inspector comprendió que su compañero acababa de perder el sentido y, tomándole en sus brazos, invocando a la Divina Invidencia para que le auxiliara en tan difícil trance, tambaleándose como un beodo, pudo penetrar en el jardín del pequeño hotel, en cuyo interior el aire soplaba, con menos intensidad.

Amparado en uno de los paredones que circundaban la finca, Murray pudo darse cuenta de que Dermontt tenía una herida en la cabeza, de no mucha gravedad al parecer. Minutos más tarde, el agente recobraba el sentido y, luego de concentrarse unos minutos, dijo:

—Eres un testarudo, James. Te empeñaste en salvarme y creo que vas a conseguirlo.

De una carrera no sin riesgo de ser derribados, los dos hombres pudieron alcanzar el porche. El inspector oprimió el timbre de la puerta. Nadie se presentó a abrir, pese a la insistencia de Murray.

—Me pareció ver una luz a través de una de las ventanas del piso superior. ¿Quieres comprobarlo, Dermontt?

—No es preciso, James. Estoy seguro de ello.

El inspector tornó a llamar. Luego, sin vacilaciones, notando que el «Connie» aumentaba su fuerza y temeroso de que el parque que les cobijaba se derrumbase, extrajo un juego de ganzúas del bolsillo posterior del pantalón.

—¿Vas a cometer un allanamiento de morada?

—Voy a defender nuestras vidas.

Muy poco tiempo necesitó Murray para vencer la resistencia de la cerradura. Los dos hombres penetraron en la casa, deteniéndose en un amplio *hall* en el que había, sobre pedestales, numerosos bustos, todos ellos de músicos famosos. Una gruesa alfombra de nudos, una lámpara de cristal, un lujoso tresillo y varios cuadros de buenas firmas de la Pintura clásica convencieron al inspector y al agente de que se hallaban en el domicilio de un hombre

acomodado, tal vez de un artista. En las paredes había apliques de luz indirecta, algunos de ellos encendidos, con lo qué la estancia se hallaba envuelta en una grata semi penumbra.

—Resulta inconcebible que haya quien se niegue a conceder hospitalidad en una noche semejante —dijo Murray, mientras se encaminaba a una amplia escalera de mármol blanco, seguido da Bertrand.

—Es posible que los moradores se encuentren fuera.

—¿Dejando las luces encendidas?

Dermontt no respondió a la pregunta formulada por su compañero quien con paso elástico, iba ascendiendo. De pronto se detuvo.

—¿Oyes, Bertrand?

Un sonido extraño, un prolongado lamento, hizo mirarse a los miembros de la Metropolitana.

—Parece como si alguien agonizara —comentó el inspector—. No empuñes la pistola, Bertrand. El agua habrá inutilizado los proyectiles.

—No lo creo; pero aunque fuese así me servirá como maza. ¿Seguimos?

La respuesta, de Murray fue continuar la subida hacia el piso superior, en cuyo rellano se detuvo. Sus músculos se relajaron al identificar la procedencia del sonido.

—Tenemos los nervios deshechos, Bertrand, Alguien toca un violín.

—¿Tocar? Nunca oí nada semejante.

En efecto. Una nota, sostenida de forma inverosímil, temblaba en el aire como un lamento, prolongado, inacabable. James sintió que el vello se le erizaba y, no queriendo ser dominado por el pánico ni ser víctima de una sugestión, anduvo por un largo pasillo hasta detenerse ante una puerta.

—El que interpreta una música tan macabra está ahí dentro —indicó Dermontt.

—Así parece.

El inspector puso su diestra en un picaporte de bronce, haciéndolo girar. Al franquear la entrada, quedó inmóvil, mudo de asombro. Junto a un gran ventanal de cristales, que vibraban a impulso del huracán, se hallaba un hombre esquelético, muy alto,

enfundado en un traje negro, que sostenía entre sus manos un violín.

James y Bertrand volvieron a mirarse, graves los rostros, impresionados por el aspecto de aquel individuo.

—Observa sus manos, Murray. Están blancas como las de un cadáver.

El inspector, sin responder al comentario de su subordinado, tosió forzadamente, sin conseguir llamar la atención del hombre esquelético… James dio varias palmadas sin obtener tampoco éxito. Irritado, nervioso, el de la Metropolitana gritó:

—¡Qué diablos le ocurre!

Trémulo, Bertrand advirtió:

—No nombres aquí el diablo.

—¡Creo que simula no escucharnos! Me molesta su descortesía y voy a hacerle volver a la realidad.

El inspector avanzó unos pasos, dispuesto a situarse frente al que imaginaba dueño de la casa. No pudo llegar a él. De forma inesperada, el violín cayó al suelo y el individuo, tras permanecer rígido unos instantes, se desplomó también.

—¡Cielos! —gritó James, mientras se arrodillaba junto al hombre—. Parece muerto.



¡Está muerto!...

3 — NOCHE

—Lo está —dijo una voz bronca a espaldas de los dos miembros de la Metropolitana.

James y Bertrand giraron el cuerpo con rapidez, incorporándose a la par. En la puerta por la que ellos penetraron había un hombre, también muy alto y delgado, vestido, asimismo, con ropas negras.

En su rostro joven, que semejaba cadavérico por su acentuada palidez, reflejábase una sonrisa irónica, de superioridad. El inspector fue el primero en reaccionar:

—¿Cómo lo sabe?

—Me llamo Copton Zetterling y soy profesor adjunto de la cátedra de Psiquiatría. ¿Quiénes son ustedes y a qué debo el honor de su visita?

Los modales del hombre eran corteses, pero glaciales. Murray, sintiéndose impresionado por la dureza de los ojos de Copton, insistió:

—¿Los médicos son capaces de certificar una defunción a distancia?

—Mi padre murió hace diez minutos. Expiró teniéndome a su lado en la habitación contigua, su dormitorio. ¿Se dedican ustedes a transportar cadáveres de un cuarto a otro?

Atónito, irritado, James fue a replicar con violencia mas no llegó a hacerlo. Dermontt, conocedor del impetuoso carácter de su jefe, se anticipó a éste y, sacando su carnet oficial, se lo tendió a Zetterling.

—Somos el inspector James Murray y el agente Bertrand Dermontt, de la Policía Metropolitana de Filadelfia. Nos arrastró el temporal y, milagrosamente, pudimos llegar hasta el porche de su hotel. Habíamos visto luz en una de las ventanas y pulsamos el timbre repetidas veces, sin conseguir que nadie nos abriera. En vista de ello franqueamos la entrada con una ganzúa en la certeza de que los dueños de la casa no negarían asilo a dos hombres cuando el «Connie» está asolando la ciudad. Supusimos que el timbre no era oído.

—Él se moría. Y ya nada podemos hacer por el viejo Philip Zetterling. Ustedes deben cambiarse de ropa. Síganme.

Sin aguardar la conformidad de los policías, Copton salió de la estancia y anduvo por el largo pasillo hasta penetrar en una alcoba sobriamente amueblada. Murray, hombre poco impresionable, al ver el gran lecho cubierto por un negro dosel, que sustentaban cuatro columnas, comentó íntimamente que él no dormiría a gusto en aquella cama. El armario, la lámpara, la mesilla, la descalzadora y un butacón situado frente a la ventana completaban el mobiliario, de tonos oscuros.

—Les daré dos pijamas. Desnúdense. Sus ropas se secarán junto

al fuego de la chimenea de la biblioteca. Voy a llevar a mi padre a su habitación.

—¿Le ayudo? —inquirió Bertrand.

—No es necesario. Su cuerpo pesa muy poco. En el armario encontrarán lo que necesitan.

Copton abandonó la alcoba, dejando solos a los policías, quienes, sin desvestirse, se miraron en silencio no atreviéndose ninguno de ellos a formular el comentario que pugnaba por salir de sus labios. La casa y los hombres que la habitaban impresionábanles profundamente. Murray, más impetuoso que su compañero, preguntó:

—¿Qué opinas de todo esto?

—Que Philip Zetterling tocaba el violín cuando nosotros entramos y eso, que yo sepa, no suelen hacerlo los cadáveres. ¡Y pensar que ambicionaba encontrarme a salvo del huracán para descansar unas horas! —terminó Bertrand con un suspiro de condolencia—. Sea muerte natural o asesinato nos hallamos ante un hecho misterioso.

James asintió con el gesto y la palabra mientras se doblaba las perneras del pijama, cuyo pantalón era demasiado largo para él.

—Así es. Copton aún no nos ha concedido asilo y mientras ello no suceda no podemos intervenir oficialmente.

Los pijamas que Murray y Dermontt llevaban eran de seda de color marrón. Con una sonrisa, el agente extendió ambos brazos, mostrándoselos al inspector.

—Mira. No se me ven las manos. Este individuo es largo como un látigo y estrecho como un…

Copton, que entraba en ese momento, interrumpió a Dermontt. James, que esperaba una sonrisa de burla del dueño de la casa, observó su expresión imperturbable y comprendió que Zetterling carecía del sentido del humor.

—Quítense también los zapatos. Eh la mesilla encontrarán pantuflas.

Los aludidos no se hicieron repetir la invitación y, de nuevo tras el silencioso Copton, se encaminaron a una amplia biblioteca cuyas paredes estaban ocultas por volúmenes, en estanterías que llegaban del suelo al techo. Un tresillo y una mesa de centro, la lámpara de bronce y la gruesa alfombra, atrajeron sus miradas. En un

chimeneón ardían varios troncos.

—Olvidaron traer la ropa húmeda para acercarla al fuego —dijo Copton.

—Se secará, sola, antes de que amaine el huracán —repuso Murray—. ¿Nos perdona el allanamiento de morada?

—En otras circunstancias les hubiera denunciado, pero el «Connie» lo justifica todo. Casi estoy por decirle que me abrumaba la soledad junto al cadáver de mi padre. Al menos, podremos conversar hasta que amanezca. ¿Son aficionados a la música o a la literatura?

El inspector comprendió que aquel hombre no pensaba referirse a los motivos que originaron el fallecimiento de Philip Zetterling y, con su brusquedad característica, se dispuso a abordar el tema.

—Vimos a su padre tocar el violín minutos antes de que se desplomase ante nuestros ojos. Conforme subíamos del *hall* escuchamos una composición extraña, angustiosa.

Brillaron intensamente los ojos de Copton.

—Yo estaba aquí y no oí nada. Acababa de cerrarle los ojos, no sin asegurarme antes de que era cadáver. Creo, señores míos, que sufrieron ustedes una alucinación.

—¿Fue también alucinación el hallazgo, por su parte, del cuerpo junto al violín y cara a la ventana?

—No. ¿Quieren que les diga lo que pienso? —No esperó la respuesta—. Son muchos mis enemigos y no me extrañaría que alguien les hubiera pagado a ustedes Para que me gastasen una broma macabra.

De nuevo, Dermontt se anticipó a la respuesta de su jefe con una pregunta:

—¿No vio mi carnet oficial?

—Sí. ¡Pero yo dejé a mi padre muerto en el lecho! ¡Si no son ustedes unos bromistas, tendré que pensar que están locos y llevaron su cadáver de una habitación a otra!

Vibraba de impaciencia la voz de Copton, pero Murray no se intimidó por ello y, trazándose un plan de acción para el futuro, dijo, irónicamente:

—Olvidemos lo ocurrido, al menos mientras seamos sus huéspedes. ¿Conoce la última noticia literaria? La leí esta tarde. La obra «The Grapes of Wrath», original de John Steinbeck, ha

obtenido un éxito tan extraordinario que en menos de un año se han vendido cinco millones de ejemplares.

Dermontt estaba asombrado de que su jefe, tan irritable siempre, tan amigo de imponer la Ley, pareciera desentenderse de la misteriosa muerte de Philip Zetterling, soportando la ofensa que encerraba la suposición de Copton. Éste contestó:

—Ese libro lo tiene usted a su derecha, en el segundo estante. Le aseguro que no comprendo que haya alcanzado esa cifra de lectores. Es una obra buena, no le voy a restar méritos a su autor; pero no es genial. Se lo aseguro.

El inspector, que miraba a un teléfono situado cerca de la puerta, sobre una repisa en la que había, además, dos pequeñas tallas en madera de desnudos femeninos, preguntó al dueño de la casa:

—¿Me autoriza a llamar al Precinto?

Zetterling frunció las cejas en un gesto de enojo, respondiendo con acritud:

—¡No intente buscarme complicaciones esta noche!

—No pensaba referirme a su padre sino informar que Dermontt y yo nos hemos salvado.

—Hágalo.

James descolgó el auricular, marcando el número de la Delegación de Policía. La voz del comisario jefe sonó bronca al otro lado del hilo.

—¿Quién llama?

—Soy yo, Murray.

La exclamación de alegría de su superior hizo sonreír a James.

—¡Bendito sea Dios! Hace unos minutos recibí la noticia de que usted y Bertrand habían sido arrastrados por el huracán. ¿Desde dónde me llama?

—Dermontt y yo estamos en casa del doctor Zetterling.

—¡Óigame bien, Murray! ¡No se le ocurra salir, pase lo que pase! ¡Me debe obediencia y le recuerdo la disciplina! El «Connie» alcanza impresionantes velocidades y nadie que se atreva a desafiarle podrá salvarse. ¿Me entiende? Haga extensivas mis palabras a Bertrand.

—De acuerdo, jefe. ¿Tiene noticias de mis padres? —Ninguna; Dígame cuál es el número de ese teléfono para poder comunicar con usted en caso necesario.

El inspector así lo hizo y, luego de despedirse de Su superior, depositó el auricular para hacer girar el disco de nuevo, esta vez en llamada a su domicilio. El timbre sonó repetidas veces y, al fin, James oyó al otro lado del hilo la voz de su madre.

—Hola, mamá. ¿Cómo estáis?

Hubo una breve pausa y el inspector escuchó la tranquilizadora respuesta de que su padre se encontraba algo mejorado.

—¿Fue el médico?

—Sí, estuvo aquí; pero ya se ha marchado. ¿Corres algún peligro, hijo?

—Ninguno. Si algo sucede, llámame a este número.

Tras de desear a los suyos una buena noche, Murray depositó el micro en la horquilla y se volvió a Zetterling para explicarle:

—Mi padre sufría un ataque al corazón cuando me vi obligado, a incorporarme al servicio. ¿De qué murió el suyo?

Murray se acomodó en uno de los butacones, cerca del fuego, sin dar importancia a la pregunta que, aun teniendo un matiz policíaco, fue formulada con tono cordial, de afectuoso interés.

—Tenía una grave enfermedad mental y llevaba más de un año negándose a comer. Le he sostenido con inyecciones mientras me ha sido posible. Una triste historia.

Dermontt, sentado en el otro sillón miró a su jefe comprendiendo que éste pretendía obtener la verdad sin imponerse como miembro de la Metropolitana. Copton arrimó el diván a la chimenea sin aparente esfuerzo, por lo que James y Bertrand dedujeron que era más fuerte de lo que su delgadez hacía suponer.

Con actitud indiferente, el inspector se dispuso a conversar con Zetterling, deseando demostrarle que los miembros de la policía no eran, como el vulgo les consideraba, unos autómatas del formidable engranaje que garantiza el orden en los países civilizados, sino seres con acusada personalidad espiritual, muchos, de ellos con inclinaciones artísticas.

El diálogo, intrascendente, sin profundidad, versó sobre algunos aspectos de la música clásica y de la literatura moderna. Fue Bertrand Dermontt, que escuchaba en silencio, el que puso sobre el tapete la influencia femenina en la novelística estadounidense al referirse a la obra «Lo que el viento se llevó».

—Hasta hace poco yo era antifeminista —declaró Copton—. Y

sin embargo, una mujer ha cambiado mi criterio en tal sentido. Tuve ocasión de conocerla con motivo de… Bueno, no importa de qué.

Irónico, por considerar que el aspecto físico de Zetterling no era el más apropiado para inspirar una pasión amorosa, Murray inquirió:

—¿Flechazo?

—Es posible. El amor se produce por una confusa asociación de sentimientos, entre los que predomina el admirativo y el estético. Dorothy Fielding es una mujer encantadora.

Al oír el nombre y el apellido, James adelantó el busto, sorprendido.

—¿La conoce usted? —inquirió Copton.

James miró con fijeza a su interlocutor.

—Voy a casarme con ella.

Murray, que observa atentamente a su interlocutor, creyó adivinar una sombra de tristeza reflejada en sus ojos.

—Le felicito y le envidio. Espero que los dos me consideren su amigo. En lo que respecta a ella sentiré no convertirme en su esposo. Con toda lealtad, estimo que pierde en el cambio eligiéndole a usted, pero ni aun las mujeres más inteligentes saben resistir al atractivo de los músculos y un hermoso cuerpo de animal.

—Muy amable, Copton. Se adivina en usted al hombre exquisito, sobre todo en esta ocasión. Tenga la certeza de que yo no le consideraré nunca mi amigo porque acostumbro a elegirlos entre los que son débiles ante las desgracias familiares.

La alusión era clara, pero Zetterling no respondió; fijaba la mirada en el techo, cual si estuviese muy interesado en contemplar la lámpara.

Los minutos transcurrían con lentitud obsesionante. La presencia de Copton, su parecido con el hombre al que vieron morir, no sólo en estatura sino también en la extrema palidez de sus manos y su rostro, sugestionaba a los dos miembros de la Metropolitana. La voz de Zetterling sonó fría, sin inflexiones emotivas.

—Cuando se ve morir a un hombre día tras día, sin poder hacer nada por evitarlo, llega a resultar un alivio su desaparición. No es que se goce viéndole expirar. Cualquier hijo prolongaría aunque sólo fuese por un segundo la vida de su padre, a costa de cualquier

sacrificio. Lo que pretendo explicar sin que se califique de monstruo, es que él llevaba agonizando cerca de un año y que ha descansado ya para siempre. Además, no siente con mayor profundidad el que hace vivas manifestaciones de su dolor. La verdadera pena es íntima, del alma.

Sarcástico, agresivo, sintiendo crecer su animosidad contra aquel hombre inalterable, de facciones de esfinge, el inspector dijo:

—Si pretende justificarse, deseo que sepa que no me ha convencido. Estoy de acuerdo en que el dolor no puede calificarse por actitudes externas, pero también es cierto que ningún hijo razonaría sobre arte a los pocos minutos de la muerte de su padre. ¿Era también médico?

—Sí. Por él conocí a Dorothy Fielding, quien le consultaba con frecuencia pidiéndole datos sobre psiquiatría. Su novia sentirá la muerte.

Copton, incorporándose, paseó por la habitación, deteniéndose junto a un pequeño receptor de radio. Con las manos a la espalda, cerca de los mandos y cara a los, miembros de la Metropolitana, prosiguió:

—Era un hombre extraordinario. Hubiese alcanzado un primerísimo lugar en el mundo del arte como violinista. Se negaba a actuar ante el público asegurado que los que asisten a los conciertos, salvó una minoría, no suelen entender de música y que a él no le gustaba desnudar su alma ante personas que sólo desean, exhibirse social y mundialmente. Creía, con Schopenhauer, que «el arte es una flor nacida en el camino de nuestra vida, que crece para endulzarla» y que su fin «es facilitar la inteligencia en las Ideas del Universo». ¿No opina usted lo mismo, inspector?

—Sí.

—Él no quería que nadie pisoteara, ni aun por ignorancia, las flores de su alma.

—Extraordinaria soberbia la suya. Me temo que no olvidaré nunca lo que Dermontt y yo oímos mientras subíamos la escalera. Era algo… ¡Dios mío!

James y Bertrand se pusieron en pie, pálidos como cadáveres. Muy próximo, en la misma habitación en la que se hallaban, se oyó el agudo lamento de un violín…

CAPÍTULO IV

El cañón del arma empuñada por Camerini apuntaba al pecho de Dorothy Fielding que, erguida, sin temblar, desafió al pistolero con el gesto y la palabra:

—¡Dispara ya! ¡No goces provocando en mí el pánico! ¡Eso sólo lo hacen los cobardes! Morir no es doloroso. Está demostrado científicamente. Lo único que duele es que la vida se rompa cuando el futuro promete la felicidad.

Como hipnotizada, la muchacha observó que el dedo índice de Salvatore curvábase en el gatillo de la automática. ¡Qué estúpido final el suyo, a manos de un hombre que no tenía ningún motivo para odiarla!

El italiano, tras permanecer varios minutos en tan agresiva actitud, bajó el brazo, enfundando la pistola.

—Hemos de permanecer varias horas contigo y es más grata tú presencia que la de un cadáver. La muerte lo afea todo. Dispararé segundos antes de marcharnos. Prefiero recordarte con vida. No es generosidad. Si acaso, estética.

Ella respiró con alivio. Al sentarse, comentó:

—Creo que eres menos canalla de lo que tú mismo supones. ¿Asesinaste a mujeres?

—Sí, pero ninguna igual que tú.

De nuevo recobrado el dominio de sus nervios, Dorothy volvió a interrogar a Camerini:

—¿Cómo eran? ¿También gente del hampa?

—Acertaste. No exagero al afirmar que ensuciaron el plomo. Ninguna de ellas valía una bala.

A través del aparato de radio seguía escuchándose una música suave, de ritmo moderno. Dorothy tuvo una idea atrevida. Especialista en psicología, conocedora por el estudio del expediente policíaco de la de Camerini, quiso sacar partido de la única faceta

honrada de aquel hombre: el culto al valor, y de la única debilidad: la que experimentaba ante la belleza femenina. En los archivos de la Metropolitana y del F.B.I., mencionábanse muchos nombres de mujeres, casi todas muertas en trágicas circunstancias, que acapararon por corto o largo plazo el interés afectivo de Salvatore.

La muchacha, tras un largo silencio, bostezó de forma significativa a la par que se cubría los labios tersos, juveniles, con los dedos de la mano derecha.

—Me aburro, Camerini. Hasta para morir hay que tener un sentido filosófico. Me consuela la idea de no acabar mis días en una cama, vieja y enferma. Me considero romántica y el ser asesinada en plena juventud, por horrible que parezca, tiene su lado bello. ¿Quieres que bailemos?

Luiggi se movió nervioso en la butaca. Pese a su brutalidad, adivinaba que aquella mujer estaba intentando algo a la desesperada.

—No te dejes arrastrar por ella, jefe —previno a Salvatore.

El aludido, con una sonrisa de superioridad, poniéndose en pie, repuso:

—Sé bien lo que hago. Siempre lo supe. Llevamos más de tres años en Filadelfia sin que la policía haya conseguido detenernos ni probarnos ningún delito. Creo que Dorothy tiene razón. Para morir y para matar, hay que ser elegantes.

Ella, con naturalidad, se incorporó y, segundos más tarde, ante la mirada colérica de Luiggi, incapaz de concebir lo que sucedía, el criminal y su futura víctima danzaban a los acordes de un fox lento.

Dorothy Fielding, casi tan alta como el gangster, le dijo:

—Bailas bien, igual que un caballero.

Salvatore, enamoradizo por carácter y por ascendencia, no respondió. Sentíase turbado por la proximidad de la bella mujer, de aquella que afrontaba la muerte sin histerismo. El perfume de la muchacha era muy intenso y sus movimientos suaves, armoniosos, casi ingrávidos.

No cruzaron palabra mientras duró la pieza musical. Separándose, volvieron a sentarse, ella en el butacón y él en el diván del tresillo.

Transcurrió el tiempo. Dorothy pretendió en vano obtener confidencias delictivas de Camerini. Este muy preocupado,

respondía con monosílabos.

La voz del locutor sonó de pronto, sobresaltando a los dos hombres y a la mujer:

—«El huracán “Connie” ya no constituye un peligro para Filadelfia. Las fuerzas de seguridad han comenzado a salir a la calle en socorro de las presuntas víctimas. Aún se recomienda prudencia a la población civil. Dentro de media hora será posible el tránsito por las zonas no inundadas».

Un largo silencio siguió a las palabras del locutor en el despacho de Dorothy Fielding. Luiggi se puso en pie, comentando:

—Creo que ya es hora de irnos, jefe. Si los «polis» andan por las calles nos será difícil evitarles.

—Utilizaremos el coche de Dorothy. ¿Posees automóvil?

—Sí.

Nueva pausa, esta vez más prolongada que la anterior. Salvatore y la muchacha pusiéronse también en pie y se miraron. Ella, tendiendo su diestra al forajido, esforzóse en sonreír.

Despidámonos como buenos amigos. Guardaré el secreto de vuestra estancia aquí.

Camerini, con voz ronca, repuso:

—Debo matarte. Sería suicida que no lo hiciera. Sólo los necios se fían de las promesas de las mujeres.

—Al sugerirte que me dejaras con vida pensaba en tu tranquilidad futura. Me consta que no deseas asesinarme. Es posible que el recuerdo de este crimen te persiga siempre como una mala pesadilla.

—Quizá.

El gangster se dirigió al aparato de radio, apagándolo. Después, apoyó su frente en el cristal de la ventana, sintiéndose aliviado por la frialdad del vidrio. Una extraña congoja le dominaba, algo no experimentado hasta entonces. Aquella noche estaba transformando los sentimientos del indeseable. El cajero del Banco Nacional había muerto con heroísmo, demostrándole que en la vida existen valores espirituales. Ahora Dorothy le daba una segunda lección de serenidad.

Con paso lento se apartó del ventanal e introdujo su mano derecha en el bolsillo de la americana donde guardaba la pistola. Eran absurdas las debilidades en un hombre como él, con fama de

implacable.

—Lo siento, Dorothy…

—¿Qué les sucede?

—¿No oye?

La respuesta del inspector, pronunciada con voz trémula y la palidez de su rostro, hicieron comprender a Zetterling.

—Sí —contestó Copton con burla—. Es la radió. La he encendido para escuchar los Boletines de Noticias sobre el «Connie». No se asusten. Los muertos nunca vuelven a la vida.

Zetterling se apartó para que los dos miembros de la Metropolitana pudieran ver el receptor. Murray, avergonzado, dijo:

—No consigo librarme del recuerdo de su padre tocando el violín segundos antes de caer sin vida.

—Tiene usted una imaginación muy exaltada.

James y Bertrand tornaron a sentarse. Copton reanudó sus paseos. La esquelética figura obsesionaba a los policías. Bertrand, recostando la nuca en el respaldó del butacón, entornó los ojos, y Murray se dispuso a encender un nuevo cigarrillo. Al aspirar el humo lo hizo con avidez, en el deseo de serenar su conturbado espíritu.

Los segundos, los minutos y las horas transcurrieron con desesperante lentitud. Los tres hombres parecían ignorarse: tan prolongados eran los silencios, rotos por toses nerviosas o por breves comentarios. La música continuaba oyéndose a través del altavoz del aparato de radio y era ella la única nota no fúnebre, de vida, que se percibía en la estancia.

Tan ensimismado se hallaba James, que le sobresaltó el timbre del teléfono. Zetterling, que había descolgado el auricular para aplicarlo a su oído izquierdo, se lo tendió a Murray.

—Tome, Es para usted.

El inspector pudo oír la voz del comisario jefe del Distrito, quien, luego de saludarle con breves palabras, manifestó:

—Dentro de unos minutos será dada por radio la noticia del cese del peligro. El huracán «Connie» nos abandona para siempre, gracias a Dios. Si he de serle sincero, yo lo hubiera prolongado más.

—No le entiendo, jefe —repuso James.

—Lo comprendo. Me tomará por loco pero… —carraspeó—. Los hombres tenemos el deber de ser siempre los más fuertes. Su padre,

inspector…

—¿Qué le ocurre? ¡Hable claro de una vez!

—El doctor Stearns murió cuando se dirigía a auxiliar a su padre. El ataque resultó más fuerte que otras veces y…

Hubo un nuevo silencio por parte del comisario. El inspector inquirió en tono de angustia:

—¿Ha muerto?

—Sí. Su madre me dio la noticia minutos antes de que usted me llamara.

—¿Por qué no me lo dijo entonces? Ella tampoco quiso comunicarme la verdad, limitándose a pedirme que le prometiera que no abandonaría mi refugio hasta que el peligro hubiese pasado.

—Le rogué yo que le engañara en la certeza de que usted, con riesgo de su vida, habría querido trasladarse a su casa. Lo siento muy de veras, James. Le concedo una semana de permiso para ocuparse de sus asuntos familiares.

El inspector, sin responder al comisario, colgó el auricular. Su rigidez era tan absoluta, su olvido de cuanto le rodeaba tan completo, que no sintió posarse en su hombro derecho la mano de Dermontt, quien, por el diálogo sostenido telefónicamente por su compañero, había adivinado la verdad. Bertrand hubo de zarandearle con rudeza para hacerle reaccionar.

—Sé valiente, James. Muchas veces, comentando el estado de tu padre, aseguraste que su muerte estaba próxima, que su enfermedad no tenía cura. Así ha sucedido.

El locutor, a través de las ondas, transmitió en aquel instante la noticia a que el comisario se refirió por teléfono con respecto al huracán «Connie». Dermontt, agregó:

—Ve a tu casa. Yo iré al Precinto para dar la novedad al jefe. Gracias, señor Zetterling, por habernos prestado estas ropas, permitiéndonos permanecer en su casa. Vamos a vestirnos, James.

Los miembros de la Metropolitana abandonaron la biblioteca para penetrar en el dormitorio, donde se pusieron los arrugados trajes, húmedos todavía. Pese al dolor que le abrumaba, Murray dijo a su camarada:

—Vuelve inmediatamente con el comisario y el forense para investigar en torno a la muerte de Philip Zetterling.

—Lo haré no te preocupes.

Copton, que les aguardaba en el pasillo, les acompañó hasta la puerta, viéndoles alejarse con una sonrisa enigmática en su descarnado rostro. Bertrand Dermontt detuvo un vehículo de la Patrulla Móvil de la Metropolitana y, montando en él, ordenó al conductor:

—¡Al IV Distrito! ¡Es un caso de urgencia!

El agente hizo un afectuoso ademán de saludo con la mano a James Murray quien, con paso rápido, se dirigió hacia el domicilio de sus padres con la esperanza de encontrar, más al centro de la ciudad, en la zona no alcanzada por las inundaciones, un taxi que comenzara su servicio después del huracán. James, al pensar en su madre, en su interminable velada junto al cadáver del hombre a quien amaba, sintió que su angustia iba en aumento. ¡Si él hubiera podido estar a su lado…!

—¡No puedo matarte, Dorothy! ¡Es algo superior a mí!

Luiggi, al escuchar las palabras de su jefe, pronunciadas con tono bronco, desesperado incluso, dijo:

—Imaginaba que iba a fascinarte, Salvatore. Yo me encargaré de liquidarla.

En la diestra del gangster apareció la automática, esgrimida con tanta rapidez que para impedir la muerte de la muchacha, Camerini hubo de interponerse entre ella y su cómplice, a la par que le ordenaba:

—¡Quieto! ¡Soy yo quien da órdenes!

Era grande el respeto que todos sus subordinados tenían a Salvatore y, merced a ello, pudo imponerse, obligando al asesino a guardar el arma. Luego, se volvió a la muchacha para decirle, con rostro grave:

—Prometiste olvidar lo ocurrido. ¿Cumplirás tu palabra?

Ella, con un mohín de coquetería, sintiendo que un júbilo intenso se desbordaba en su alma, se apresuró a contestar:

—Lo consideraré secreto profesional, algo inviolable para los médicos.

Un breve silencio siguió a las palabras de la muchacha, que al fin añadió:

—Conservaré siempre un buen recuerdo de ti, Salvatore. Ahora ya no tengo por qué mentirte, puesto que mi vida no corre peligro. Sin embargo, te aseguro que es la verdad. Un filósofo dijo que en

todos los corazones, por muy corrompidos que estén, siempre queda un átomo de bondad. Tú no eres tan mato íntimamente como lo demuestran tus hechos. Desde hoy, rezaré para que te regeneres, apartándote de la senda del delito.

Una mueca, mitad de tristeza mitad de burla se dibujó en el rostro del forajido, del hombre que hasta entonces fue sembrando la muerte a su paso, sin perdonar vidas ni haciendas.

—Te agradezco el buen deseo, Dorothy; pero moriré gangster. No me queda otra solución y aunque la hubiera la rechazaría. Yo no tengo carácter para convertirme en un trabajador o en un burgués acomodado. Nací para ser el primero en algo.

—Te compadezco, Camerini. Si alguna cosa necesitaras de mí no vaciles en llamarme. Por muy extraño que parezca, te considero un amigo, aunque seas un amigo descarriado. Toma las llaves del garaje y del contacto de mi coche.

Salvatore y Dorothy se estrecharon la mano con fuerza y, segundos después, los dos malhechores abandonaban, el hotel. Una vez en el vehículo de ella, un «Cadillac» último modelo, se dirigieron a toda marcha hacia su cuartel general. Luiggi que iba al volante, comentó:

—Soy tu amigo, jefe, y sabes que puedes disponer de mí siempre. Ello me autoriza a decirte que considero has cometido un grave error al no matar a esta mujer Si va a la policía nos identificarán como los asaltantes del Banco Nacional. ¡Lástima que fallara el golpe! Se nos han ido de las manos trescientos mil dólares. ¿Qué pensará el jefe de todo esto?

Una sonrisa había aparecido en el rostro de Luiggi al formular la última frase. Camerini, mordiéndose los labios en un esfuerzo por dominar, la ira, miró a su cómplice, preguntándole con tono de falsa indiferencia.

—¿Te has vuelto loco? En el gang no hay más jefe que yo.

—Tú lo has dicho: en el gang. Sin embargo, me consta que actúas coordinado con alguien a quien respetas. Sin pretenderlo, te he oído hablar dos veces por teléfono con él Te facilita todos los detalles para operar con las máximas garantías de éxito. ¿Me equivoco?

Salvatore, sin responder a la pregunta formulada por Luiggi, crispó los dedos de su mano derecha en el cenicero metálico situado

entre los mandos del vehículo. Después, dijo:

—Ve más despacio. No conviene que los agentes del tránsito nos detengan por exceso de velocidad…

Apenas los forajidos se hubieron marchado, Dorothy Fielding, destrozados sus nervios, sin fuerza para sostenerse en pie, se desplomó en uno de los butacones, precisamente en el que había ocupado Salvatore Camerini. Ya fuera de peligro, experimentaba idéntica sensación que la que sintió cuando, por vez primera, penetró en la sala de autopsias de la Facultad. Entonces, sabiéndose observada por sus compañeros, en especial por los más veteranos, y por los profesores, supo mantenerse firme, sin externas debilidades. Después, ya a solas en su casa, estuvo a punto de suspender la apenas iniciada carrera. En Dorothy, a quien todos consideraban una mujer de hierro, había un alma sensible, llena de temores, de insatisfacciones espirituales, de íntimas congojas, un alma tímida endurecida cuando era necesario por una voluntad férrea que se apoyaba principalmente en el amor propio, en el orgullo. Ante su novio, James Murray, mostrábase tal cual era, gozando con saberse protegida por el valor del miembro de la Metropolitana.

La muchacha deseaba casarse para, sin abandonar su carrera, sentirse amparada por los brazos de su marido y dedicar algunas de sus horas al estudio y a la investigación, lejos de los zancadilleos de quiénes veían en ella una peligrosa rival. Una vez que contrajera matrimonio y se consagrase principalmente a su marido, todos los médicos comprenderían que ella no aspiraba más que a ser feliz y a ampliar sus conocimientos científicos, sin grandes pretensiones en su carrera. Los que ahora la zaherían convertiríanse en buenos camaradas.

Dorothy Fielding sonrió con amargura. La vida era una lucha de ambiciones. Rectificó. La vida era hermosa y los humanos ensuciábanla con sus torpes apetitos, con sus ansias de gloria y de riqueza.

El timbre del teléfono repicó gozoso en el corazón de la joven quien, ya más dueña de sus nervios, descolgó el auricular experimentando la alegría de oír la voz de…

—¡James! Estaba inquieta por ti. ¿Desde dónde me hablas?

—Desde casa —repuso Murray—. Papá ha muerto. Te espero.

—Voy enseguida.

Entristecida por la noticia, fue a su dormitorio para retocar su maquillaje. Luego, con larga zancada, salió a la calle y detuvo un vehículo de alquiler dando al chofer las señas del domicilio de su prometido. Lamentaba que su presentación a la madre de James se efectuara con tan triste motivo…

CAPÍTULO V

Raymond Kirwan, comisario jefe del IV Distrito de la Metropolitana de Filadelfia, fue el primero en descender del coche oficial, seguido de Bertrand Dermontt y de un experto en huellas dactilares que portaba un maletín con los útiles necesarios para el desempeño de su misión.

Mientras cruzaban el jardín y se dirigían al porche de entrada del domicilio de los Zetterling, el agente que con James Murray compartió la aventura del huracán «Connie», dijo:

—Es lástima que no pueda acompañarnos el forense. Creo que sin él no haremos nada.

Raymond Kirwan pulsó el timbre de la puerta antes de responder:

—Mientras el médico llega, interrogaremos a ese Copton tan misterioso y esquelético. Ya no son sus huéspedes ni puede acusarles de allanamiento de morada después de autorizarles a permanecer en su casa. Lo que me ha contado es tan anormal que de no conocerle a usted no le prestaría crédito. Me consta que es incapaz de sufrir alucinaciones y que es poco amigo del *whisky*.

—El inspector le confirmará mi historia.

—No es necesario para mí, aunque quizá lo sea para meter a Copton Zetterling en un buen lío. No nos abren.

—Insista.

Como pese a las nuevas llamadas nadie respondiera, el comisario, que llevaba en su bolsillo un mandamiento judicial para realizar un registro en la casa, preguntó a Dermontt:

—¿Lleva ganzúas?

—Sí; desde luego.

—No perdamos el tiempo. Utilícelas.

Minutos más tarde, los tres hombres ascendían por la escalera. Ya en el pasillo de la planta superior encamináronse al lugar donde

Bertrand y James vieron a Philip Zetterling. La gran habitación estaba desierta y pasaron a la contigua sin encontrar rastros del cadáver. La cama no tenía huellas de haber soportado peso alguno.

Dermontt, sintiendo seca la garganta, propuso a su jefe:

—Registremos el edificio.

Lo hicieron concienzudamente, sin hallar al muerto. Tampoco a Copton. En la biblioteca, los ceniceros estaban limpios. Ningún signo de vida se advertía en el domicilio de los Zetterling. Las ropas de los armarios se hallaban bien dobladas y a Bertrand no le fue posible encontrar los dos pijamas ni las zapatillas que él y su compañero utilizaron.

Kirwan lanzó una mirada interrogativa a Bertrand.

—Le aseguro que no he soñado.

El agente no obtuvo respuesta. Raymond meditó unos segundos. Luego se puso en comunicación telefónica con la Jefatura de Policía de Filadelfia para solicitar un completo informe de los Zetterling. Colgó el micro y, marcando un nuevo número, estableció contacto con la Oficina de Arquitectura y pidió que le prepararan los planos del edificio en el que se hallaba, pues mandaría un agente a recogerlos.

—Vaya usted, Dermontt. Mientras tanto, nosotros buscaremos sus huellas en la biblioteca, en la puerta de la sala donde estaba Philip Zetterling tocando el violín y en aquellos otros lugares, como el dormitorio de Copton, donde permaneció en compañía de James Murray.

Bertrand se apresuró a salir de la estancia y el comisario y el agente especialista se entregaron a su trabajo, pudiendo comprobar que no había ninguna huella digital, a no ser las que ellos mismos dejaron en las investigaciones.

—¡Es incomprensible! —exclamó Raymond, desconcertado.

El miembro de los Servicios Especiales de la Metropolitana repuso:

—No lo considero así. Ese Copton pudo limpiarlo todo antes de llevarse el cadáver.

—Dermontt no debió alejarse de la casa.

El comentario de Kirwan encerraba un claro reproche para el agente. El experto en huellas se creyó en el deber de intervenir en defensa de su compañero:

—No había prueba de delito. Es posible que tenga usted razón, comisario; pero Bertrand no pudo imaginar nunca que…

Kirwan interrumpió airado al que le hablaba.

—¡Un buen agente debe preverlo todo! Los hechos resultaron muy misteriosos para confiar en ese Zetterling de todos los diablos.

Los dos hombres, acomodándose en los sillones de la biblioteca, no hablaron más hasta el regreso de Dermontt quien, en una, carpeta llevaba una copia del plano de la casa, plano que fue examinado por los tres hombres.

—La edificación carece de sótanos en los que Copton pueda haber escondido el cadáver. Sólo nos falta el informe de la jefatura. Llamaré por teléfono. Tal vez puedan anticiparme algo.

El comisario, descolgando el auricular, marcó un número y tras un seco saludo escuchó atentamente durante varios minutos, transcurridos los cuales cortó la comunicación para decir, mirando con fijeza a Bertrand:

—El doctor Philip Zetterling no tiene hijos y marchó ayer mañana a Europa en su avioneta particular. Fue despedido en el aeropuerto por varios amigos médicos.

Perplejo, Bertrand pestañeó, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Yo, comisario… —murmuró al fin, recuperándose.

Raymond le interrumpió con el gesto y la palabra.

—Calle. No vuelva a repetir la misma historia. Vayamos a Jefatura y, después, a la Facultad de Medicina. Necesito que me aclare algunos extremos acerca de lo ocurrido anoche. Aunque sobran las recriminaciones, ha de comprender que no debió moverse del domicilio de Zetterling o, al menos, de las proximidades de la casa. Que le sirva de lección para el futuro.

El agente aceptó el reproche en silencio. Mientras el comisario daba órdenes al experto en huellas para que permaneciera en aquel lugar hasta que fuesen dos policías a relevarle, Dermontt se dijo que su torpeza estaba disculpada. Fue grande su excitación por los riesgos corridos cuando el huracán «Connie» azotaba la ciudad. Además, la noticia de la muerte del padre de James Murray terminó de privarle del aplomo necesario. ¿Cómo pensar que Copton Zetterling, el hombre de tan extraordinario parecido con el muerto, no fuera en realidad su hijo? ¿Quién adivinaría, viéndole moverse por la casa con tanta desenvoltura, que no era el dueño, de ella? Por

último, ¿cómo suponer que nadie pretendiera ocultar un cadáver en pleno día, complicándose en un asesinato y declarándose, a la par, autor de él?

¿Asesinato? Lo misterioso de los acontecimientos de que Bertrand fue testigo le hacía creer en un hecho delictivo.

Por un momento, Dermontt estuvo a punto de manifestar sus ideas en alta voz, a modo de disculpa, pero su orgullo se lo impidió. Sin excusas, capturando al hombre que se había burlado de él, demostraría con hechos a Kirwan que todos los errores pueden enmendarse si existe espíritu de trabajo y vocación.

—Estoy a sus órdenes, comisario.

—Vamos.

Durante el trayecto, los dos hombres no cruzaron palabra. Raymond, con paso firme, seguido del agente, anduvo por los pasillos de la Jefatura de policía para penetrar en el despacho del jefe del archivo, un inspector de mirada inteligente, el más eficaz ayudante para resolver toda clase de delitos. En los grandes muebles se hallaban datos confidenciales de la mayor parte de las personas que habitaban en la ciudad.

—¿Tiene ahí una fotografía de Philip Zetterling?

—Sí. Vea primero al comisario principal. Desea hablarle.

—¿Y si me enseñara antes ese retrato?

—Me previno para que no le facilitara ninguna información hasta que no hablase usted con él. El doctor por el que se interesa es una personalidad en el campo de la psiquiatría. Por teléfono me he limitado a darle datos que casi todos conocen en Filadelfia, pero, sin autorización, no puedo mostrarle la ficha privada. Zetterling no es un delincuente y…

El inspector no siguió hablando, pues Kirwan, con su habitual brusquedad no le dio tiempo a completar la frase. Siempre seguido de Bertrand abandonó el archivo y, tras recorrer un dédalo de corredores, se detuvo a la entrada de un despacho. El comisario principal era hombre enérgico, muy meticuloso en disciplina y amigo de guardar las formas en todo momento por lo que, limando su aspereza y su impaciencia, Raymond llamó con los nudillos en la puerta, no abriéndola hasta que oyó una voz bronca:

—Pase quien sea.

Kirwan hizo girar el pestillo empujando la hoja de madera.

Detuvo su movimiento al oír las palabras de Dermontt:

—¿Le espero aquí?

—No. Entre conmigo y ayúdeme a soportar al qué nos espera.

Bertrand creyó llegado el momento de hacer reflexionar a Kirwan sobre el trato que dispensaba a sus subordinados.

—Todos tenemos que soportar a alguien —dijo.

Raymond le lanzó una mirada colérica, pero no respondió, entrando en una amplia habitación en cuyo fondo, detrás de una mesa repleta de papeles, había un hombre de unos cincuenta años de edad y rostro anguloso, que aparentó no haber oído a los que entraban, pues su mirada, lejos de posarse en los dos miembros de la Metropolitana, continuó fija en los papeles que examinaba.

Transcurrieron los segundos… los minutos… Kirwan, molesto, carraspeó forzadamente sin obtener éxito; El comisario principal continuaba ignorando a sus visitantes.

Divertido, Bertrand miró a su jefe, quien acostumbraba a comportarse así con sus inferiores en su despacho del Distrito IV,. Raymond, observando el regocijo de su agente, sintió que aumentaba su irritación y sus carraspeos y toses fueron más sonoras y continuadas.

—No hace falta que se destroce usted la garganta, Terminaba de leer un informe.

La voz del comisario principal era suave y Raymond creyó advertir en ella una sombra de burla.

—Me dijeron que viniera a verle —fue la brusca réplica de Kirwan—. Como imagino el asunto a que va a referirse me he hecho acompañar por Bertrand Dermontt. Creo que le conoce.

—Sí. Intervino con acierto en lo referente al asesinato del banquero Saunders. ¿Es buena mi memoria?

La pregunta iba dirigida a Bertrand, quien se apresuró a responder:

—Magnífica, señor.

—Precisamente, me he acordado de usted hace unos minutos. Dentro de unas semanas he de enviar a Washington una relación de los quince agentes que deben ser ascendidos.

Sin intimidarle la acusada personalidad del comisario principal, Dermontt, con una amarga sonrisa, comentó:

—Estoy casi seguro de que, al menos ahora, no llegaré a

inspector.

Molesto porque alguien se atreviera a hablar en su presencia sin ser interrogado y sin referirse a asuntos del servicio, el comisario principal repuso:

—Es posible que esté en lo cierto. —Miró a Kirwan. ¿Quiere decirme por qué diablos ha pedido una información sobre el profesor Zetterling? El inspector del archivo, a su segunda llamada, quizá no atreviéndose a enfrentarse con usted por conocer su agrio carácter, casi tan agrio como el mío, no quiso negarle por completo lo que solicitaba, limitándose a facilitarle unos datos familiares que carecen de interés y que pueden ser obtenidos en cualquier parte. Al serme notificado tal hecho ordené que si insistía o se personaba aquí viniera a verme. Le escucho.

Raymond señaló con la diestra a Dermontt, creyendo llegado el momento de devolverle la ironía de que el joven hiciera gala al entrar en el despacho.

—Cedo la palabra al «casi» inspector.

Bronco, molesto por el sarcasmo, Bertrand repuso:

—Sin «casi», jefe. Procuraré ser breve.

El comisario principal, con el gesto, invitó a sentarse a sus subordinados, quienes lo hicieron en dos sillas situadas ante la mesa de trabajo.

Sin precipitarse ni omitir detalle y arrancando desde el momento en el que James Murray le salvó la vida en plena, calle para terminar con la visita al domicilio de Zetterling en unión de Kirwan, Dermontt refirió su aventura de aquella noche. El comisario principal le oía atentamente, con un gesto indescifrable. Raymond dióse cuenta de que Bertrand no desvirtuaba la historia para salvar su responsabilidad.

Terminado su relato, el agente miró a su jefe, indicando:

—Si le parece, puede usted seguir hablando. A mi entender, le corresponde acabar.

Kirwan asintió con un leve movimiento de cabeza y en pocos minutos habló de la desaparición del cadáver y de la total ausencia de huellas dactilares.

—Pensaba informarle cuando supiera algo concreto —dijo Raymond al comisario principal—. Usted no me ha dado tiempo a ello.

El jefe de la policía Metropolitana de Filadelfia pulsó un timbre. Segundos después su secretario entraba en el despacho.

—¿Me llamaba?

—Sí. Vaya al archivo y tráigame la carpeta de Philip Zetterling.

—A la orden.

El comisario principal, con rostro preocupado, contempló a Dermontt imaginando cuáles eran los pensamientos del joven.

—Todos cometemos equivocaciones. Yo admiro a los que saben reconocerlas. Sigue siendo «casi» inspector. El que le proponga para el ascenso dependerá de su actuación en este caso. Hay que andar con mucho tacto. La prensa inventaría folletines si conociera lo que acaban ustedes de referirme. Antes de que se me olvide, Kirwan: comuníqueme la hora del entierro del padre de James Murray. Si me es posible, asistiré a la ceremonia.

El secretario del jefe de policía, que entraba, depositó sobre la mesa de trabajo una carpeta.

—¿Quiere algo más, señor?

—Nada. Le llamaré cuando le necesite.

El comisario principal mostró a Dermontt una fotografía, preguntándole:

—¿Era éste el hombre que vio en la casa tocando el violín?

—No. No existe el menor parecido.

—¿Tiene certeza de ello?

—Absoluta. Aquél era alto y delgado, con aspecto de esqueleto. El que me muestra es robusto, pleno de vitalidad a juzgar por el retrato. ¿Acaso…?

—Acertó, Dermontt. Me tranquiliza saber que el verdadero Philip Zetterling, el científico del que América se enorgullece, no ha muerto. Se le presenta una bonita oportunidad para demostrar que es digno del ascenso. Si Kirwan no se opone —había sarcasmo en la voz del comisario principal—, queda encargado del caso, con plenas atribuciones.

Bertrand guardó silencio mientras miraba a Raymond quien, encogiéndose de hombros, dijo:

—Usted manda, jefe. Si le parece, James Murray puede…

—No. A él le reservo algo que encierra mayores dificultades y peligros. Hace unas horas han asaltado al Banco Nacional, asesinando al segundo cajero y a nueve empleados. Es indudable

que dispararon sobre ellos fríamente, sin darles tiempo a defenderse ni a luchar. Los del II, Distrito, al que está conectado el sistema de alarma del National Bank, fueron hacia allá, encontrándose con el cuadro estremecedor a que acabo de referirme.

Grave el rostro, Kirwan, manifestó:

—Ignoraba que tal hecho se hubiera producido. La prensa y la radio no dieron ninguna noticia.

—Ordené que se silenciara el atraco hasta que el agente que se encargara del caso adoptase las medidas oportunas. Hay una serie de circunstancias que exigen la máxima discreción. El automóvil en el que huían los forajidos, sin más botín que unos miles de dólares que había fuera de la caja fuerte, chocó contra el vehículo en el que el doctor Stearns, después de asistir a un herido, se dirigía al domicilio de Murray para atender a su padre. Tal vez, de no morir el médico, el enfermo se hubiera salvado. James, usted lo sabe mejor que yo, Raymond, es el mejor hombre de que disponemos en la Sección Criminal de la Metropolitana. Para ascenderle a comisario y encargarle de uno de los Distritos, sólo necesita un año más de servicio o resolver un caso de importancia que, pensando en sus compañeros, haga posible que en plena juventud sea elevado hasta uno de los cargos de mayor responsabilidad.

Kirwan, a quien alegraba la noticia, repuso:

—Nadie duda de la competencia de Murray, señor. Se lo aseguro. Le di una semana de permiso para que se ocupara de sus asuntos.

—Yo hablaré con él después del entierro de su padre. Le conviene actividad para no dejarse abatir por el pesimismo y la tristeza. Me han telefoneado de Washington exigiéndome la inmediata captura de los asesinos. No existe ningún rastro de ellos, ya que todos los empleados de *Mr*. Simpson han muerto. El National Bank ha abierto esta mañana sus puertas como si nada hubiera sucedido, justificándose la ausencia de los nueve empleados y del segundo cajero con la concesión de un permiso extraordinario en premio a haber trabajado hasta altas horas de la noche. El jefe del II, Distrito visitó a los familiares de las víctimas para, luego de comunicarles la verdad, pedirles el máximo secreto. Todos han accedido en el afán de que nada obstaculice las investigaciones policíacas. Hay varios agentes realizando pesquisas. Pretendo

ponerles a las órdenes de Murray quien, hasta que el caso se resuelva, quedará relevado de todo otro servicio. La opinión pública se alzará contra nosotros cuando sepa lo ocurrido y, por ello, debemos actuar con rapidez y eficacia.

El comisario principal, tras su largo parlamento, encaróse con Dermontt, agregando:

—Le sugiero que se traslade en avión a Washington. Su primer trabajo debe consistir en identificar a los falsos Zetterling, al muerto y al vivo. Después, proceda a su antojo, pero piense que además de conseguir el ascenso necesita enmendar su error de no permanecer vigilando la casa.

Bertrand asintió con el gesto, mientras respondía:

—De acuerdo. ¿Me permite ver el expediente del científico?

—Desde luego. Hágalo en el archivo. Nada más.

Raymond y Dermontt se dirigieron a la puerta. Ya tocaba Kirwan el picaporte cuando el comisario principal, dijo, sin mirarles:

—No creo necesario indicarle, Raymond, que usted debe dirigir las dos investigaciones. No me lo agradezca. Si Dermontt y Murray fracasan, le consideraré tan culpable como a ellos. Les deseo mucha suerte.

—Gracias —contestó, secamente, Kirwan.

—A la orden se despidió Bertrand.

Ya en el pasillo, los dos miembros de la Metropolitana respiraron con alivio al hallarse fuera de la visita del jefe de la policía de Filadelfia.

—Nunca me divierto cuando vengo a verle —rezongó Raymond.

—Lo comprendo. A mí me ocurriría lo mismo. ¿Quiere que veamos juntos ese expediente?

—No. Voy a casa de James. ¿Piensa salir pronto para Washington?

—En el primer avión.

—Pase primero por la caja del Precinto para que le hagan entrega de la suma que precise. Espero pronto sus noticias.

Los dos hombres se estrecharon la mano, separándose. Raymond Kirwan, en el coche oficial, se trasladó al domicilio de Murray mientras Bertrand Dermontt, en el archivo, se entregaba al estudio de los datos contenidos en el informe privado acerca de la personalidad de Philip Zetterling…

CAPÍTULO VI

—Existe la certeza de que los dos hombres que ocupaban el automóvil que chocó contra el del doctor Stearns y el individuo que ha aparecido muerto de un balazo a escasa distancia, formaron parte del grupo que intentó el robo en el Banco Nacional. Los tres poseen amplias fichas policíacas y han cumplido diversas condenas por robo. Aquí tiene las copias de sus expediente, inspector.

Neil Giles, del II Distrito de la Metropolitana, tendió a James Murray varias cuartillas mecanografiadas, que el joven tomó, leyéndolas con detenimiento. Después, alzando la vista, miró a su colaborador, un hombre de unos treinta y cinco años de edad, algo obeso y de proporcionada estatura mientras se preguntaba la razón por la que eligieron a aquel hombre para ayudarle en un caso que se presentaba difícil. Neil Giles ingresó a los veintitrés años en la Sección Criminal, no distinguiéndose en ella por sus extraordinarias aptitudes ni su aguda inteligencia. Todos sus compañeros de promoción eran inspectores y algunos de ellos comisarios. Sólo a Giles se le había negado el ascenso, pese a corresponderle por escalafón. El comisario principal y su jefe inmediato en el II, Distrito eran hombres para quienes los años de servicio nada representaban.

Neil, persona apreciada por su bondad, no quiso solicitar el ascenso que le correspondía, un poco por orgullo y un mucho por tener la certeza de su incapacidad como investigador. Estaba seguro de que una instancia al jefe de la Metropolitana, en Washington, provocaría su ascenso inmediato por antigüedad, pero no ignoraba que a partir de entonces iba a exigírsele más de lo que él podía dar. Era preferible seguir siendo un agente, subordinado a sus superiores, que, en un acto de rebeldía, enfrentarse a ellos para recordarles, quizá, los muchos fracasos de que estaba jalonada su carrera policíaca. La suerte le fue siempre adversa y en ninguno de los casos que se le encargaron tuvo éxito.

—Continúe, Giles. Le escucho.

—Se mantiene el más absoluto secreto sobre lo ocurrido, en espera de que usted decida cuáles han de ser sus declaraciones a la prensa. ¿Me permite una sugerencia, inspector?

—Desde luego. Nunca hemos trabajado juntos y, por ello, deseo que sepa que siempre trato a mis colaboradores como amigos y que, salvo en contadas ocasiones, acostumbro olvidarme de las categorías. Le considero igual a mí.

—Gracias. Sólo existe la diferencia de que usted avanza en su carrera de éxito en éxito y yo… Dejemos eso y vayamos a lo que importa. Ningún malhechor ignora que robar trescientos mil dólares de un banco equivale a no poder deshacerse de esos billetes. Las numeraciones van correlativas y se publica una nota en todos los periódicos con el ruego de que se detenga a los que intenten cambiar el papel robado. Ello me hace suponer que los atracadores tal vez proyectasen el envío al extranjero de esos trescientos mil dólares.

—En efecto, Giles. Prosiga.

—Los tres individuos muertos son hombres de escasa inteligencia y que no han sido apresados por delito alguno desde hace más de un año, lo que significa que están a las órdenes de un jefe astuto, de alguien que sabe burlarnos. De los boss, conocidos por la Metropolitana y el F.B.I., hay tres que pueden ser el hombre que buscamos. Leslie Veagh, William Joy y Salvatore Camerini, este último ilocalizable por la policía. No hay que descartar la posibilidad de que el delito haya sido cometido por algún jefe de gang de Nueva York, Chicago o cualquier otra ciudad. Resulta indudable que el asalto no fue organizado por un novel del crimen. La muerte de los empleados demuestra, a más de crueldad, inteligencia para no dejar peligrosos testigos. Ésas son mis deducciones, inspector.

—Muy acertadas, Neil. ¿Qué haría usted si dirigiera la investigación?

El interrogado se acarició la mandíbula con expresión meditativa. En el despacho del inspector Murray, segundo jefe del IV, Distrito, amplio y confortable, hubo un largo silencio, roto por la voz no muy firme de Giles.

—Yo aprovecharía una circunstancia. Se encontró un gangster

muerto por una bala. Como el encuentro entre los fuera de la Ley y la Metropolitana no se produjo, deduzco que los compañeros del forajido le asesinaron para que no fuera detenido y ante la imposibilidad de ayudarle por oír cercanas las sirenas de un coche de la policía. El sargento del vehículo de la Patrulla Móvil asegura que el choque se produjo unos minutos antes de que él le descubriera. Perdone lo confuso de mi razonamiento, pero pienso en voz alta con el deseo de llegar a una conclusión satisfactoria.

—Le escucho con interés, Neil.

—Volviendo al cadáver del gangster, el informe del forense apoya mi teoría. El accidente le produjo la fractura del omoplato y de varias costillas. Algo muy doloroso. Repito: dispararon contra él para que no hablase. ¿Tuvieron tiempo los malhechores antes de abandonar el automóvil que chocó contra el del doctor Stearns, de cerciorarse de si sus dos camaradas, que son cadáveres, habían muerto? Es de suponer que no. ¿Ha sufrido usted algún accidente, inspector?

—No.

—Yo, por desgracia, llevo tres. El primer impulso es el de salir del vehículo. Sólo una vez fuera se piensa en los compañeros. Entonces ellos debieron escuchar la sirena. Aturdidos por el golpe, impresionados por el huracán y sintiendo como se aproximaban las fuerzas de la Ley, es de suponer que no se entretuviesen en comprobar si los dos que iban en el asiento delantero, uno el chofer, habían o no fallecido.

James miró a Neil con sorpresa. Nunca hasta aquel momento había trabajado con aquel hombre del que no pocos agentes se mofaban por su incompetencia y gordura. Intuía los planes de Giles, pero no quiso interrumpir sus ideas, algo confusas en la exposición, pero claras en la forma y en el fondo.

—¿Dónde va a parar, Neil?

—Va a saberlo. La prensa, por ignorancia aunque ya hay algunos reporteros dándole vueltas a la trágica muerte del doctor Stearns, ha permanecido muda. Si yo dirigiera la investigación telefonearía a los redactores de sucesos de todos los periódicos informándoles de la relación que existe entre un accidente de automóvil y el robo y asesinato del Banco Nacional. Después afirmaría que dos de los pistoleros, hallados graves en el interior del vehículo, van a ser

interrogados apenas los médicos lo permitan, dando, además, el nombre del hospital en el que se encuentran. Montaría una guardia en torno a dos alcobas ocupadas por agentes y falsos heridos y… ¡No me haga caso inspector! Si yo me encargara del descubrimiento de los pistoleros, fracasaría como siempre. Mis consejos son nefastos.

Murray sonrió a Giles con afecto. Luego, dijo:

—Voy a seguirlos. Consultaré primero con el comisario. Aguarde aquí.

James abandonó el despacho y Neil, al quedar solo, con gesto de tristeza, se puso en pie, acercándose a una de las paredes para examinar una carta encerrada entre cristales que colgaba como un cuadro, de una de las paredes. Era el nombramiento de inspector de Murray. Los dos vidrios estaban unidos por los bordes con cinta adhesiva de color rojo y Giles pensó en el gozo que su esposa experimentaría preparándole un marco como aquél y en el júbilo de sus dos hijos, de nueve y cinco años de edad, al saber el ascenso. Un ruido a su espalda le hizo volverse. James regresaba.

—El gruñón de Kirwan encuentra acertados sus proyectos y me autoriza a ponerlos en práctica. Llame a los periodistas y dígales que dentro de una hora les aguardamos aquí.

—A la orden.

Neil, descolgando el auricular, se dispuso a establecer contadlo con la prensa de Filadelfia, mientras Murray trazaba unos rápidos renglones preparando lo que iba a decir a los redactores de sucesos…

La enfermera del Hospital de San Germán, enclavado en Poplar street, esforzóse en sonreír mientras, al ver a los dos hombres que habían entrado, recordaba los consejos de, la Metropolitana.

«—No oponga resistencia alguna si pretenden obligarla a algo contrario al reglamento. Manifieste temor. Piense que nosotros no estamos cerca de usted para ayudarla».

La muchacha se dijo que tales advertencias eran innecesarias. La idea de que, quizá, los dos hombres que avanzaban hacia ella podían ser asesinos, la desasosegaba, haciéndola estremecerse. En uno de los bancos dormitaba el vigilante de noche, algo grueso. El agente Neil Giles, en contraste con la muchacha, aun en la certeza de que el momento de actuar era llegado, permanecía tranquilo,

fingiendo haberse dejado vencer por el sueño.

—¿Qué desean señores?

Los individuos, bien vestidos, llevaban las diestras hundidas en los bolsillos laterales de las americanas. Uno de ellos repuso:

—Somos periodistas del «Herald Tribune». Mi camarada y yo, venimos desde Nueva York con el propósito de obtener unas fotografías de los dos *gangsters* hospitalizados aquí. ¿Puede ponernos en contacto con los agentes que les custodian, a fin de que nos concedan permiso?

La muchacha respiró con alivio observando cómo uno de los desconocidos llevaba en la diestra un pequeño maletín, sin duda con los útiles para fotografiar.

—Vengan conmigo. Yo les conduciré.

—Gracias, señorita.

Los dos hombres y la mujer subieron a uno de los ascensores del edificio sanitario, alcanzando un amplio vestíbulo del piso tercero, del que partía un amplio pasillo, con puertas en ambos lados.

—Los heridos ocupan una sola habitación, la número 21. ¿Puedo serles útil en algo más? Mi puesto está en la entrada.

—El director del «Herald» la enviará un gran ramo de flores si se deja retratar junto a esos hombres. Pretendemos dar un amplio reportaje demostrativo de que en los Estados Unidos las autoridades sanitarias atienden por igual a los ciudadanos dignos de respeto y ayuda, y a los indeseables. ¿Le importa perder unos minutos, señorita?

El pensamiento de aparecer retratada en uno de los principales rotativos de Nueva York, animó a la enfermera.

—Bien; pero procuren no entretenerme demasiado.

De nuevo, la mujer y los dos hombres anduvieron hasta una puerta, pintada con esmalte blanco, donde había un número dorado: el 21. La joven abrió la hoja de madera, siendo la primera en penetrar. Tres agentes de la Metropolitana se pusieron en pie, palideciendo al ver que los que acompañaban a la muchacha esgrimían pistolas provistas de silenciador.

—¡Quietos todos!

Ella lanzó un grito de espanto, grito ahogado por la presión de un arma en su espalda:

—¡Calla o mueres!

El falso fotógrafo abrió el maletín y sacó rápidamente una metralleta de tambor que tendió a su cómplice, reservándose otra. Entonces sucedió lo inesperado. Los dos hombres que se hallaban en camas metálicas, cubiertos por vendajes, comprendiendo que iban a ser asesinados por los *gangsters*, saltaron de los lechos con revólveres en las manos. Como uno de los forajidos se amparaba en la enfermera, dirigieron sus disparos hacia el otro, alcanzándole en el pecho. Antes de morir, el indeseable exclamó:

—¡Escapa, Luiggi! ¡Es una encerrona!

Luiggi, escudado en el cuerpo de la muchacha, retrocedió hasta la puerta, con la metralleta firmemente empuñada y el cañón apoyado en la espalda de la joven.

—¡Ella será la primera en morir! ¡Nadie se mueva!

James Murray, que mandaba el grupo de policías, repuso:

—¡Entrégate! ¡El hospital está tomado! ¡No podrás abandonarlo!

—Lo conseguiré, a no ser que no os importe la vida de esta mujer.

El forajido, siempre parapetado en la enfermera, fue retrocediendo hasta llegar al pasillo.

—¡Cierra la puerta! —ordenó a la muchacha.

Ella, con pulso temblón, se apresuró a obedecer, y entonces Luiggi lanzó una ráfaga a través de la madera, confiando en herir a algunos de los que había en el interior de la habitación.

—¡Pronto! ¡Al ascensor!

Luiggi se dispuso a cerrar la puerta metálica cuando vio asomar a dos hombres del cuarto 21. Una nueva descarga de proyectiles les obligó a ocultarse.

Durante el breve recorrido del ascensor, Luiggi miró con fiereza a la enfermera.

—¡Tú me salvarás la vida, preciosa! Los de la Metropolitana son incapaces de sacrificarte.

La aludida no respondió. Temblaba con tanta violencia que los largos pendientes que colgaban de sus orejas movíanse de un lado a otro.

Al abandonar el ascensor, ya en la planta baja, en uno de los extremos del enorme vestíbulo de entrada.

Neil Giles, advertido por los disparos, esperaba al asaltante pistola en mano. El agente se mordió los labios, comprendiendo su

impotencia.

—¡Tira el arma al suelo, lejos de ti! —Mandó Luiggi—. ¡Hazlo o disparo contra la mujer!

El policía vaciló unos segundos. Sus dudas fueron vencidas por el grito histérico de la enfermera.

—¡No quiero morir!

Giles tiró la pistola, que se disparó al caer al suelo. El gangster, viendo libré el camino, empujó con violencia a la muchacha y, seguro de que los agentes del piso superior bajarían ya velozmente dispuestos a capturarle, corrió por la ancha escalera de cemento que enlazaba el hospital con la calle. Un automóvil, con el motor en marcha y la portezuela abierta, le esperaba. Luiggi entró en él, ordenando al chofer:

—¡A toda marcha! ¡Era una trampa!

En el interior del vehículo, a más del conductor, había otros dos malhechores, quienes, mientras el coche arrancaba a toda velocidad, interrogaron a su compañero:

—¿Y Spencer?

—Lo acribillaron arriba. Había tres agentes junto a dos falsos heridos. Ha sido una encerrona.

—¡Nos siguen! —advirtió el chofer, que había lanzado una rápida ojeada al espejo retrovisor.

Los tres volviéronse con rapidez, comprobando que un coche de la Patrulla Móvil de la Metropolitana les iba dando alcance.

—¡Pisa a fondo el acelerador! —Mandó Luiggi.

El chofer obedeció y el vehículo, a la máxima velocidad posible, cruzó el río Schuylkill por el puente Girará, pasando a Elm avenue. El tránsito era nulo, por lo que los conductores de ambos automóviles podían maniobrar sin dificultades. Sin embargo, el coche de la Metropolitana, de motor más potente, iba ganando terreno y veinte minutos más tarde, bordeando en carrera alucinante el Fairmount Park, el gran parque de Filadelfia, los dos vehículos se hallaban a menos de quince metros de distancia.

—¡Acabarán cazándonos! —barbotó uno de los *gangsters*.

—¡Ya disparan contra nosotros! —exclamó Luiggi—. Dos proyectiles se han chafado en la carrocería blindada de nuestro «Studebaker». Imitémosles.

El hombre de confianza de Salvatore Camerini y, con el jefe,

único superviviente del grupo de asalto al Banco Nacional, situándose de forma que le fuera posible disparar a través de una de las ventanillas, comenzó a hacer fuego contra el automóvil policíaco, a la par que gritaba a uno de sus hombres:

—Apunta al conductor. Yo intentaré destrozarles los neumáticos.

El chofer de los forajidos, al sentir las detonaciones a su espalda, temeroso de ser alcanzado por uno de los proyectiles, en un rápido viraje, con dos ruedas en el aire, penetró en el Fairmount Park por la avenida del Memorial Hall. La lucha continuó en el interior del gran parque, pletórico en bellezas naturales y surcado por amplias avenidas para el tránsito de carruajes. Luiggi, muy sereno, con los labios crispados en un gesto de criminal resolución, esperaba el momento propicio para lanzar una ráfaga decisiva contra sus perseguidores. Un proyectil astilló el cristal posterior, a prueba de balas y ello decidió al italiano a emplearse a fondo antes de que los que les acosaban les reventaran alguna cubierta, obligándoles a luchar cara a cara. Oprimió con furia el gatillo de la metralleta y pocos segundos antes de que se agotara el cargador del arma, Luiggi tuvo la satisfacción de comprobar que su puntería continuaba siendo magnífica. Él coche de la Patrulla Móvil, alcanzado en una de las ruedas, hizo un extraño viraje no volcando merced a la pericia del conductor que tuvo la serenidad de saltar el bordillo de la calzada e internarse en un campo de tulipanes.

—¡Bravo, Luiggi! —exclamó uno de los bandidos.

Él lugarteniente de Salvatore Camerini, respirando con alivio al saberse a salvo de sus enemigos, contestó:

—Tuve suerte.

El viaje hasta el cuartel general del gang, situado en la esquina formada por las calles Carpenter y la 8, se realizó con rapidez y sin dificultades.

El refugio de los indeseables era un amplio caserón de dos plantas de ruinoso aspecto, con un ancho portal y un patio cubierto que se utilizaba como garaje. Al descender del vehículo, los cuatro tipos se miraron y Luiggi comentó:

—Nos hemos ganado un buen trago de *whisky*.

—¿Guardo el coche o lo dejo en el portal? —inquirió el chofer.

—Déjalo ahí hasta que hablemos con el jefe —repuso Luiggi.

Ascendieron hasta el piso superior por una escalera de

carcomidos peldaños que desembocaba en un pasillo, en el que había varias puertas. Los cuatro transpusieron una de ellas entrando en una gran sala, desprovista de adornos superfluos, pero amueblada con lujo. En torno a dos mesas de centro, había cuatro butacones y dos divanes tapizados en cuero, así como media docena de sillas. Un mueble bar, una librería y una lámpara de cinco brazos, cuya luz iluminaba profusamente la estancia, completaban el mobiliario. Las dos ventanas al exterior estaban cerradas por persianas metálicas, muy gruesas, sin duda también a prueba de balas.

Salvatore Camerini, con mirada inexpresiva, contempló a sus hombres en silencio. Su gran corpulencia y la autoridad que emanaba de su figura impresionaban siempre a los pistoleros convirtiéndoles en seres dóciles a los deseos del boss, el cual, con voz grave, inquirió:

—¿Qué ha ocurrido?

Luiggi, al que iba dirigida la pregunta, se apresuró a responder:

—Nos estaban esperando, jefe.

—Contaba con ello. ¿Liquidasteis a los heridos?

—No existen tales heridos. Las camas estaban ocupadas por dos agentes. Cuando teníamos bajo nuestras pistolas a los tres miembros de la Metropolitana que montaban la guardia, ellos se levantaron de forma inesperada, comenzando a disparar contra nosotros. Spencer cayó acribillado a balazos y yo pude salvarme escudado en una enfermera. ¿Se sonríe, jefe?

—Sí. Había muchas posibilidades de que se tratara de una encerrona. Al abandonar el coche, después del accidente, me pareció advertir que nuestros compañeros habían muerto. Juzgué oportuno convencerme de si era cierto. Ahora podemos estar tranquilos. No hemos dejado ningún rastro.

Con intención, deseoso de molestar a Salvatore, Luiggi repitió, pensando en Dorothy Fielding:

—¿Ningún rastro? ¿Estás seguro?

—Por completo —repuso el boss, con firmeza—. ¿Lo dudas?

Fue tan colérica la mirada que Camerini dirigió a su segundo, que éste, encogiéndose de hombros, rezongó:

—Allá tú.

Luego, con paso no muy firme, anduvo hasta el mueble bar y

sacó varios vasos y una botella de *whisky*. Mientras llenaba de licor los recipientes de cristal, con un torbellino de criminales ideas en su cerebro, exclamó:

—¡Debiste decirnos lo que pensabas! ¡Yo no sospeché que se tratara de una trampa de la Metropolitana hasta no verme metido en ella!

—Tú no sirves más que para disparar. ¿Creíste que iban a recibirte mejor que lo han hecho?

—No; pero Spencer y yo nos limitamos a vigilar a los tres agentes que montaban la guardia, seguros de que los que estaban en las camas eran nuestros compañeros.

—No quise impresionaros con demasiadas advertencias. Podéis acostaros cuando queráis. Permaneceremos algún tiempo ocultos aquí.

Los miembros del gang que habían intervenido en la aventura del hospital San Germán, saciada la sed, se retiraron a sus habitaciones. Luiggi quedó solo en la estancia, cara a su jefe que, nervioso, fumaba cigarrillo tras cigarrillo.

—¿Te estorbo?

Salvatore, Sorprendido por la pregunta, miró a Luiggi con fijeza. Después de un breve silencio, contestó fríamente:

—Si me estorbaras ya no vivirías. Te elegí para una misión tan peligrosa como la que acabas de realizar porque tengo fe en que eres el mejor de mis hombres. Tu falta de inteligencia la suple el instinto. He podido comprobarlo en otras ocasiones.

La respuesta satisfizo al forajido, quien, con un gesto de cordialidad, habló de nuevo:

—Me arrepentí tarde de haberte dicho que no ignoraba la existencia de alguien superior a ti. Te aseguro que lo he olvidado.

Luiggi temía a Camerini y lo demostraba en aquellas serviles palabras. El boss aplastó un cigarrillo en el cenicero de la mesa de centro, disponiéndose a encender otro.

—Te noto nervioso, Salvatore. ¿Qué te pasa?

—¡Nada! —replicó el italiano con aspereza.

—¿Quieres que te lo diga? Mi instinto, al que te has referido antes, me dice que recuerdas a Doro…

Luiggi no pudo terminar la frase. Camerini, poniéndose en pie, le ordenó:

—¡Calla! ¡No la nombres!

—¿Tanto te interesa esa mujer?

Camerini, sentándose de nuevo y luego de mirar al que le interrogaba, contestó con voz débil:

—Sí.

—Entonces, no tienes por qué preocuparte. Déjame ir por ella con un par de muchachos. Te la traeré y cuando te canses de soportarla…

El indeseable pasó por su cuello el dedo índice de su mano derecha en un ademán más expresivo que todas las palabras. Salvatore, con rostro sombrío, negó, a la par que amenazaba a su cómplice:

—No. Dejémosla en paz. Esa chica no es como las que tú y yo conocemos. Pertenece a otro mundo. ¡No quiero que le suceda nada! ¿Me entiendes?

Había un brillo homicida en los ojos de Camerini. Luiggi fue a responder, pero se lo impidió el timbre del teléfono.

—Es el jefe. Quedó en llamarme para enterarse de si habías obtenido éxito… Tú estás en el secreto y no hay necesidad de seguirlo guardando para ti.

Camerini descolgó el auricular y relató lo ocurrido en el hospital de San Germán, repitiendo, con su prodigiosa memoria, casi las mismas palabras empleadas por Luiggi. Después permaneció escuchando durante varios minutos, pálido el rostro. Al colgar dijo a su subordinado.

—El novio de Dorothy Fielding, el hombre que la llamó estando nosotros en su casa, es el inspector James Murray. Le han encargado de las investigaciones y se nos ordena que le matemos.

Irónico, Luiggi preguntó:

—¿También he de hacerlo yo?

—No. Ese placer me lo reservo aunque vendrás conmigo. No pienso arriesgarme para suprimirle. Utilizaremos el «Studebaker» para lanzarle desde él una ráfaga de metralleta.

—¿Cuándo lo haremos?

—Aún no lo sé. Tengo que pensar algo sin fallos, Murray es peligroso.

Los dos hombres callaron. Luiggi, tras apurar el *whisky* que su vaso contenía, se incorporó:

—Voy a acostarme, jefe. Me propongo dormir diez horas seguidas. Si admites el consejo de un amigo, te diré que debes olvidarte de esa muchacha. Para nosotros las únicas personas no peligrosas son aquéllas a quienes no nos importa asesinar.

—Eso es cuenta mía.

Salió Luiggi, dejando solo a Camerini. Éste, incorporándose, anduvo por la estancia hasta, detenerse junto a una de las ventanas. Abrió las persianas metálicas y, al apoyar su frente en los cristales, se sintió confortado, trasladándose con su imaginación al domicilio de Dorothy Fielding en el que, al realizar idéntico acto, experimentó también un extraordinario alivio.

¡Dorothy! ¿Por qué la recordaba tanto, si era una mujer imposible para él? ¿Imposible? La palabra se agigantó en el cerebro del gangster, amenazando enloquecerle. Por unos segundos, las palabras de Luiggi le obsesionaron:

«Déjame ir por ella con un par de muchachos. Te la traeré y cuando te canses de soportarla…»

Él no podía imponer su cariño a… Salvatore no completó el pensamiento. ¿Qué cambios se estaban operando en su alma? Hasta entonces siempre se impuso a todos, sin concesiones a la bondad o al sentimentalismo. ¿Qué le había transformado?

Evocó a Simpson, el segundo cajero del Banco Nacional, pulsando, ya muerto, por el peso del cuerpo, el timbre de alarma. ¿Fue un héroe o un suicida? ¡Heroicidad! Si todos los ciudadanos reaccionaran como el valeroso funcionario del Banco Nacional, el gangsterismo no existiría.

Simpson y Dorothy… Los dos recuerdos obsesionaban a Camerini, desasosegándole.

Deseando libertarse, romper las cadenas que su pensamiento forjaba, cadenas de moral, de admiración por todo lo que siempre despreció, la humana honradez, el amor y el idealismo, Camerini llenó de *whisky* un vaso hasta los bordes, bebiéndolo con avidez. Fue a repetir, pero le contuvo una idea, sostenida por él durante muchos años. Sólo los cobardes se emborrachan para embrutecerse, para negarse a su propia personalidad.

¿Y si hablara con la muchacha? Quizá un diálogo con ella lo resolviera todo. Tal vez Dorothy se mostró cordial, amistosa, por el único afán de salvar su vida y ahora le manifestase su profunda

repulsión.

Por dos veces puso Camerini su diestra en el auricular, retirándola. Al fin, con una sonrisa siniestra, diciéndose íntimamente que si la muchacha le expresaba desprecio o rencor mandaría a Luiggi a capturarla para convertirle en un juguete de sus caprichos, Salvatore buscó un número en la guía telefónica y, con el dedo índice, no muy firme, hizo girar el disco del aparato automático. El corazón le palpitaba con terrible fuerza al sentir el timbre de llamada. Una voz femenina preguntó, al otro lado del hilo:

—¿Eres tú, James?

Camerini, sintiendo un dolor profundo en el corazón, colgó el auricular, sin responder a la pregunta y, abatido sentándose en uno de los sillones, muy cerca de la mesa sobre la que se hallaban la botella de *whisky* y los vasos, con un vacío en el alma que le acongojaba, bebió sin medida hasta convertirse en un guiñapo humano. Antes de ser vencido por la modorra producida por el alcohol, Salvatore comentó en alta voz:

—Si Dorothy me viese me despreciaría…

CAPÍTULO VII

Al descender del vehículo, en el Parque Fairmount, James Murray miró a Neil Giles, que también acababa de apearse.

—Su plan era bueno; pero yo no supe aprovecharlo.

—La enfermera lo estropeó todo, dejándose engañar y entrando con ellos en la habitación —repuso el agente—. Uno de los bandidos pudo ampararse en la muchacha. De todas formas, inspector, consuélese. ¡No se hubieran dejado cazar vivos!

—Estuvieron a punto de cazarnos a nosotros, pese a las precauciones adoptadas.

—Así es.

El chofer y otros dos agentes abandonaron también el automóvil. El primero examinó uno de los neumáticos delanteros, comentando:

—Tiraban con metralleta. La rueda está deshecha, Tardaré unos minutos en cambiarla.

Murray no respondió. Miraba ansiosamente en todas direcciones con la esperanza de encontrar algún taxi o coche de alquiler, pero no pudo descubrir ninguno. A tal altas horas de la madrugada, el parque se hallaba desierto.

—Hemos fracasado —tornó a decir James, con tono de voz que era un reproche hacia sí mismo—. Ahora sólo nos resta esperar. No se nos presentará una oportunidad mejor que la que hemos desperdiciado.

Mientras el chofer y dos de los agentes se ocupaban de sustituir la rueda alcanzada por las balas, Neil y el inspector se separaron unos metros del vehículo.

—¿Entregó a Dermontt los datos y las fotografías de los tres *gangsters* para que procurara ampliar informes en el gran archivo del F.B.I.?

—Sí. No espero gran cosa de ello.

—¡Quién sabe! No se entregue en brazos del desaliento, Murray. Le aseguro que la Ley siempre triunfa sobre el crimen, salvo en los casos en que yo intervengo. Aún está a tiempo para pedir que le destinen otro auxiliar. Mi mala suerte se contagia.

Una sonrisa triste apareció en los labios de Giles, sonrisa que al ser captada por James le hizo exclamar:

—No diga absurdos, Neil Lo ocurrido demuestra que esos criminales se encuentran inquietos y temerosos de una delación. ¡Lástima que no hayamos podido capturar vivo a ninguno!

—¿Volverá pronto Bertrand?

—Sí. Su misión es más difícil que la nuestra. ¡Él tiene que perseguir fantasmas! Ya le referí lo ocurrido en el domicilio de Philip Zetterling.

Giles asintió con el gesto y entre los dos hombres hubo varios comentarios sobre los misteriosos hechos de que Dermontt y Murray fueron protagonistas.

—Cuando mande, inspector. Ya coloqué la rueda de repuesto.

—Volvamos al Precinto. Resultó milagroso que la ráfaga de proyectiles disparada por ese Luiggi no nos alcanzara a ninguno.

—A usted se lo debemos. Nos ordenó arrojarnos al suelo.

—Era fácil adivinar la descarga.

—Sí; pero todos nosotros nos lanzábamos a la puerta cuando se produjo —reposo uno de los agentes que, con el inspector, se hallaban dentro de la habitación del hospital San Germán.

En silencio, el grupo de miembros de la Metropolitana se dirigió al IV, Distrito, desde donde James se puso en contacto telefónico con el comisario Kirwan. Grande fue el asombro de Murray, que esperaba una reprimenda por haber dejado escapar a Luiggi y por haber malogrado el plan de Giles, al escuchar la voz amistosa de Raymond:

—No se preocupe, James. Lo que importa es que ha dado la primera batalla a los forajidos, ocasionándoles una baja y demostrándoles que no se burla impunemente la Ley. No se desanime. Le sugiero algo arriesgado y en lo que quizá ya piense. Dar una vuelta por los tugurios de la ciudad, de los que eran asiduos los tres malhechores muertos, ya cuatro con el del hospital. Casi todos suelen tener amigas y…

—Dentro de unas horas, con Giles, empezaré la batida. Oiga,

comisario. Neil vale mucho. Es inteligente, valeroso y sabe siempre lo que hace.

—No lo ha demostrado.

—Es posible. Sin embargo, espero que ahora no suceda lo mismo.

Hubo una breve pausa al otro lado del hilo. Al fin, se oyó la voz grave de Kirwan.

—Todos lo deseamos, James. Ese hombre constituye una preocupación para el Cuerpo. Hasta el presente, su ineficacia ha sido absoluta. Sin embargo, se le estima por su honradez. Téngame al corriente de lo que ocurra y no le importe confesarme sus fracasos. El camino de las investigaciones es áspero y largo; pero los buenos policías llegan a la meta triunfadores. Adiós, «casi» comisario.

—Adiós, jefe.

Neil Giles, que se había entretenido saludando a amigos del IV, Distrito, entró en el despacho del inspector cuando éste colgaba el auricular.

—¿Cuáles son sus órdenes, Murray?

—Vaya con su mujer y sus hijos y dedíqueles el tiempo que desee. A las once de la noche, nos reuniremos aquí. Hasta entonces, queda libre.

—Gracias, inspector.

Los dos hombres se estrecharon la mano y, una vez solo, Murray marcó un número de teléfono sonriendo al oír una voz femenina:

—¿Quién llama?

—Soy yo querida. Reconozco que las cinco de la madrugada no es una hora propicia, pero temo que hasta que no resuelva el caso del que me han encargado vamos a tener que hablar y vernos cuando sea posible.

—¿No me dijiste que Kirwan te había concedido una semana de permiso después de la muerte de tu padre?

—Sí; pero el comisario principal me comunicó qué tenía una oportunidad única para el ascenso. Se trata de…

—¿De descubrir lo ocurrido en la casa en la que refugiaste? —le interrumpió ella.

—No. Se lo han encargado a Dermontt. Lo mío está relacionado con el asalto al Banco Nacional. Es muy largo de explicar. ¿Quieres

que desayunemos juntos? Estoy seguro de que tú, que acostumbras a levantarte tarde, nunca viste amanecer en Filadelfia.

—¡Bonito modo de llamarme perezosa! Ven a buscarme. Dentro de media hora estaré dispuesta. Trae tu coche.

—Prefiero que utilicemos el tuyo. Todo el día de hoy he usado uno oficial y tendría que atravesar la ciudad para sacar mi viejo «Ford» del garaje.

—Entonces, iremos a pie. Llevé el «Cadillac» al taller de reparaciones.

—¿Algún accidente?

La respuesta tardó unos, segundos en producirse.

—No… La avería no tiene importancia. Una obstrucción del carburador… He querido que le den un completo repaso al motor. No tardes.

—Seré puntual, Dorothy.

Murray, en la más alta colina del Fairmount Park, aspiró con avidez el aire de la mañana, de cara al maravilloso panorama de la ciudad envuelta en el rojizo resplandor que enviaban sobre la tierra los primeros rayos del sol. Al ensanchar el tórax, las aletas de la nariz del inspector parecieron dilatarse más y en su rostro juvenil, de masculina belleza, reflejóse una serenidad tan completa que hizo exclamar a Dorothy Fielding:

—¿Feliz, James?

Él, sonriendo con melancolía, repuso:

—Egoístamente feliz. Había llegado a olvidarme de mi madre inconsolable, y de ese maldito Luiggi que se me ha escapado de las manos de forma inverosímil.

—¿Luiggi has dicho?

Había tanta angustia en la voz de la mujer, que Murray la miró con asombro.

—¿Conoces a ese hombre?

—No —se apresuró a negar la interrogada, desviando sus ojos de los del inspector—. Desde que llegaste a casa no te has referido ni una sola vez al caso que puede valerte el ascenso. ¿Por qué no lo haces ahora?

—A tu gusto.

James, pensativo, encendió un cigarrillo mientras la muchacha tomaba asiento en uno de los bancos de piedra del parque, en el que

el silencio comenzaba a ser roto por el canto de las numerosas aves que tenían su residencia habitual en el Fairmount. A la lejos, divisábanse los ríos Delaware, y Schuylkill, cuyas aguas, pese a haber vuelto a su cauce, deslizábanse rápidas y amenazadoras arrastrando ramas y troncos, de árboles, arrancados de cuajo por la inundación. El edificio del Teatro Nacional y los rascacielos de Montgomery Avenue y Broad Street alzábanse como monstruos de cemento sobre las restantes edificaciones de la ciudad, que en su mayor parte no excedían de los cinco pisos, siendo las más frecuentes de dos o tres plantas. El ladrillo rojo de las fachadas iba adquiriendo un tinte escarlata conforme el astro rey ascendía por Oriente.

Con frase breve, sin destacar el peligro corrido en el hospital de San Germán, Murray refirió a su novia la aventura de que había sido protagonista, así como el diálogo que sostuvo con el comisario principal de la Metropolitana después del entierro de su padre. Al terminar, afirmó:

—Si consigo descubrir a ese grupo de asesinos prestaré un buen servicio a la sociedad, consiguiendo el ascenso. Entonces podremos casarnos.

—¿Por qué no ahora?

—¿He de repetirte siempre lo mismo, Dorothy? Tú sabes bien cuáles son mis ideas respecto al matrimonio, unas ideas anticuadas que no cesas de reprocharme, pero que, en el fondo, admiras o, al menos, acatas. Siempre sostuve la teoría de que el hombre que se casa debe ganar lo suficiente para mantener a su familia sin la ayuda del trabajo de su esposa. Tú eres rica y tienes un porvenir brillante en la Medicina. No deseo destruir tu carrera pero es, mi firme propósito que, si la ejerces, no sea nunca para sufragar gastos del hogar o de vestuario, ya que todos deben ser cubiertos por mí, Deseo que no pierdas comodidades al cambiar de estado y considero insuficiente el sueldo de un inspector para conseguirlo. Al propio tiempo que se me ha ofrecido el ascenso, se me ha prometido, también la jefatura de un distrito de Filadelfia y ello representa una considerable mejora.

Pese a que las palabras de Murray reflejaban extraordinaria firmeza, ella, aun en la certeza de que no iba a conseguir nada, le reprochó:

—En el amor no importan los materialismos y sí el conseguir la dicha.

—Desde luego, Dorothy; pero yo prefiero esperar una semana, o un mes y tener la satisfacción de ofrecerte un poco de lo mucho que te mereces. Ya te dije que tu posición social era muy superior a la mía y que quizá hubieras encontrado para esposo un diplomático, como lo es tu hermano, o un médico como lo eres tú.

Ella, poniéndose en pie, mimosa, asió por las solapas a James, zarandeándole cariñosamente.

—Te prefiero a ti comisario, inspector o agente de uniforme. ¿Eres un testarudo o no quieres comprenderme?

Los dos jóvenes se besaron. Él fue el primero en separarse.

—¿Qué te sucede? Te noto ausente, lejos de mí. Mientras me besabas, me pareciste una estatua.

Dorothy Fielding no respondió. James estaba en lo cierto. Desde que supo que él era el encargado de luchar contra la organización dirigida por Salvatore Camerini, una viva inquietud la atormentaba. El italiano era un hombre cruel, valeroso y astuto, y Luiggi, su hombre de confianza, un criminal sin escrúpulos. La idea de que James pudiese morir en la lucha emprendida, la horrorizaba.

Para desviar el dialogo y no verse obligada a referir a Murray su aventura con los dos *gangsters* cuando el «Connie» azotaba la ciudad, la muchacha inquirió:

—Minutos antes de que me llamaras, sonó el teléfono y al descolgarle y preguntar si eras tú, no me respondió nadie. ¿Te arrepentiste de haberme despertado o algo más urgente reclamó tu atención?

—No fui yo.

Una sospecha cruzó como un relámpago por la mente de la muchacha quien, con tono de falsa naturalidad, encogiéndose de hombros, comentó:

—Tal vez fue un equivocado. Tengo un hambre feroz. ¿Me invitas a desayunar?

—Iba a proponértelo ahora mismo.

Y del brazo, abandonaron el parque, penetrando poco después en un *drugstore* de Race Street donde tomaron unos emparedados, zumo de frutas y un plato de mermelada. Fue en vano que Dorothy se esforzara en disimular la inquietud que sentía, pensando en el

futuro de Murray. Éste, buen psicólogo, insistió una y otra vez con el deseo de averiguar qué era lo que le ocurría a su novia, obteniendo siempre evasivas respuestas.

Anduvieron por la ciudad hasta las nueve y media de la mañana, hora en que ella dijo:

—Acompáñame a casa. Voy a coger mi cartera para hacer varias visitas. Después he de ir a la Facultad. Si te parece, puedes recogerme a la salida, alrededor de la una, aunque te sugiero que vayas a tu casa a dormir. Lo necesitas. ¿Tienes servicio esta tarde?

—Mi servicio es permanente, Dorothy. Sin embargo, intentaré verte a las cinco. ¿Tomamos un taxi?

—Caminemos un poco más.

Con paso lento cual si los dos, puestos de acuerdo sin palabras, desearan retrasar la despedida, Dorothy y James llegaron a pocos metros del chalet de la muchacha. James fue el primero en advertir que…

—Te traen el coche del taller de reparaciones.

La joven, muy pálida, comprobó que, en efecto, el «Cadillac» se aproximaba a la puerta del jardín de su domicilio, a escasa velocidad. El instinto le gritó que un grave peligro les amenazaba, por lo que asiendo con fuerza a Murray del brazo, intentó arrastrarle a un portal próximo, sin conseguirlo.

—¿A qué tienes miedo? —inquirió él.

Dorothy, que miraba a su automóvil en la certeza de que era conducido por Salvatore o Luiggi, vio brillar el cañón de un revólver por la ventanilla del conductor y repuso, chillando histéricamente:

—¡Al suelo, James, o nos asesinan!

Era tal la angustia de la voz de la muchacha que el inspector, derribándola, se arrojó a tierra mientras con increíble velocidad esgrimía su automática y la disparaba contra el que, con un rictus de ferocidad en el rostro, asomaba medio cuerpo fuera del coche para hacer fuego y no fallar el blanco. El proyectil de Murray se alojó en el pecho de su enemigo, quien tuvo ánimo para oprimir por dos veces el gatillo de su arma, a la par que pisaba a fondo el acelerador del «Cadillac». El plomo silbó sobre James y Dorothy, sin alcanzarles.



Brotó un fogonazo...

Cuando el inspector se puso en pie, el automóvil se alejaba a toda marcha hacia el centro de la ciudad. Buen conocedor de las marcas de los coches y del rendimiento de sus motores, James miró en todas direcciones con el deseo de descubrir un vehículo capaz de alcanzar al del fugitivo. Un «Packard» estaba parado a unos diez

metros de distancia y el inspector corrió hacia él, llevando la diestra a la portezuela, que no se abrió. Convencido de que eran inútiles los forcejeos y de que si perdía más tiempo iba a serle imposible cazar al pistolero, Murray detuvo un taxi, ocupado por un hombre como pasajero.

—Apéese. Soy inspector de policía.

El interpelado se apresuró a descender del vehículo y James subió a él ordenando al chofer:

—A toda velocidad. No respete las leyes de circulación.

—¿En qué dirección?

—Ahora, en línea recta. ¡Vamos, dese prisa! El hombre al que persigo va herido.

Iba a arrancar el automóvil de alquiler cuando la portezuela izquierda se abrió para dar paso a Dorothy Fielding.

—¡Iré contigo!

El coche emprendió la marcha antes de que Murray pudiera oponerse a la demanda de su prometida. El «Cadillac» se había perdido de vista y, pese a la velocidad desarrollada por el taxi, veinte minutos más tarde, el inspector hubo de reconocer su fracaso. Miró con fijeza a Dorothy y dijo:

—Reconocí a Luiggi en el que disparó contra nosotros. ¿Puedes explicarme por qué utiliza tu coche? ¡Vamos, contesta!

Ella envolvió a James en una mirada triste. Luego repuso, con tono de pesadumbre:

—Lo siento, James; me está vedado hacerlo.

—¿Por qué?

—Secreto profesional.

El inspector, con fría sonrisa, reveladora de su recio carácter, negó con el gesto y la palabra:

—No pretendo por ahora sino que contestes a dos preguntas: ¿Conoces a Luiggi?

—Sí.

—¿Les dejaste el automóvil por tu propia voluntad o te lo robaron?

—Se lo presté.

—¿Cuándo?

Dorothy Fielding sonrió.

—Eres muy hábil, querido, No puedo complacerte. Lo lamento.

James, ordenó al chofer:

—Deténgase aquí. Es inútil seguir buscando. Tome, cinco dólares por el servicio extraordinario. Hizo lo que pudo.

—Gracias, señor.

Se apearon en la calle 42 y caminaron en silencio. Murray se detuvo de pronto en la ancha acera, en el comienzo de Woodland Avenue.

—Escucha, Dorothy. Diez hombres fueron asesinados cobardemente en el Banco Nacional la noche del «Connie». Ellos, al chocar en su fuga contra el automóvil del doctor Stearns, impidieron que éste prestara a papá la ayuda médica que su grave situación requería, lo que me hace pensar que los *gangsters* son culpables indirectos de su muerte. Por si lo dicho fuera poco, mi ascenso y nuestro matrimonio depende de que yo consiga imponer la Ley sobre el crimen. Por último, Luiggi ha querido asesinarme hoy. De no detenerlo, es posible que mañana cualquiera de los hombres a sus órdenes sea más afortunado y me mate. Mira si existen razones para que rompas tu hermetismo, Dorothy.

Los transeúntes cercaban al inspector y a la muchacha, en un rápido andar revelador del ritmo febril de la vida norteamericana. Ella, colgándose del brazo de James, rogó:

—Sigamos andando. ¿Quieres?

—A tu gusto.

Por Woodland Avenue no tardaron en llegar a la Universidad de Pennsylvania, deteniéndose en el amplio porche de entrada. Dorothy, presa de viva congoja, habló:

—El secreto profesional es tan serio como un juramento, Sólo puedo decirte una cosa. Entraron en mi casa por la violencia. Tenían algunas contusiones. Para que no me mataran tuve que prometerles guardar silencio. Quizá sea una estúpida al respetar un pacto que me arrancaron por la fuerza; pero considero mi deber hacerlo. ¡No puedo ayudarte, James! ¡No insistas, por caridad!

La desesperación de la voz de la muchacha impresionó profundamente a Murray quien, hizo parar un vehículo de alquiler, en el que entró en compañía de Dorothy.

—Al 225 de Walnut, street —dijo James al chofer.

Durante el recorrido, los jóvenes no cruzaron palabra. Al llegar al domicilio de ella, el inspector, estrechando la mano de su

prometida, dijo:

—Se te habrá hecho tarde. Iré a casa a dormir un rato. Lo necesito.

Dorothy Fielding descendió del automóvil y penetró en el chalet con el corazón angustiado, sin observar que Murray, al verla desaparecer en el interior de la casa, se apeaba del vehículo para situarse a escasa distancia del domicilio de su novia, oculto por el tronco de un árbol. Le dolía verse obligado a vigilarla, pero lo consideró necesario. En la lucha a muerte emprendida contra los *gangsters* era necesario no desperdiciar ninguna pista, por leve que fuese. Luiggi iba herido y…

El joven aguardó durante veinte minutos a que su prometida saliera de la casa, con un maletín de cirugía en su diestra. Hizo señas a un taxi para que se detuviera y Murray la imitó, continuando la persecución en el vehículo.

¿Cuál era el secreto de Dorothy? ¿Conocía ella la identidad y el paradero de los forajidos?

A las doce y media de la mañana, una vez que Dorothy hubo realizado varias visitas a enfermos, James se encontró parado frente al edificio de la Facultad de Medicina. Sólo entonces mostró al chofer su carnet policíaco, diciéndole:

—Tendrá una buena gratificación. No deseo perder de vista a esa muchacha.

El inspector permaneció en el interior del auto móvil hasta las dos menos cuarto de la tarde, hora en que Dorothy salió para tomar un taxi.

«Va a mi casa» —pensó Murray, al observar la dirección del vehículo.

Así fue. Dorothy Fielding hizo detenerse el coche frente al portal del domicilio de James, no tardando en bajar, con rostro preocupado. El inspector sintió la tentación de mostrarse a ella para tranquilizarla; pero no lo hizo…

Bertrand Dermontt, en el fichero general del Federal Burean of investigaron de Washington, contempló dos cartulinas en las que pudo reconocer a los falsos Philip y Copton Zetterling. Al pie de ambos retratos leyó unos informes que ensombrecieron su rostro. El muerto, según el Servicio de Contraespionaje de los Estados Unidos,

era Ioan Florescu, rumano, expulsado del país en 1948 por el delito de espionaje a favor de una potencia situada tras el telón de acero y Copton, Dinudin Strousberg, alemán nacionalizado americano del que se sospechaba era miembro de un Servicio Secreto extranjero.

Una vez hechos tales descubrimientos, el agente Consagró dos horas a ampliar detalles sobre los referidos individuos, dirigiéndose después al aeródromo para tomar el avión de línea que se trasladaría a Filadelfia.

Durante el recorrido, unas señas se iban grabando en su cerebro: Broad Street 98. ¿Sería posible que encontrara allí al falso Copton? ¿Qué hizo con el cadáver?

El ronco mosconeo de los motores del aparato no consiguió distraer la atención de Dermontt. Tampoco el maravilloso paisaje que se divisaba desde la altura, en especial al volar sobre el territorio de Maryland y la Bahía Delaware, donde desemboca el río del mismo nombré. Según los datos recogidos en Washington, Dinudin Strousberg, al que él conoció bajo el nombre de Copton Zetterling, era propietario de un *cabaret* nocturno en el barrio extranjero, donde apenas si se mostraba a sus clientes, delegando sus funciones en un encargado de su máxima confianza. El *cabaret* del alemán, nacionalizado americano, no era frecuentado más que por la alta sociedad y los magnates en los negocios de Filadelfia a causa de sus precios prohibitivos, reservándose el derecho de admisión hasta el extremo de que en la puerta había dos hombres de uniforme con el exclusivo objeto de impedir la entrada a quienes no consideraran dignos de frecuentar el local.

¿Quién iba a imaginar qué Copton Zetterling era el dueño de «El As de Trébol», el *night-club* más famoso de la ciudad y que nunca frecuentó él por hallarse en zona del VII, Precinto?

Cuando el avión tomó tierra en el aeropuerto de Filadelfia, Dermontt, en un taxi, se trasladó al centro de la ciudad, dispuesto a comenzar sus investigaciones sin pérdida de tiempo. Previamente, se puso al habla con el comisario Kirwan para informarle de lo descubierto por él y de sus planes. Frunció el ceño al oír la voz excitada de su jefe:

—¿Desde dónde me habla?

—Desde un bar de Broad street, muy cerca de la casa del falso Zetterling.

—¿Qué número es?

—El 70.

—Espéreme ahí. No tardaré en llegar. Quiero acompañarle. Si ese hombre no ha huido hay que andar con mucho cuidado. Para acusar son necesarias pruebas.

Bertrand no pudo contestar a su jefe que el testimonio del inspector Murray y el suyo bastaba, porque el comisario del IV, Distrito colgó el auricular.

Malhumorado por no poder seguir la investigación sin la compañía de Raymond Kirwan y reprochándose haberle llamado, pidió un doble de coñac, encendiendo un cigarrillo. ¿Qué tal llevaría James sus trabajos para descubrir al grupo de *gangsters* qué asaltó el Banco Nacional? Dura y peligrosa misión la suya.

Vencido el primer sentimiento de enojo, provocado por la idea de actuar en unión de Kirwan, se dijo que nada mejor podía sucederle que el comisario se responsabilizara con las medidas a adoptar cerca de Dinudin Strousberg, en el supuesto de éste no hubiera abandonado la ciudad, lo que el agente consideraba absurdo. El alemán habríase apresurado a abandonar Filadelfia.

Quince minutos más tarde, Raymond entró en el bar, estrechando la diestra de su subordinado.

—Enhorabuena, Dermontt. Creo que conseguirá el ascenso.

—Gracias, comisario. ¿Vamos al domicilio de ese hombre?

Las piernas le temblaban algo a Bertrand cuando pulsó el timbre de un departamento en el piso primero de un edificio en el que había una placa metálica con el nombre de Dinudin Strousberg. ¿Qué iba a depararle el próximo futuro?…

CAPÍTULO VIII

Luiggi, al mezclarse entre los numerosos vehículos de Walnut street y desviarse por una calle inmediata, respiró con alivio. Una persecución por Filadelfia a horas de tránsito muy intenso resultaba punto menos que imposible. Miró por el espejo retrovisor y al no ver a ningún automóvil lanzado detrás del suyo sino a coches marchando a velocidades normales, dejó de pisar fondo el acelerador a fin de no llamar la atención de los agentes de la circulación, situados en los cruces para peatones y en las zonas estratégicas de la ciudad.

Siempre apartándose del centro, se desvió más hacia los arrabales del río Schuylkill sin que ningún peligro le amenazara. Le pesaba mucho el pecho herido, pero confiaba en poder llegar hasta el cuartel general de la organización y ser atendido por Salvatore Camerini. ¡Maldita muchacha que previno a James Murray! De no haber sido por ella, el inspector ya no existiría.

Después de un nuevo rodeo para tener la certeza de desorientar a su posible perseguidor y sintiendo que los párpados amenazaban cerrársele, el forajido se dirigió hacia Carpenter street por el camino más corto, repitiéndose una y otra vez, en el afán de sugestionarse:

—He de llegar… He de llegar…

Tuvo un fuerte golpe de tos y vióse precisado a detener el vehículo, para no estrellarse en Broad street, esquina a Lombard. Dos leves hilos de sangre le surgieron por las comisuras de los labios.

—Ese maldito me atravesó el pulmón derecho —se dijo Luiggi, pisando de nuevo el acelerador.

Apenas recorridos un centenar de metros, hubo de parar. Los ojos se le nublaban y apenas si conseguía ver a dos metros de distancia. Un camión pasó muy cerca de él y, sin inmutarse, oyó los insultos del chofer.

—¡Llegar!… ¡Llegar!…

Tal era la obsesión de Luiggi, obsesión que fue convirtiéndose en una pesadilla. Los dedos le temblaban y el peso de su cuerpo iba en aumento, impidiéndole casi accionar los mandos del coche que, con muchas dificultades, consiguió poner en marcha. Muy cerca, se hallaba el *night-club* que frecuentaba en unión de Camerini y de los restantes miembros de la pandilla. Como a través de un velo de sombra, el pistolero divisó el gran portal que se utilizaba para la entrada y salida de artistas y la recepción de mercancías. Introdujo en él el «Cadillac» y, tambaleándose como un beodo, pudo llegar a un largo pasillo. Un individuo que montaba la guardia en aquella entrada del *cabaret* nocturno, utilizada por los íntimos, se le acercó.

—¿Qué te sucede, Luiggi?

—Me han herido de gravedad —fue la breve respuesta—. Llévame a una de las habitaciones y llama a Camerini por teléfono para pedirle que venga lo antes posible. Esconde o deja abandonado el «Cadillac» que hay en el portal.

—Lo llevaré al garaje hasta que Salvatore decida lo que ha de hacerse con él.

Se distrajo un momento, y un ruido seco a su espalda le hizo volverse. Luiggi, perdido el conocimiento, acababa de caer al suelo como un fardo. No sin dificultades, el hombre pudo conducir al gangster, que iba dejando tras de sí un reguero de sangre, a una de las habitaciones interiores, echándole sobre un diván. Sin preocuparse del herido, en la certeza de que lo que más importaba era borrar rastros que pudieran ser comprometedores, en el supuesto de que fuesen descubiertos por la policía, el individuo, subiendo al «Cadillac» maniobró en él para sacarlo a la calle y llevarlo a un pequeño garaje propiedad del *cabaret*, en el que había otros dos automóviles, y, apiladas en uno de los rincones, numerosas cajas de licores. Luego, apoderándose de una de las bayetas utilizadas para lavar los coches, regresó al pasillo en el que tuvo el encuentro con Luiggi, y limpió las manchas de sangre. La gamuza fue quemada poco más tarde en una de las cocinas del establecimiento. Sólo entonces, el hombre, penetrando en el despacho del dueño del *cabaret*, marcó un número y se puso al habla con Camerini, al que dijo lo poco que sabía.

—Ha perdido el conocimiento y me temo que no tarde mucho en

morir. Tiene una herida en el pecho. Me ha pedido que le llamara.

—Iré ahora mismo. ¿Está el jefe?

—No. Vendrá tarde. Temo que no le guste tenerles aquí, sobre todo a Luiggi.

—Ya hablaré con él.

El empleado del *night-club* depositó el auricular sobre la horquilla y fue a la estancia donde Luiggi, empapado de sangre, continuaba sin recobrar el sentido.

No sin dificultades, desnudó el torso del italiano, torciendo el gesto al ver la herida cuyos labios empezaban a adquirir un tirite violáceo. Con un pañuelo taponó el ancho boquete a fin de contener la hemorragia. Después, dejando a Luiggi en el diván, sin preocuparse de llamar a un médico hasta que Salvatore llegara, se dirigió, a la entrada de artistas y empezó a pasear con nerviosismo esperando a aquél.

—Deseamos ver a Copton Zetterling —dijo Dermontt al criado que acababa de franquearles la entrada.

—Se equivocan, señores. No conozco a nadie que se llame así. Tal vez viva en alguna casa inmediata.

Kirwan, anticipándose a la respuesta de Bertrand, intervino:

—Mi amigo se ha equivocado. Diga a Dinudin Strousberg que dos caballeros desean verle.

El sirviente, un hombre de edad madura y rostro vulgar, vestido de negro, repuso, cauto:

—Ignoro si estará. ¿A quién anuncio?

El comisario, sin palabras, mostró al criado su carnet oficial.

—Pasen ustedes al salón inmediato.

Dermontt y Kirwan penetraron en un pequeño cuarto, amueblado con lujo, y, sin sentarse, se miraron. Raymond previno a su compañero:

—Sí es él, tenga cuidado con lo que dice. ¿Comprende?

—Sí comisario.

La espera no fue muy larga para los dos hombres. El sirviente no tardó en acudir de nuevo, a través de una amplia galería encristalada, les condujo a un confortable despacho donde les aguardaba, en pie, envuelto en una bata de paño rojo, un hombre alto y delgado, quien adelantó un paso para recibir a sus visitantes,

mientras preguntaba:

—¿A qué debo el placer de verles, señores?

Dermontt, impetuoso, fue el primero en responder:

—Deseaba, presentarle a mi jefe, señor Zetterling. ¿Qué tal se encuentra desde la noche del «Connie»?

Con frialdad, sin desconcertarse, el dueño de la casa replicó:

—Creo que se equivoca. No le he visto en mi vida y mi nombre es…

—No es necesario que lo repita. Hace unas horas examinaba su ficha que el F.B.I., tiene en Washington y en la que, además de su nombre y apellidos, hay una fotografía que me sirvió para reconocerle.

Los ojos del hombre se endurecieron al escuchar tales palabras.

—En su día quedó probada mi inocencia. ¿Qué es lo que desean?

Bertrand, comprendiendo que el silencio de su jefe implicaba una tácita autorización para proseguir en el mismo tono acusatorio empleado hasta entonces, contestó, sarcástico:

—Desearíamos saber qué hizo con el cadáver de Ioan Florescu, el rumano al que vimos morir en su presencia, suponemos que asesinado por usted.

Dinudin Strousberg no pestañeó, limitándose a mirar al comisario a la par que pedía:

—El criado dijo que eran ustedes miembros de la Metropolitana. ¿Me enseñan sus credenciales?

En silencio, Kirwan y Dermontt entregaron sus carnets al que los solicitada. Strousberg, con paso lento, anduvo hasta una mesa de escritorio y, en una cuartilla, tomó nota de los dos nombres.

—Con estos datos tengo suficiente para demandarles. Ahora, a no ser que quieran comprometerse más con estúpidas acusaciones, pueden retirarse.

Fuera de sí, irritado por el cinismo de que hacía gala el dueño de la casa, Bertrand pidió a su jefe:

—¡Déjeme que le machaque la cara y le obligue a decir la verdad!

Kirwan, que hasta entonces permaneció callado, dejando al agente la iniciativa del interrogatorio, intervino conciliador:

—Permítame unas palabras antes de retirarnos, señor Strousberg. Yo no me solidarizo con las palabras de mi subordinado

y le impondré un severo correctivo para que en un futuro sea más prudente. Sostiene que la noche en que se desencadenó el huracán «Connie» sobre la ciudad, usted estuvo con él durante toda la noche en el domicilio del doctor Zetterling, de quien quizá haya oído usted hablar.

—Nadie desconoce a ese científico, orgullo de nuestra patria. Yo también soy americano. Después de acabada la guerra europea solicité y obtuve la nacionalidad de este país, en el que llevo bastantes años consagrado a mis negocios. Continúe, comisario. Con usted se puede hablar.

—Gracias, señor Strousberg. Sin animosidades, Dermontt, refiera su aventura. Olvídese de que usted fue el protagonista. Es una orden. ¿Entendido?

—Perfectamente.

Bertrand hizo lo que el comisario le ordenaba, deteniéndose hasta en los más pequeños detalles e, incluso, en la descripción del falso Zetterling. Pese a sus esfuerzos por obedecer a su jefe, no pudo impedir qué al acabar su historia en su voz vibrara la cólera y, tampoco, un amargo comentario:

—En ocasiones, parece que la Ley sólo obliga a los que la defendemos y no a los que la vulneran.

—¿Dice eso por mí? —inquirió Dinudin.

Mordiéndose los labios para contener una réplica airada, el joven repuso:

—Generalizaba. Sin embargo, insisto en que usted es el hombre que se hizo pasar por el hijo de Zetterling.

Dinudin Strousberg paseó por la estancia, en actitud pensativa. Luego, encarándose con el comisario, dijo:

—Me molesta la testarudez de ese hombre. ¿Hay alguna acusación concreta contra mí? Si es así, formúlenla.

Bronca la voz, Kirwan repuso:

—Usted sabe que es muy difícil probar la culpabilidad de un asesino si no existe el cuerpo del delito. Hay un inspector, James Murray, digno de toda mi confianza, que también asegura que usted es el que se hizo pasar por Copton Zetterling. Por favor, no me interrumpa. Al final de este diálogo me propongo presentarle mis excusas. Si es inocente, debe complacerle la captura del que tiene tan extraordinario parecido con usted. No hay pruebas para

procesarle, pese a los testimonios de los dos hombres que le han identificado. Falta el cuerpo del delito.

—La víctima debe de tener familiares. Le sugiero esa pista.

El comisario miró con fijeza a Strousberg.

—El falso Philip Zetterling se llamaba Ioan Florescu y había sido expulsado del país en 1948. Suponemos que entró después ilegalmente. ¿Va a presentar querella contra nosotros?

—No, comisario. Usted tiene un modo distinto de plantear los asuntos y el que le acompaña es demasiado joven para saber cómo hay que tratar a los hombres. Por esta vez, olvidaré lo sucedido. ¿Algo más?

—Nada.

Dinudin tendió su diestra a los dos hombres quienes, sin aceptarla, se inclinaron ceremoniosos, dándole la espalda. A continuación abandonaron la biblioteca y, precedidos por el criado, que acudió a una llamada, abandonaron la casa. Una vez fuera de ella, Dermontt excitado, porfió:

—¡Era él! ¡Estoy seguro y no cejaré hasta demostrarlo!

—Cálmese, Bertrand. Yo le ayudaré a conseguirlo. Ese individuo me parece más peligroso que una serpiente de cascabel. Celebro haberle acompañado. Sin mi presencia hubiera usted cometido un irreparable error. Los tribunales no perdonan al que golpea a un hombre en su propia casa y, además, sin pruebas, le acusa de un asesinato. Debe esforzarse por hallar ese cadáver. Sin él, la impunidad de Strousberg es absoluta.

Dermontt asintió en silencio y los dos miembros de la Metropolitana subieron al coche oficial del comisario, dirigiéndose a las oficinas del IV, Distrito para trazar un plan de acción con vistas al futuro…

—¡Me muero, jefe! ¡Avisa a un médico!

Camerini movió la cabeza, en gesto negativo.

—No es posible, Luiggi. Lo siento. La prensa no deja de pedir justicia contra los asesinos de los empleados del Banco Nacional. La opinión pública está muy excitada y sería absurdo exponernos. Aún no me has referido cómo te hirieron.

—Iba a devolver el coche, siguiendo tus órdenes, cuando vi a ese inspector en compañía de la muchacha. Ninguna oportunidad mejor para liquidarle. Ella fue la única en advertir el peligro. Murray se

arrojó a tierra, desenfundando en el aire y se me anticipó al disparar, alcanzándome. Yo hice fuego, pero ya no pude precisar la puntería. Pude burlar la persecución del de la Metropolitana. ¡Llama a alguien que me salve, aunque sea a Dorothy! ¡Esa chica guardará el secreto si se lo pides!

—¿Tienes ahora fe en la muchacha? —ironizó Salvatore—. Te ordené que dejaras el automóvil a la puerta del chalet. ¿Por qué tuviste que agredirle?

—El jefe había decretado su muerte y era una gran oportunidad. ¡Avísala y así podrás verla!

El diálogo, tenso, dramático, sino en la palabras sí en las expresiones de los rostros de los hombres, desarrollábase en la estancia a la que Luiggi fue conducido por el empleado del *night-club*. Salvatore, estremeciéndose al escuchar la última frase de su cómplice, paseó durante varios minutos deteniéndose de pronto para mirar al herido que, con el torso desnudo, sucio de sangre ofrecía un triste aspecto.

—Haré venir a Dorothy —dijo.

Un suspiro de alivio surgió de los labios de Luiggi. ¡No quería morir!

—Llámala ahora mismo.

El boss así lo hizo, marcando el número telefónico que había buscado en la guía la noche anterior. Una voz de mujer, en la que Salvatore no reconoció a la de la muchacha, inquirió al otro lado del hilo:

—¿Quién llama?

—Deseo hablar con la señorita Fielding. ¿Está en casa?

—No vino aún. Tardará en hacerlo.

—¿Qué hora le parece mejor para comunicar con ella?

—Las tres de la tarde o pasadas las diez de la noche. ¿Quiere dejar algún recado?

—No; gracias.

No había hecho Camerini más que colgar al micro cuando alguien golpeó con los nudillos en la puerta de entrada a la habitación El italiano autorizó:

—Pase.

Entró un hombre, el administrador del *cabaret* nocturno para indicar a Salvatore:

—Acabo de recibir instrucciones del señor Strousberg. Aunque no le agrada la permanencia de Luiggi aquí, le autoriza a quedarse hasta que cese la gravedad, pero a condición de trasladarle al sótano. Dos de mis empleados están preparándolo todo. Dentro de quince minutos subirán por el herido.

El administrador abandonó la habitación, y Camerini, de nuevo a solas con Luiggi, preguntó:

—¿Estás seguro de que nadie te vio entrar?

—Creo que sí. ¿Qué hiciste del coche?

—Apenas oscurezca mandaré a uno de los muchachos que lo saque del garaje para dejarlo abandonado en cualquier calle. Procuraré que te atiendan.

—¿No piensas dejarme morir, jefe?

—No. Después del fracasado asalto al Banco Nacional, hemos perdido cuatro hombres. Es muy difícil suplir las bajas sin correr riesgos de delaciones. Hasta ahora nuestros éxitos se debieron siempre a la lealtad de cuantos integramos el gang. Aunque sólo fuera por egoísmo haría todo lo posible para salvarte. Me ocuparé de que ella venga a verte lo antes posible. —Gracias, Salvatore.

Diez minutos más tarde, dos hombres entraban en la habitación ocupada por el herido, trasladándole a los sótanos donde se había improvisado un lecho en uno de los rincones, La luz era tenue; la que se filtraba por dos aberturas situadas al nivel de la calle y la proyectada por una bombilla de poco voltaje. La bodega era amplia. En ella, con cajones y fardos de mercancías, se rodeó la cama de Luiggi, formando una barricada de metro y medio de altura de forma que era imposible ver al herido a no ser aproximándose mucho a él. Sobre un tonel vacío había un vaso con agua.

—Tu instalación no es muy buena, pero ofrece seguridades, Luiggi —dijo Camerini—. Voy en busca de Dorothy.

Sin más palabras, abandonó los sótanos del *night-club* por una escalera de ladrillo, carcomida por la humedad y el uso, hasta llegar a las dependencias de artistas y empleados del *cabaret*. Un individuo, con aspecto patibulario, típico matón de establecimientos de recreo, le saludó con deferencia:

—Hola, Salvatore. El jefe desea verte. Está en su despacho.

—Voy ahora mismo.

Camerini, anduvo por un amplio pasillo hasta detenerse frente a

una puerta, que abrió, para penetrar en una amplia estancia amueblada con lujo en la que, en pie detrás de una mesa repleta de papeles, había un hombre alto, muy delgado, esquelético casi.

—¿Me llamabas, Strousberg?

—Siéntate. Las circunstancias son difíciles. Hay una serie de hechos que han centrado sobre mí el interés de las autoridades. No voy a referirme a ellos. No os afectan a vosotros Sin embargo… ¡Es muy peligrosa la permanencia de Luiggi en mi *cabaret*! Si la Metropolitana realizara un registro…

Los ojos de Salvatore se empequeñecieron, crueles.

—¿Qué ordenas, jefe?

Había una sonrisa inexpresiva en los labios del italiano. Dinudin Strousberg movió la cabeza, en gesto dubitativo.

—Me limito a sugerirte.

—No, Dinudin. Si es preciso matar, yo lo haré, lo he hecho hasta hoy en evitación de riesgos absurdos. Luiggi es distinto. Nos ha servido con lealtad. Tendrás que mandármelo y entonces…

La frase incompleta hizo fruncir las cejas a Strousberg.

—Y entonces, ¿qué?

Hubo un breve silencio durante el cual los dos hombres se miraron con hostilidad.

—No me gustan las hipótesis —dijo Salvatore.

—Tampoco a mí que Luiggi permanezca aquí. Centellearon las pupilas de Camerini.

—¿Por qué has cambiado de opinión de pronto?

—Acabo de recibir en mi domicilio la visita del comisario Kirwan y del agente Bertrand Dermontt. Se han interesado mucho por mí. Un cadáver se esconde bien. En el departamento secreto del sótano hay sitio para otro cuerpo. Así Ioan Florescu no estará solo en la eternidad.

Salvatore tomó un cigarrillo de la caja de tabaco que había sobre la mesa de trabajo, y lo encendió. Luego exhortó:

—Sé sincero conmigo. He llegado muy lejos para retroceder y no tengo madera de traidor. Estoy al corriente de tus actividades de espía. Unas cosas me las has dicho; otras las he adivinado. ¿A qué ocultar el cadáver de Florescu? Me aseguraste que no te importaba que lo encontraran flotando en el río. De pronto cambias tus planes y la policía va a visitarte. ¡Habla claro! ¡Me juego mucho en esta

empresa y tengo derecho a saber!

Dinudin Strousberg dudó unos minutos. Luego, acomodándose en un sillón giratorio, repuso:

—Siéntate, Camerini. Creo que tienes razón. Voy a referirte algo que ignoras: lo que ocurrió en el domicilio de Philip Zetterling la noche del huracán «Connie». Todos mis proyectos se vinieron a tierra por obra de la casualidad.

El propietario del *night-club*, cuya palidez habíase acentuado ante el recuerdo, relató a Salvatore una extraña historia, y acabó diciendo:

—Tengo a los sabuesos del IV Distrito detrás de mi pista. El inspector James Murray y el agente Bertrand Dermontt están seguros de que no soñaron; pero les faltan pruebas. Invertí más de dos horas en borrar las huellas.

—¡Debiste matarles!

—Llevaban armas. No me hubiera sido posible liquidar a los dos. ¿Comprendes, ahora, por qué estorba Luiggi?

—¡Yo hubiera asesinado a esos hombres en el domicilio de Zetterling!

La segunda afirmación encerraba un reproche que fue captado por Strousberg.

—¡Hice lo que juzgué más conveniente!

Camerini encogióse de hombros.

—¡Allá tú! ¡Eres el jefe! Yo me he limitado a mandar el gang y a recibir tus informaciones. Por muy listo que sea Murray, nunca imaginará la cadena que une al falso Copton Zetterling con los asaltantes del Banco Nacional. ¡Ni quiero ni permito que Luiggi sea tu víctima!

—¡Aquí no puede permanecer!

—Me lo llevaré al cuartel general utilizando cualquiera de los coches.

—No. Dentro de poco vendrá un camión de reparto de ropa. El encargado del lavadero es viejo amigo y me debe grandes favores. Le diré que necesito un servicio: el traslado de un cajón. ¿Comprendes? Si nos vigilan, nadie sospechará tal truco. Hay cinco minutos de viaje. Te repito, Salvatore, que nos arriesgamos por algo que no merece la pena. Tarde o temprano, tú lo sabes, tendremos que liquidar a todos los que nos sirvieron para que no constituyan

un peligro.

—Lo sé. Ahora Luiggi es distinto.

—¿Por qué?

Salvatore, no sabiendo qué contestar, se puso en pie, paseando por la estancia.

—¡Yo también tengo mis razones particulares!

—No me importan. Yo lucho por algo más que por un puñado de billetes. Mi fin es alcanzar éxito en la misión de espionaje que me ha sido encomendada. Tú, en cambio, eres distinto. Deseas la riqueza por el goce que proporcionan los bienes materiales, sin idealismos. Con la captura o la muerte lo pierdes todo.

¿Cómo decir a Strousberg que si defendía la vida de Luiggi era por disponer de un pretexto para llamar a Dorothy Fielding, que en su criminal mentalidad no le importaba la vida de nadie?

—Luiggi me ha sido fiel y haré lo posible por salvarle.

—¿A cualquier costa?

—Sí, jefe. ¡A cualquier costa!

—No me opongo. Me has servido con lealtad y no puedo negarte eso. Piensa, sin embargo, que si sobreviene alguna complicación por tu capricho, sabré hacerte responsable de ello.

—¿Me amenazas, jefe? —preguntó Camerini, mordaz.

—Te prevengo.

El tono de voz de Strousberg era tenso y las miradas de los dos hombres chocaron como espadas.

—No te pongas frente a mí, Dinudin. Soy un peligroso enemigo.

—No tanto como imaginas. En los Estados Unidos no existe ya el gangsterismo a la antigua usanza, salvo en brotes fácilmente dominados por la Metropolitana y el F.B.I. Sin mis informes no hubieras conseguido tantos triunfos en tu carrera de malhechor. Los magnates del crimen, de alguna manera hay que llamarles, controlan los Sindicatos y, desde ellos, convertidos en falsos financieros o burgueses, dirigen la delincuencia en el país sin permitir que ningún gang actúe. No te imagino tan vanidoso como para atribuirte todos los éxitos.

Molesto por las palabras de Strousberg, fiel reflejo de la realidad el italiano, exclamó:

—¿A qué viene eso?

—Era un simple comentario. Te ordené que liquidaras a Murray,

el más astuto de los miembros de la Metropolitana. ¿Por qué no lo hiciste?

—No hubo oportunidad. Luiggi lo intentó y… ¡No es fácil suprimir a James Murray! ¡Yo lo intentaré mañana, desde un automóvil! Me acompañarán tres de los muchachos. Mientras la policía no encuentre el cadáver de Florescu nada podrán hacer. En lo que a mí respecta, me ignoran. Creo que no corremos ningún peligro inmediato.

—Yo también opinó así. No obstante, estaremos sin actuar una larga temporada, hasta que cese la vigilancia. Si mañana fracasaras en lo de Murray, no vuelvas a intentarlo.

—De acuerdo. Adiós, jefe.

—Iré contigo a prepararlo todo para el traslado de Luiggi.

Los dos hombres abandonaron el despacho, dirigiéndose al sótano, no sin que antes Strousberg advirtiera a uno de los empleados que le avisara cuando llegase el vehículo del lavadero…

CAPÍTULO IX

Camerini, muy nervioso, miró a los cuatro tipos que, con él, fumaban en el dormitorio de Luiggi.

—El humo molesta al herido. Dejadnos solos. No estaría de más que hicierais la tertulia en cualquiera de las habitaciones de la planta baja, para prevenir cualquier peligro. Ella vendrá de un momento a otro.

Los malhechores, que deseaban hallarse fuera de la presencia del jefe para entregarse a sus placeres favoritos, el *whisky* y el póker, se apresuraron a abandonar la habitación. Salvatore miró a Luiggi, cuyo rostro, enrojecido por la alta fiebre, ofrecía un repulsivo aspecto.

El herido abrió los ojos, unos ojos apagados, sin vida.

—¿Tardará mucho Dorothy, jefe? ¡No quiero morir!

Había pánico en la exclamación, el terror y la angustia de todo el que, sin elevación de alma, sin fe, es incapaz de ver en el fin de la vida el comienzo de la eternidad.

—Hace diez minutos que he hablado con ella. La espero de un momento a otro. Es grande el riesgo que corro por ti, Luiggi.

Una sonrisa, más bien una fea mueca, se dibujó en los ojos del herido.

—No nos engañemos, Salvatore. No niego que me favoreces, pero también deseas hablar con ella. ¿Me equivoco?

—Sin tu herida, no hubiese hecho por verla —repuso, bronco, el aludido.

—Te creo. Dame agua. La sed me devora. ¿Vendrá? Tal vez tenga miedo.

Camerini negó con el gesto y la palabra.

—Esa muchacha no conoce el miedo. La he llamado invocando el deber que tiene como médico de auxiliar al que sufre, sea cual fuere la condición del paciente.

Luiggi cerró los ojos de nuevo, no sin murmurar:

—Esa chica puede ser tu ruina, Salvatore. Apártala de tu camino.

—Es cuenta mía.

El silencio imperó en la alcoba donde el herido, sobre una cama metálica, sentíase dominado por la fatiga y la fiebre. Una mesilla, dos butacas y un armario completaban los muebles. La luz penetraba por un amplio ventanal que daba a la calle.

Incapaz de dominar la fuerte excitación nerviosa que padecía, Camerini paseó una, y otra vez hasta sentir unos discretos golpes en la puerta. Entonces comprendió la extraordinaria intensidad del amor que experimentaba por la muchacha. Una palidez cadavérica cubrió su rostro mientras notaba el martilleo de los pulsos.

—Pase —dijo, con voz no muy firme.

Dorothy Fielding, con su maletín de cirugía y una sonrisa de cordialidad en los labios, entró en la estancia.

—Hola, Salvatore. ¿Cómo estás?

Tendió su diestra al italiano, quien la estrechó, estremeciéndose al contacto.

—Bien, Dorothy, gracias a ti. El hombro apenas si me molesta ya. No creí que te atrevieras a venir, pese a tus promesas y a que me esforzaba en convencerme de lo contrario.

—Te equivocaste. No guardo mal recuerdo de ti y sé que nada malo puede sobrevenirme a tu lado. ¿Me llamaste por teléfono anoche? Colgaron sin decir palabra.

—Sí. Fui yo. Quería preguntarte si me despreciabas. No me atreví a hacerlo.

—Te compadezco, Salvatore. Eso es todo. Veamos a Luiggi.

Dorothy fue a acercarse al herido, pero Camerini la detuvo, sujetándola por el brazo derecho.

—Espera un momento. ¿Guardaste el secreto?

Ella miró con valentía al que la interrogaba.

—¿Lo has dudado? ¿Necesitas mi palabra de honor?

—Te creo, Dorothy. Perdona. ¿Qué clase de mujer eres? Pudiste negarte a venir en auxilio del que quiso matar a tu prometido, al hombre al que amas —le costaba trabajo pronunciar tales palabras —. Él —señaló a Luiggi—, pretendió asesinar a Murray. Tú le avisaste y no lo ignoras.

La serena respuesta de la mujer desconcertó a Salvatore.

—¡Qué sabes de generosidad y abnegación!

—Ahora sí. Tú y el segundo cajero del Banco Nacional me habéis dado lecciones inolvidables.

—¿Té servirán para abandonar la vida que llevas?

—No. Es imposible retroceder.

Dorothy, desasiéndose, con naturalidad, de la suave presión de los dedos del gangster se aproximó al herido, torciendo el gesto al ver el boquete del pecho y, sobre todo, la sangre que brotaba por los labios de Luiggi.

—Mal asunto, Salvatore. Hay que trasladar este hombre a un hospital para operarle a vida o muerte. Tiene un pulmón atravesado y será preciso hacerle una transfusión de sangre.

—No es posible. ¿De qué serviría que le salves la vida si, después, la Metropolitana le sienta en la silla eléctrica? No, Dorothy. De no estar seguro de tu discreción, no hubiera avisado a ningún médico. La opinión pública está contra nosotros y la policía, que Sabe a Luiggi herido, vigilará todas las clínicas.

—Declino la responsabilidad. Procederé como deseas. Pon la mesilla a mi izquierda. Le operaré en la misma cama. ¿Dispones de sábanas limpias?

—En el armario hay varias.

—Saca dos. Coloca una sobre el lecho para depositar el instrumental y la otra en la mesa de noche. Tendrás que ser mi ayudante. Imaginándome lo que iba a ocurrir, traje anestesia inyectable y plasma sanguíneo.

Camerini, con rapidez, hizo lo que la muchacha le indicaba, preguntándole a continuación:

—¿Tendrás bastante luz?

—No. Empieza a atardecer. Manda por dos bombillas de gran potencia y pon una en el flexo, de forma que ilumine por completo el campo operatorio, y la otra en el casquillo que pende del techo. Procúrame también agua hervida.

Seis minutos más tarde, preparado ya todo a gusto de Dorothy, ésta con el bisturí en la diestra, miró, a Salvatore:

—¿Necesito decirte que en este momento la vida de Luiggi es para mí tan preciosa como la de mi hermano?

—No; Dorothy. No es preciso.

Con pulso firme, la mujer hendió con el bisturí la carne del herido quien, anestesiado, parecía muerto. Camerini se maravillaba al ver la destreza de Dorothy. A la par que rasgaba los tejidos, iba ligando venas y vasos para impedir una hemorragia. Acababa de atravesar las pleuras y se disponía a extraer el proyectil cuando…

Siempre en seguimiento de su novia, James Murray la vio apearse del taxi en la esquina de las calles 8 y Carpenter. ¿Qué iría a hacer allí Dorothy? ¿Una nueva visita a un enfermo o, acaso…?

Desde el taxi que ocupaba, el inspector de la Metropolitana se estremeció. Dos hombres de pésimas cataduras, cuyos rostros le eran familiares por haberlos visto en las fotografías de las fichas policíacas, franquearon a Dorothy la entrada al edificio.

Con una sonrisa de ferocidad, seguro del éxito de sus planes, Murray despidió el vehículo de alquiler para penetrar en una taberna inmediata y ponerse en comunicación con el comisario del IV, Distrito, al que dijo:

—¡He localizado a Luiggi y el emplazamiento del gang al que pertenece!

Desde el otro lado del hilo, la voz ronca de Raymond Kirwan tronó:

—¿Cómo lo ha conseguido?

—No es momento para explicaciones. Voy a entrar en la guarida de esos malhechores y deseo tener la certeza de que si me matan usted me vengará.

—¡Se lo prohíbo! ¡No sea loco! ¡Ignora a cuántos hombres habrá de enfrentarse! Dentro de diez minutos estaremos ahí. Espere nuestra llegada. ¡Es una orden!

—Retenga estas señas, comisario: Carpenter esquina a la calle 8. Es un viejo caserón de dos plantas. Dese prisa. No pienso obedecerle.

—Pero…

James colgó el auricular. Luego, dirigiéndose al mostrador, pidió:

—Un doble de coñac.

Mientras le servían el licor, Murray examinó su reloj de pulsera. Esperaría siete minutos; así, en el supuesto de que fracasara, daría tiempo a intervenir a Kirwan y a sus hombres antes de que los forajidos huyeran.

¿Qué habría ido a hacer Dorothy a aquella casa? La respuesta le pareció absurda, pese a, ser la única lógica: sin duda la muchacha fue llamada para curar a Luiggi. ¡Al hombre que quiso asesinarle a él!

Encendió un cigarrillo y se abstrajo en sus no muy gratas meditaciones. Era indudable que los *gangsters* no se rendirían sin lucha. Pensando en que Dorothy podía morir en la refriega, se arriesgaba, anticipándose a la acción de Kirwan y sus subordinados.

Agotado el plazo que se dio a sí mismo, James apuró de un sorbo el doble de coñac y, cruzando la calle, llegó al ancho portalón, amparado entre los numerosos transeúntes que caminaban por Carpenter. Extrajo de uno de sus bolsillos su inseparable juego de ganzúas y, con disimulo, igual que si fuera el propietario del inmueble y manejara una llave, manipuló en la cerradura durante breves instantes, consiguiendo franquear la entrada. Apenas lo había hecho cuando cuatro hombres, tal vez advertidos de su presencia por algún ruido, le salieron al paso. El estupor de los malhechores fue tan grande al ver frente a ellos al inspector Murray, de la policía Metropolitana, famoso en el mundo del hampa de Filadelfia, que James pudo adelantárseles y esgrimir su revólver de reglamento antes que ellos. Pero los cuatro, sin intimidarse por la presencia de la Ley, seguros del triunfo por su superioridad numérica, quisieron empuñar las armas, con olvido de la amenaza del inspector.

—¡Alzad los brazos o disparo!

Comprendiendo que no iba a ser obedecido, Murray oprimió repetidamente el gatillo con el ansia de la desesperación, a la par que se arrojaba al suelo. En el aire vio desplomarse a dos de sus rivales y cómo un tercero se tambaleaba al recibir un proyectil en el pecho. Sin embargo, pese a su rapidez en disparar de nuevo, no pudo impedir que el cuarto malhechor hiciera fuego. Murray notó un brusco choque en el hombro izquierdo. Con un suspiro de alivio, a pesar de haber sido alcanzado, el inspector se puso en pie contemplando cómo el último de sus enemigos caía como un fardo con la cabeza atravesada por el plomo.

No le fue difícil encontrar la escalera que enlazaba con el piso superior, tras un breve registro de la planta baja.

Ya arriba fue abriendo puertas hasta…

Al encontrarse el inspector en la entrada del dormitorio de Luiggi, no pudo dominar su sorpresa. Su prometida se hallaba de espaldas a él, inclinada sobre el lecho, sin duda operando. Salvatore Camerini, al que conocía por la ficha policíaca, le apuntaba con una automática.

Los dos hombres, encañonándose mutuamente, se miraron con serenidad.

—¡Ríndete! —Fue la conminación del inspector.

—Prometí hace tiempo, después de escapar de las garras del F.B.I., que no volvería a dejarme capturar vivo. ¡Y entonces no pesaban tantos delitos sobre mí! Siempre me quedará tiempo para disparar.

—¡Apártate, Dorothy! ¡Voy a hacer fuego!

Ella volvió la cabeza, palideciendo al ver la ensangrentada camisa de Murray.

—¡Estás herido!

—Sí. Es el tributo a haber borrado a cuatro indeseables del mundo de los vivos. Carece de importancia. El proyectil se alojó en el hombro izquierdo. Sepárate.

—No. Mi profesión está por encima de la Ley y del crimen.

La joven tornó a inclinarse sobre el herido, reanudando su intervención quirúrgica mientras Camerini y Murray continuaban vigilándose. Las sirenas de los coches policíacos atronaron el aire y el italiano palideció, oprimiendo el gatillo de su arma. James, extrañado de no sentir en su cuerpo el impacto de la bala, lo hizo a su vez, con mayor acierto. El pecho de Salvatore comenzó a cubrirse de sangre y el forajido cayó al suelo, con una extraña sonrisa en los labios, Dorothy Fielding, que terminaba en aquel instante de ligar los tejidos interiores, se volvió a los dos hombres a tiempo de oír las palabras de Camerini:

—Te debo la felicidad de no morir como he vivido. Hice fuego para forzarle a matarme; pero no le apunté a él. ¡Qué seáis muy dichosos!

Murray, que no se explicaba cómo aquel hombre había fallado el tiro, comprendió la verdad. ¡Le debía la vida!

Dorothy, inclinándose sobre el gangster, le preguntó:

—¿Arrepentido de tus maldades?

—Sí. Desde el asalto al Banco Nacional se ha operado en mi

alma un cambio que nunca creí posible. Tú has salvado a Murray.

James, arrodillándose también junto al malhechor, sin olvidarse de que era miembro de la Metropolitana y de que su deber le obligaba a cumplir su misión interrogó a Salvatore:

—¿Eres tú el jefe o hay alguien por encima de ti? Si te arrepentiste de tus faltas anteriores debes colaborar al triunfo de la Ley para que nadie cometa más crímenes. Así, quizá repares parte del mal que has hecho.

—Asalté el Banco Nacional por orden de Dinudin Strousberg. Él te engañó haciéndose pasar por el hijo de Philip Zetterling.

—¿Qué hizo con el cadáver?

Angustiado, Murray observó que Salvatore abría mucho los ojos, mientras su torso iba adquiriendo extraordinaria palidez. ¿Iba a morir sin dar la respuesta, clave de las investigaciones? El jadeo del italiano convirtióse en ronco estertor de agonizante.

—¡Habla, Camerini!

Ya al borde de la eternidad el gangster reveló:

—En el sótano, debajo de una pirámide de toneles, hay una pequeña anilla que franquea la entrada a una bodega secreta.

¿Qué pensabas hacer con los billetes, en el supuesto de conseguir éxito en el robo del Banco Nacional? Las numeraciones serían comunicadas a todos los ciudadanos.

—Strousberg es miembro del Servicio de Información de… —Un golpe de tos impidió a Salvatore pronunciar el nombre del país—. Con dólares procedentes de robos se paga a los espías en algunas naciones europeas. Yo cobraba en buena moneda americana y… ¡Dios mío, perdón!

Fueron las últimas palabras de Salvatore Camerini. Dorothy Fielding miró a su prometido con ternura, pero no pudo hablar. Kirwan, Dermontt y un grupo de agentes entraban en ese momento, portando metralletas En breves palabras, mientras Dorothy finalizaba con la sutura la operación quirúrgica, el inspector narraba a su jefe su aventura. La doctora, por su parte, tras pedir por teléfono una ambulancia para trasladar al herido, se refirió a la trágica noche del «Connie», en la que estuvo a punto de morir. Al terminar, quiso convencer a su novio para que se dejase extraer el proyectil.

—Después —dijo James—. Ahora daremos caza a Dinudin

Strousberg, el falso Copton Zetterling. Tengo ganas de ver otra vez la cara de ese individuo. No habrá lucha. Él no puede imaginar lo ocurrido…

CAPÍTULO X

James Murray no se equivocaba. Para Strousberg constituyó una sorpresa la noticia de que Salvatore Camerini había hablado, revelando antes de morir dónde ocultaba el cadáver de Florescu. Por ello, vencido, se sometió al interrogatorio del comisario Kirwan y, después, al del inspector y Dermontt, aclarando todos los misterios.

—Ioan Florescu era un agente secreto de la organización asiática a que pertenezco. En 1948 fue expulsado de Norteamérica. En Rumania, nuestros jefes le recibieron con todos los honores, pues sus informes fueron muy valiosos y se arriesgó por conseguirlos.

Sin embargo, los qué militamos en los Servicios Secretos estamos sometidos permanentemente a vigilancia. Florescu fue destinado al Gabinete de Control y, creyéndose a salvo de sospechas por su actuación anterior, cometió algunos errores que nos hicieron pensar en que, por codicia, se había puesto a las órdenes del Central Intelligence Agency. Tardamos tiempo en tener la certeza. Yo formaba parte del Comité Investigador. Decidimos no suprimirle en Rumania y, ordenándole trasladarse de nuevo a los Estados Unidos, averiguar si había más traidores de nuestra organización prestando servicio en América. Entró clandestinamente en su país, inspector, en un submarino. Yo era el encargado de vigilarle y lo hice tan a conciencia que no tardé en tener la certeza absoluta de su culpabilidad.

Pese a su derrota, hubo una sonrisa satisfecha en los labios de Dinudin Strousberg, el hombre que fue una pesadilla para James y Dermontt. Tras una breve pausa, el espía continuó:

—Recibí órdenes concretas de eliminar a Florescu, no sin antes anular su voluntad y obtener de él todos los datos posibles sobre su traición. Durante varios meses le hice objeto de «un tratamiento especial» —matizó la frase—, aplicándole drogas y privándole de

alimentos. No declaró. Él no ignoraba que apenas confesara le mataría y prolongó su existencia, resistiendo mis presiones.

—¿Dónde le tuvo oculto? —inquirió Murray.

—En un lugar seguro.

—¿En casa del doctor Zetterling? —Tornó a inquirir el inspector.

—Sí. Ahora le ha sido fácil adivinarlo. Me moví con toda soltura delante de ustedes, como en mi propio domicilio. Por eso pude engañarles.

Bertrand Dermontt, que tomaba taquigráficamente las declaraciones de Dinudin Strousberg, intervino.

—¡El científico no es un traidor! Vive preocupado por los problemas de su especialidad. ¿Se sonríe, Dinudin?

—Sí. Tiene razón. Usted ignora que la madre de Zetterling residía en la Zona Oriental de Alemania y que el Servicio Secreto al que pertenezco disponía de la vida de la anciana.

—¿Por qué no habla en presente? —dijo James.

—Zetterling cree que su madre vive y con la amenaza de suprimirle conseguí que me cediera el piso alto de su domicilio a fin de utilizarlo como cárcel para Florescu. Era el mejor refugio. Ella murió hace cerca de un año. Aguardé a que el profesor marchara a Europa para matar al prisionero. Elegí la noche del «Connie». Terminaba de aplicarle una inyección que en unos minutos acabaría con su vida cuando oí el timbre de la puerta. Me propuse no abrir, sin poder evitar un sentimiento de temor. Nadie se aventura con el huracán por las calles de Filadelfia a no ser en caso desesperado. Pensé que Zetterling me denunció al salir de los Estados Unidos. Me oculté en la biblioteca y, desde una rendija de la puerta, les vi en el vestíbulo. Entonces oí la música del violín y me maldije por no haber aplicado a Florescu un veneno más rápido. El rumano, al que enloqueció el miedo a la muerte…

Murray, con expresión de asco en su rostro noble, varonil, interrumpió a Dinudin:

—¿Sólo el miedo a la muerte? ¿Por qué no a las drogas y los malos tratos?

El acusado, impasible, admitió:

—Quizá tenga razón. Lo cierto es que el rumano, muy aficionado al violín, acostumbraba tocarlo con frecuencia, impulsado tal vez por la proximidad de la muerte, asió su

instrumento favorito. Murió a los pocos minutos porque el veneno hizo su efecto. Después, para desconcertarles, afirmé que había muerto poco antes, acusándoles de haber sacado el cadáver de su dormitorio. Ustedes cometieron un allanamiento de morada y temían mi reacción En los Estados Unidos se castiga mucho tal delito. Por ello, con la idea de investigar apenas cesara el huracán, aceptaron mi hospitalidad aun no dando por buenas mis explicaciones, cosa que no ignoraba. La noticia que le transmitieron, inspector, sobre la muerte de su padre, terminó de trastornarle, favoreciéndome. Pude sacar el cadáver y borrar las huellas dactilares. Por fortuna para mí, el doctor Zetterling es un hombre alto, casi tanto como yo, y les vinieron grandes sus ropas, que creyeron mías.

Strousberg guardó silencio de nuevo.

—Conocí a Dorothy Fielding, enamorándome de ella, en algunas visitas que hizo al científico para exponerle dudas sobre algunas materias. Ella no me vio nunca. Yo la veía pasear, con Zetterling por el jardín. Hice mal en pronunciar su nombre delante de usted, Murray. ¿Cómo imaginar que era su novia? Reconozca que tuvo suerte.

—La suerte no existe —replicó James—. La Providencia ayuda siempre a la Ley, al orden, a la bondad. Ahora todo se ha perdido para usted. Será procesado por los delitos comunes de que es autor, con olvido de su condición de miembro del Servicio Secreto. ¿Puedo retirarme, comisario? Necesito que me curen la herida.

—Desde luego, James. Se ha ganado el ascenso, También Dermontt.

—¿Y Neil Giles? Me espera en las oficinas del Precinto. Se lo merece. Actuó con valentía y acierto. ¿Le propondrá al comisario principal?

—Lo haré. Deje de pensar en los demás y ocúpese de usted. Use mi coche.

—Gracias. Iré a reunirme con Dorothy. Marchó al hospital a seguir atendiendo a Luiggi.

Diez minutos más tarde, el inspector conocía la noticia de la muerte del gangster al realizarle una transfusión. Y recibía un abrazo de su novia, abrazo de cariño sin límites, de ternura.

—¿Nos casáremos ahora, James?

Él, con una sonrisa de felicidad, repuso:

—Depende del daño que me hagas al extraerme el proyectil, querida…

Se besaron, sin importarles la presencia de una enfermera que, discreta, se alejó de los enamorados…

FIN







LLUVIA DE ESTRELLAS





Nació en Omaha, (Nebraska), el 3 de Abril de 1924. Inició su triunfal carrera artística en el teatro. En 1950 hizo su primera película: "Hombres", a la que siguieron otros éxitos indiscutibles como "¡Viva Zapata!" y "Desirée".

Foto 20TH CENTURY FOX

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 5 ptas. – Printed in Spain – Precio en la Rep. Argentina: $ 3'50

NOTAS

[1] Rigurosamente cierto. < <